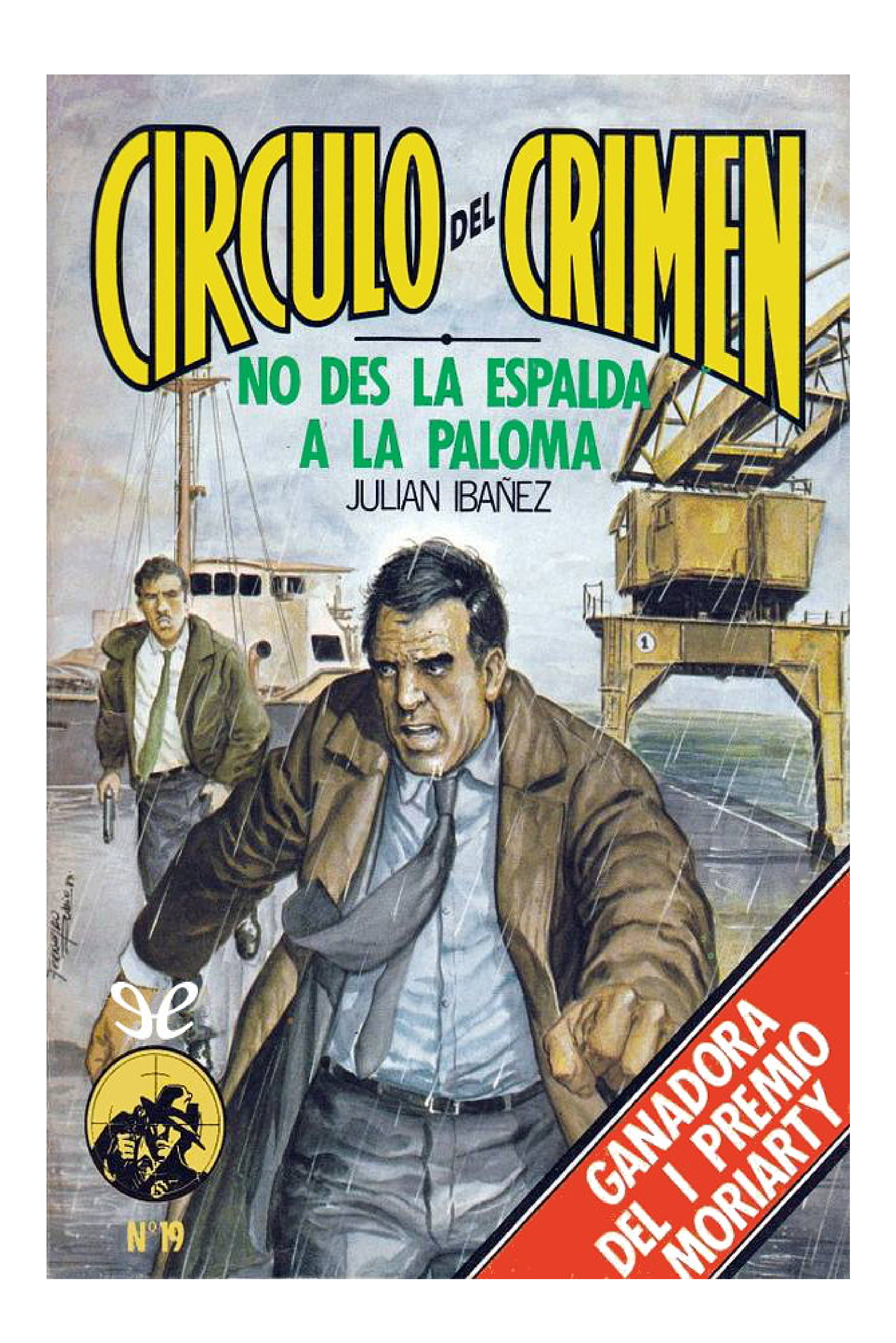

CIRCULO DEL CRIMEN
NO DES LA ESPALDA A LA PALOMA
JULIAN IBAÑEZ
Nº 19
GANADORA DEL I PREMIO MORIARTY

No des la espalda a la paloma transcurre en una ciudad del norte donde llueve mucho. Su puerto es el escenario ideal para el crimen: almacenes, fábricas abandonadas, solares en construcción…

A tan hospitalaria ciudad llega Ramón Ferreol, un estoico buscavidas que acabará trabajando como chupatintas para el agente de aduanas Lillo. Como una cosa lleva a la otra, este le encargará que investigue a su joven y despampanante mujer, Delicias Obarra. Cuando muera Lillo, un suicidio según la versión oficial, nuestro buscavidas desafiará al sentido común y al orden establecido, investigando su muerte hasta el final.



Julián Ibáñez

No des la espalda a la paloma

Círculo del Crimen - 19

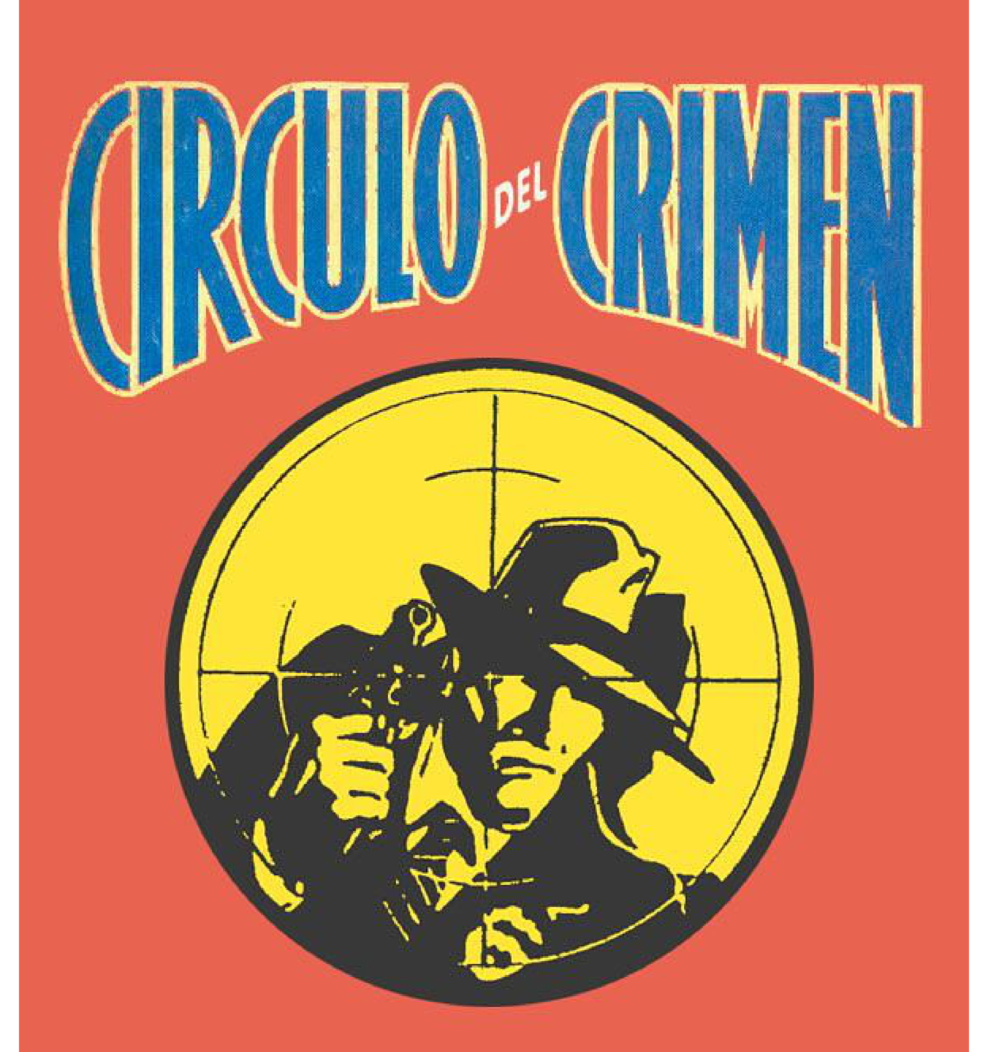
ePub r1.0

Titivillus 12.02.17

Título original: *No des la espalda a la paloma*
Julián Ibáñez, 1983
Ilustración de cubierta: Fernando Rubio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2




CIRCULO DEL CRIMEN

REPARTO

RAMÓN FERREOL: Protagonista de la novela.

J. LILLO: Agente de Aduanas.

DELICIAS OBARRA: Esposa del anterior.

ELVIRA ARTAL: Prima de Delicias Obarra.

FLACO VIDAL, alias HUGO LA GASCA: Hombre de negocios, amante de Delicias Obarra.

URBANO-PONCE: Magnate, exiliado de Cuba.

ISABEL URBANO-PONCE: Hija del anterior.

ALMIRCAR OÑA: Vicepresidente de Urbano-Ponce.

1

ENTRE SUEÑOS, CON LOS párpados todavía entornados, había estado escuchando los comentarios monótonos de un sermoneador al que nadie se molestaba en replicar, porque solo se trataba de consejos para alcanzar la Gloria, ya inservibles en aquellos días. El sonido de un timbre acercándose y alejándose ahogó aquella voz, y fue entonces cuando abrí los ojos. Tenía el sombrero de fieltro medio caído y un puro languidecía en sus labios; el reflejo del maletero daba a su tez un lustre de panza de pescado. Más tarde, cuando un cruce de vías le echó el puro abajo, pareció completamente muerto… *Adiós muchachos compañeros de mi vida. Por Carlos Gardel. Farra*… Un esbozo negro, como el carbón sobre el papel de dibujo, se deslizaba silencioso y fugaz al otro lado del cristal. Un fino cordón blanco unía los trazos oscuros delineando siempre la misma ondulación. Delante de las encinas se adivinaba el rayado tenue de la nieve cayendo.

Mi ojo derecho comenzó a trabajar sobre las camisas blancas y las corbatas de un solo tono de los cuatro mormones que estrechaban el asedio a las maestras, y sobre los trajes sastre de estas, de color manzana, con historiadas blusitas abotonadas hasta el cuello. Ellas les replicaban muy encendidas, soltando y retrayendo las manos en el aire, tratando de borrar el trabalenguas de sus oponentes con aquel aleteo nervioso.

El ojo izquierdo para acompañar al derecho y estirar las piernas y peinarme, o algo parecido, con los dedos de las dos manos. Para levantarme y comenzar a caminar hacia el bar, agarrándome a los respaldos y maleteros, todavía aturdido. La capa de nieve, aplastada

bajo la franja plomiza, absorbía todas las miradas. ¡Zum-zum!, el estruendo imprevisto de una estructura de hierro, con el rayado quebradizo y fugaz en las ventanillas y una inclinación del vagón de treinta grados. El biberón de un niño rodó por el suelo. Otro niño corrió a cogerlo y rodó también. Me sentí proyectado contra unas rodillas; murmuré una disculpa mientras alcanzaba la barra de un maletero. Una sonrisa apagada me excusó antes de enterrarse de nuevo en las páginas de una revista. Perlas azules eran sus ojos. Labios de rubí. Un par de ricitos, rodeando unas orejitas como flores de mazapán, fueron dos pequeños anzuelos que se clavaron en mi estómago. Fui soltando sedal mientras me alejaba.

Los dos tipos del buffet parecían viajantes, o asiduos del bar de la esquina que de pronto hubiera echado a rodar a ciento veinte. Permanecían agarrados a la barra con la expresión repetida en sus rostros de no acordarse para nada del hogar. Acababa de ocupar mi puesto cuando otro cruce de vías nos arrojó a los tres contra las cuerdas. Afirmé los pies, me agarré a la barra y pedí una cerveza. El chico, un larguirucho con el pelo al cepillo, echó delante de mí un posavasos en forma de trébol, antes de jugársela hasta el frigorífico. Buscó un abridor y, sin soltar la botella, esperó el paso de otro cruce que nos arrojó esta vez a los dos viajantes y a mí contra las ventanillas. El larguirucho, sin verter una gota, se cimbreó como un junco batido por el huracán. El viajante de mi derecha se quedó contemplándole con gesto grave, cuando hubo recalado nuevamente en la barra.

—Las piernas de un peso ligero —comentó.

—He sido un peso ligero —replicó el chico dejando la cerveza en el posavasos.

El viajante se quedó pensativo, para levantar luego una caja hacia nosotros.

—Lo suponía.

Y, sin más, comenzó con los recuerdos. Que él nunca había subido a un *ring*, que había de por medio un padre de noventa kilos que se oponía a ello, que solo había sido un buen aficionado, pero que una vez había bebido unas cervezas con un par de auténticos campeones. Bla, bla, bla, así durante un rato. El otro viajante echó un billete nuevo sobre el mostrador y se fue. El chico comenzó a seguirle la corriente al pelma y yo les estuve escuchando hacer

guantes, mientras bebía cerveza y viajaba en la máquina del tiempo. Grandes masas de granito con copetes blancos aparecían cada vez más cercanas a nosotros. Un cielo de acero anunciaba más nieve.

Cruzamos un túnel y retornamos en seguida a la luz fría y al paisaje blanco, con el entrecomillado de las encinas y de los postes de teléfono.

Cuando el revisor apareció por allí, le pedí prolongación hasta el final, algo confuso, sin saber, por entonces, qué me había decidido a hacerlo. Y es importante que quede claro esto.

Regresé a mi asiento y desdoblé el periódico, dispuesto a dejar correr las horas. Siempre con el ojo puesto en el hombre con el sombrero de fieltro, envidiándole todo su sueño atrasado y el nuevo puro que languidecía en su boca.

CINCO HORAS DESPUÉS cruzábamos entre fábricas cenicientas y montañas de chatarra y mineral. Faltaban solo tres minutos para las cuatro.

Las maestras se levantaron, se estiraron la piel del rostro y sacaron sus bolsas de la redecilla, observando con el rabillo del ojo a los mormones que habían extendido un mapa sobre el asiento y echaban miradas de desconcierto por las ventanillas. El tren comenzó a perder velocidad. Se oyó un timbre acercándose y alejándose más despacio.

Entrábamos en el andén cuando de nuevo la vi a ella, al fondo del vagón; estaba sacando su neceser de la redecilla. Vestía un traje color maíz y la cabellera caoba la llevaba recogida sobre la nuca con una cinta de terciopelo negro. Sacó un pañuelito, se desempolvó la nariz, esperó su turno y luego caminó hacia la salida. Un militar con un maletín le cedió el paso.

Seguí la riada buscando la salida del andén, protegiendo con los codos el planchado de mi traje del ataque de los gestos desbordados y los abrazos efusivos. Había media docena de personas en la parada de taxis. Esperando turno busqué un traje color maíz en el hormiguero que bullía bajo la marquesina o cruzaba la calle. Solo me pareció ver, en la ventanilla trasera de un Chrysler color *whisky*,

alcanzando el portillón de salida, un fugaz destello rojizo.

Le dije al taxista que quería un hotel de dos estrellas, cerca del puerto. Era un vejete que se aferraba al volante temiendo que el coche se fuera a escapar sin él. No me prestó atención porque toda ella la tenía puesta en otro taxi que al parecer se había colado en el turno de espera. Cuando lo rebasábamos el viejo sacó la cabeza por la ventanilla y lanzó un par de insultos al aire que hicieron enrojecer a media estación. Pasado el portillón le ofrecí tabaco. Pero lo rechazó con un gesto brusco de la cabeza.

—¡Cualquier día los rajo!

—¿Sí?

—¡A todos!

Cinco minutos después me dejaba en la puerta del hotel Cantábrico. Le di propina doble susurrando que no se molestara en bajarme la maleta.

Pedí una individual, con baño. Me tendieron una llave y, jett, un ascensor me dejó en el noveno. Un pasillo enmoquetado, una cerradura, la llave y fue encontrarme cara a cara con lo que iba a ser mi hogar durante mucho tiempo: quince metros cuadrados de paredes grises y cortinones imitando capichola; un tríptico; una cama de colcha azafranada y mandos de hilo musical en la cabecera; una mesita imitando pino; un pequeño cuarto de baño y un espejo para verme al despertarme. Un rincón limpio y funcional, pero tan solitario y glacial como el fondo del océano. Cuando abrí la maleta el aire de la habitación y yo habíamos iniciado ya una lucha sorda por la supervivencia.

2

ARMARIO QUE SE ABRE y ropa y discos que van a parar a los cajones. *Lucho Gatica, Los Panchos, Pepe Blanco*… Nadie me va a sacar de todo esto. Útiles de aseo en la repisa del lavabo, mientras ignoro la imagen destemplada reflejada a medio metro. Y luces apagadas, después de comprobar que asoman las tres puntas del pañuelo de lunares en el bolsillo de mi chaqueta cruzada, y antes de salir en busca de la calle.

Domingo. El hotel ocupa una manzana de lo que parece ser una zona comercial, ahora semivacía. Calles desahogadas de tráfico y de bandas militares, repletas de anuncios y escaparates; algunas son peatonales y aquí los escasos viandantes de este crepúsculo lluvioso invaden con alivio la calzada.

Me dedico a estirar las piernas, sin seguir un rumbo determinado, soportando la lluvia fina, contemplando escaparates. Este quehacer me lleva hasta una plaza rectangular de pavimento de granito y alcorques para plataneras, con una gran fuente en el centro con cuatro chorritos farrucos orientados hacia los cuatro puntos cardinales. Alrededor de la plaza, al otro lado de la corriente de tráfico, se alzan edificios con estatuas.

Junto a aquella fuente, bajo el sirimiri, estuve durante unos minutos saboreando el placer agridulce, de soledad y aventura, del que se dispone a explorar una ciudad gris y misteriosa en el crepúsculo. Recordé algo sobre un viejo campo cerca de la estación y sobre un puerto carbonero y una bahía. No me iba a quedar sin uñas arrancando telarañas. Saqué tabaco con la mirada puesta en los cuatro chorritos, que de pronto fluyeron más débiles

desmoralizados, dejándome durante unos segundos con el gesto en suspenso.

Una calle larga y estrecha, con solo un pedazo de cielo plomizo al fondo para que la lluvia arrecie y los escasos peatones apresuren la marcha soportando la reprimenda. La ciudad parpadea en sus anuncios luminosos.

Veinte minutos después una gran avenida con seis carriles para el tráfico de vía rápida. Y al otro lado de la corriente densa de coches, un paseo de árboles frondosos, limitado por una barandilla blanca y, más allá del forjado, una playa y el bronco ir y venir de las olas.

Un paso subterráneo repleto de pintadas y carteles y la playa trazando un gran arco, cerrado en las dos puntas por espigones festoneados por la espuma de las olas. En el paseo, bancos de madera debajo de castaños todavía con hojas. El pavimento, de losas blancas y azules, trenzando complicados arabescos. Subí el cuello de la gabardina y apreté el paso siguiendo el arco del paseo. Era un lugar doblemente solitario, entre la corriente anónima e insegura del tráfico y el monótono ir y venir de las olas en la playa. La lluvia persistía. Levanté la mirada y solo vi una cúpula gris sobre mi cabeza.

A la altura de la escalinata de piedra que llevaba hasta la arena, me crucé con un chico melenudo cubierto con un anorak blanco; iba presuroso, sin preocuparle al parecer al agua que caía. Segundos después me crucé con un individuo maduro, de pelo rojizo y chaquetón de nutria; trotaba angustiado llamando al chico.

Era bajamar y la arena, planchada y húmeda, llegaba hasta el pretil. A mi derecha la corriente de tráfico aislaba el paseo y la playa de la ciudad. En la otra acera se levantaban bloques de apartamentos con bares y cafeterías, todos cenados ahora, repletos de fantasmas.

Puentecillo de vigas al final del paseo, sobre una ría de aguas espumosas y atmosfera dulzona. Y en seguida cambio de rumbo para tomar otro paseo de vuelta a la ciudad a lo largo de las dársenas del puerto. La lámina de la bahía se extendía debajo, a unos metros a la izquierda, algo difuminada por la lluvia. En el centro de la lámina la imagen borrosa de un pequeño barco de vela. ¿De quién coño sería? Sobre un espigón, una estación marítima de

ladrillo oscuro, con las luces apagadas y una escala mecánica, vacía, apuntando hacia el muelle también vacío. Un trozo de costa desprendido, en forma oscura de *bulk-carrier*, buscando la boca de la bahía a través de la gasa de lluvia.

Y continuaba la lluvia. Y yo no pensaba matar el resto de la tarde deambulando por calles semivacías, así que busqué un asiento seco debajo de una marquesina y me senté. Saqué tabaco, encendí un pitillo y fue entonces cuando comencé a barajar, antes de repartir, el mazo de cartas resobadas que guardaba en el bolsillo.

Había agotado la magia que encierra el primer contacto con una ciudad desconocida. De nuevo el sabor terroso de un porvenir vacío. Un porvenir que se iba acortando cada día. La gran campana donde no llegaba ningún sonido, ni olor, donde no se movía el aire, donde el cristal empañado impedía ver lo que había al otro lado. El estoicismo como último bastión. Mi interés por patear calles y avenidas, o por cualquier otra cosa, se había esfumado. En el aire flotaba una imagen: un saco vacío en el suelo de una habitación desnuda.

Fuera las abstracciones y venga hechos concretos: yo, el banco de piedra y la lluvia fina. Enormes posibilidades. Calada al pitillo. ¿Por qué no hacer recuento? No me iba a llevar demasiado. Y me encontré extendiendo sobre la mesa los vagos proyectos de siempre, esos tres palos que me tocaban, a pesar de los hábiles juegos de manos, cuando repartía: un apartamento donde el *parquet* y los muebles acumularan el polvo sin que nadie se lo sacudiera cada mañana; una mesa con cajones donde pudiera ejercer mis habilidades de contable; y, acaso también, media docena de conocidos de bar para sacar adelante las tardes de domingo. No haría enrojecer de envidia a nadie. Y, como otras veces, no saqué las manos para frotarlas. Pero tampoco las crispé. No eran grandes proyectos, pero bastaban. Tenía la plenitud de los fundadores de imperios que, en su indolencia al haber alcanzado cotas altas en la vida, han perdido todo interés por superarse. Por ejemplo: había rebasado los cuarenta sin regresar al pelo largo ni al escupitajo por el colmillo. La carta francesa de residente (documento oficial en cartulina verde), que todavía conservaba, decía que mi estatura era de un metro setenta y siete; que tenía una cantidad aceptable de pelo castaño, corto y a raya, y que mi vista era regular; no era

propenso a los catarros ni a las alergias de polen, y mi quebradiza rótula derecha hacía quince años que estaba perfectamente soldada. Añadiría al inventario una maleta de trajes en buen uso, con una docena de pañuelos y corbatas de lunares haciendo juego, y una cuenta en el banco que me permitiría resistir un par de meses llevando una vida también regular. No era demasiado. Pero no había nada especial que me preocupara; ni siquiera la idea de que no hubiera nada especial que me preocupara. Acababa de llegar a aquella ciudad y el panorama que se me abría por delante era tan gris y sin sobresaltos como el que había ido dejando atrás durante cuarenta y cinco años.

DE TAN PROFUNDAS CAVILACIONES me sacó un hombre que apareció a lo lejos, caminando en mi dirección. Le estuve contemplando durante un rato, como el entomólogo a la hormiga que acaba de entrar en su vida, y luego, indiferente, cambié la mirada hacia el rosario de luces que brillaban al otro lado de la bahía. El perfil de las montañas se recortaba contra el cielo apizarrado, y todo el conjunto se iba disolviendo deprisa en un tono gris muy sombrío. Delante, a unos cuarenta metros a mi derecha, había un pequeño muelle de embarque con un par de lanchas atracadas. Dos casetas pintadas de blanco anunciaban un servicio de pasajeros. Una de las casetas tenía la luz encendida y media docena de personas hacían cola bajo los paraguas. Estaba subiendo la marea y podía ver el balanceo de las lanchas amarradas, con sendas cabinas, dos cubiertas y bancos de listones.

Era menudo; iba metido dentro de una gabardina beige y avanzaba con la suficiente indecisión, deteniéndose y apresurándose, para que yo volviera a fijarme extraviado, sin saber dónde se encontraba. Sin embargo, cuando estuvo a la altura de la caseta, su indecisión desapareció dirigiéndose decididamente hacia allí. Tendría unos cincuenta años, usaba gafas de cristales gruesos y mostraba una expresión de azoramiento, pero de azoramiento consigo mismo. Y digo esto porque yo había apostado todo mi dinero a que se pondría a la cola de la caseta, y lo había perdido. En

el último instante, sin razón aparente, había cambiado de rumbo, describiendo un arco alrededor de la caseta, evitándola, como si hubiera encontrado un campo magnético, o como si se tratara de una polilla buscando la entrada de un farol encendido. Se detuvo al borde del muelle y se quedó contemplando el agua durante unos minutos. Pero no se tiró; giró y comenzó a caminar de vuelta hacia la ciudad. Pero de nuevo se detuvo; giró otra vez y, ah, ahora sí, se acercó a la caseta y se puso a la cola. Así que dejé escapar el aire y me apresuré a recuperar mi dinero. Le había costado un minuto lograrlo pero parecía que la tensión de su rostro había cedido.

Creía que todo había terminado, que la tarde iría apagándose apacible, alterada solo por la lluvia, pero no. Ni mucho menos. La polilla comenzó a escudriñar a derecha e izquierda, una y otra vez, tomándole las medidas al muelle con un metro elástico que no le permitiera hacerlo con precisión. Dos mujeres se añadieron a la cola. Él se quedó mirándolas, casi con descaro, pero las mujeres parloteaban ajenas a él.

Ah, de pronto había visto algo en el otro extremo del malecón porque se quedó rígido, con el cuello vuelto y la mirada clavada allí. Miré yo también para no perderme nada y entonces la vi. Si se puede decir ver a lo que se adivinaba detrás de un paraguas azul. Era la tercera vez que nuestros destinos se cruzaban… *Mujer, tú que puedes con Dios hablar*… ¿El desenlace? Paciencia y atención. Ella caminaba protegiéndose de la lluvia con el paraguas, sorteando los charcos, sin levantar la mirada del pavimento. Se acercó a la caseta y ocupó un puesto en la cola. El hombrecillo no se movió, tenía ahora la mirada en la luz de la taquilla, con tal gesto de determinación que no la hubiera vuelto aunque la ciudad a su espalda estuviera siendo devorada por las llamas. Ella miraba también hacia la luz, pensativa, con una expresión de impaciencia, como si tuviera mucha prisa por embarcar; una mirada fugaz sobre su hombro dejó entrever que no se sentía del todo segura allí. Su pelo color caoba, ahora sin la cinta negra, caía en bucles sobre el marfil de su cardigan. Tenía un cuerpo estilizado, una nariz retadora, y, a quién no le hubiera gustado poner el puño sobre aquella grácil barbilla, como si hubiera sido sobre un saco de plumas.

Cuando le tocó el turno, el hombrecillo metió la cabeza en la

ventanilla, la agitó y la sacó muy despeinada pero con un billete en la mano. Se apresuró a embarcar manteniendo rígido el cuerpo. Ella sacó su billete y embarcó también.

Los otros pasajeros, huyendo de la lluvia fina, habían descendido a la cubierta inferior. El hombrecillo recorrió la cubierta de punta a punta, excitado, imitando a un ratón sobre una tabla en medio de la corriente. Ella, ajena a todo, se sentó en el último banco de popa, ignorando la humedad y apoyando la mano con el paraguas en la regala. El hombrecillo desapareció de pronto por la escotilla hacia el sollado.

Un chico soltó las amarras y el armazón se separó del muelle antes de enfilar la pequeña bocana; el motor desembragó con un carraspeo y la lancha fue tomando velocidad rumbo a la otra orilla.

Ella era el único pasajero en cubierta, medio oculta a mi mirada por el paraguas azul. El hombrecillo apareció de nuevo en el hueco de la escotilla. Durante unos segundos estuvo oteando el panorama con un pie en el último escalón; miró en todas direcciones, menos donde estaba la pelirroja; luego se dirigió a proa, dio media vuelta y, como si se hubiera caído por una pendiente y no tuviera donde aferrarse, cruzó derecho hacia popa y fue a sentarse junto a ella. Era casi de noche y las dos figuras se difuminaban a mi vista, de prisa, alejándose hacia la bocana. Vi al hombrecillo hablándole muy excitado, moviendo mucho las manos. Ella se había vuelto y me pareció que le escuchaba atentamente.

3

EL DESPERTADOR QUE TODAVÍA llevaba adentro, desde los viejos tiempos de Leví-Brunius en Lyon, sonó como cada mañana a las siete y media. Y el resorte que llevaba adentro desde el día en que mi padre había decidido cambiar los tirantes por una correa, me hizo abrir los ojos, poner la aguja y saltar de la cama.

Levanté la persiana y me encontré, en todo lo que abarcaba mi campo visual, con una ciudad gris desperezándose. Arriba persistía la misma bóveda acerada de la tarde anterior, desprendiendo una llovizna tenue que daba brillo a los tejados y terrazas a la todavía débil luz del amanecer. Terrazas embreadas, fachadas rezumando humedad, y una tela de araña de antenas y cables se extendía como un rompecabezas debajo de mi ventana. Hasta allí llegaba el apagado zumbido de los neumáticos sobre el asfalto húmedo. A lo lejos, entre dos torres de pisos, aparecía la línea oscura del mar, quebrada por la estructura descarnada de las grúas del puerto.

Me duché y me vestí al ritmo de *Fascinación* pero con la mente todavía prisionera del *banlieue* de las 8:14. Recogí las menudencias que tenía sobre la mesa, levanté la aguja y bajé a desayunar.

A la derecha del *hall* había un comedor con lunas a la calle y mesas preparadas con tazones y cestillos con tostadas. Media docena de clientes desayunaban repartidos por las mesas. Me senté cerca de una de las lunas y esperé fumando. Los huéspedes parecían viajantes o ejecutivos, bebían el café deprisa y en silencio, pendientes del reloj o de la lista de clientes que visitarían por la mañana; algunos ojeaban nerviosos el periódico, apurando el último sorbo mientras se levantaban. Uno de ellos era de más edad, tenía el

pelo blanco y usaba gafas «amor». No leía el periódico; bebía el café con reposo y, después de cada sorbo, se quedaba contemplando las migas sobre el mantel, como si ellas encerraran la clave de muchas cosas.

Faltaba un cuarto de hora para las nueve cuando me quedé solo. Terminé el café, me sacudí las migajas y me levanté con la única perspectiva para el resto del día de estirar un poco las piernas.

Durante un buen rato permanecí en la acera, delante de la puerta del hotel, soportando la lluvia fina y fría hasta que levanté el cuello de la gabardina y comencé a caminar.

La gente se apresuraba al trabajo. Tipos ceñudos con gabardina y boina cruzaban deprisa de un lado para otro. Grupos de niños con anoraks se agolpaban junto a los semáforos. Un quinceañero de pelo largo, retando la lluvia, empujaba un carrito de reparto en mangas de camisa. De vez en cuando se escuchaba el taconeo nervioso de alguien luchando con la hora.

Estuve deambulando por la zona comercial, sin dejarme arrastrar por el ritmo de la gente. Algunas tiendas habían levantado ya los cierres y dos limpiacristales habían llenado de espuma las lunas de una joyería, unas manos blancas colocaban un brazo de escayola con guante de terciopelo negro, mostrando a los viandantes media docena de relojes de platino como un gitano. Desemboqué en la plaza de las plataneras y de nuevo me detuve.

Durante unos minutos estuve contemplando al general en el centro del jardín, soportando paciente la lluvia y los picotazos de las palomas. Me fijé en la fachada de ladrillo de un gran café al otro lado de la plaza, con grandes lunas y una puerta de molino que no paraba de girar.

Después de entrar por aquella puerta busqué un hueco en la barra y pedí el segundo café del día. Era un local amplio y luminoso, con columnas estriadas y grandes espejos en las paredes. Había un par de docenas de clientes en la barra, desayunando presurosos, dándole el último envite al suizo o al *croissant* mientras sacaban el monedero. Algunas mesas estaban ya ocupadas por hombres solitarios que miraban hacia el mármol o hacia la calle con expresión ausente. En el centro del salón dos jugadores de ajedrez acababan de romper hostilidades. Tres quinceañeras, sentadas junto a una de las lunas, contemplaban en silencio la calle, esperando el

temblor de tierra que agitara sus vidas. La atmósfera era apacible, mañanera, alterada solo por los dos jugadores de ajedrez que parecían enfrentados en una pelea a navaja. Algunas miradas estaban puestas en la partida. Uno de los jugadores, de pulóver azul oscuro, parecía un neurópata. Tenía las uñas de las manos muy largas y blancas y su cuerpo era sacudido continuamente por pequeños espasmos, como si estuviera pisando un cable de alta tensión. Al mover golpeaba la pieza contra el tablero, la reina acaso, como si fuera un ficha de dominó, y el golpe restallaba en todo el local; parecía tratar con ello de intimidar al contrario; luego se echaba hacia atrás en la silla, canturreando entre dientes, dándose palmadas en los muslos para no olvidar la próxima jugada. Su rival parecía más tranquilo, sonreía malévolamente y movía también muy rápido, pero en silencio, deslizándose sigilosamente detrás del enemigo para hundirle el machete por la espalda.

Le di un repaso somero a la primera página del periódico antes de buscar las ofertas de empleo. Las estudié cuidadosamente pero solo encontré media docena de anuncios para vendedores o altos ejecutivos o secretarias de falda ceñida dominando mecanografía y un par de idiomas. No encontré nada para chupatintas con el lápiz a la oreja, nada para un exlateral de segunda (preseleccionado dos veces internacional juvenil).

Ocupando una de las mesas del fondo había tres viejos, tres jubilados. Uno era menudo y usaba gafas; otro era un hombrón de rostro rojizo y mantenía en el hueco de la mano un vaso de vino como un pajarillo al que temiera asfixiar; y el tercero vestía traje con chaleco y fumaba en una larga boquilla, echado hacia atrás en su asiento, con las piernas estiradas en ademán de prepotencia, mostrando unos calcetines de color naranja. Estaban juntos, y los tres, a primera vista muy diferentes, tenían algo en común; quizá era que los tres contemplaban el panorama en silencio, temiendo que la pequeña cuota de curiosidad con la que salían de casa cada mañana se agotara antes de comer.

VOLVÍ A LA CALLE y caminé de nuevo. La lluvia era más continua e intensa

pero ya no me quedaba más cuello de gabardina que subir. Busqué las calles peatonales para librarme del tráfico mañanero. Todas las tiendas estaban ya abiertas. Los dos limpiacristales llenaban ahora de espuma las lunas de la Boutique del Visillo. A través de la puerta de cristal de una funeraria vi a una mujer vestida de negro hablando con un hombre de expresión grave parapetado detrás de una mesa. Me detuve en una esquina. Levanté la mirada y, a diez metros, vi un letrero: Agencia de Empleos Prontitud. Me encaminé sin prisa hacia allí.

La escalera era estrecha, con barandilla de hierro, paredes oliendo a pintura y rodillo azul. En el primer rellano, bien iluminado por un largo tubo de neón, había una puerta con una chapa metálica con el nombre de la agencia. Aquel par de metros inspiraban confianza. Probaríamos lo de prontitud. Riiiiinnggg.

Unas décimas de segundo después la puerta se abrió apareciendo en el vano una sonrisa que llegaba hasta la calle y me invitaba adentro.

A una habitación sin polvo, con un pequeño archivador y una mesa llena de papeles en perfecto orden. El señor Prontitud me tendió una mano y yo se la choqué mientras intercambiábamos los nombres. El señor Prontitud usaba camisa blanca con cuello y puños duros y corbata con los colores de un colegio irlandés que yo había visto en varios escaparates en la misma calle. En pocas palabras le expliqué lo que quería: trabajo. Él me rogó que esperara, antes de desaparecer por una puerta a mi derecha. En seguida reapareció por otra puerta a mi izquierda y me pidió de nuevo que pasara.

Me ofreció una silla mientras él se sentaba detrás de una mesa. Sacó una cartulina, empuñó un bolígrafo y, sin más preámbulos, comenzó a dispararme preguntas y a anotar las respuestas. Durante un buen rato le estuve proporcionando un montón de datos personales: que si estaba soltero o casado, forma física, número que calzaba y todo eso; añadiendo al final un breve balance de mis méritos profesionales: Perito Mercantil, dominio aceptable del francés; serio, puntual, educado; pequeñas iniciativas; reservado (aunque sabe lo que son las bromas de oficina, je, je), etc… No le dije nada sobre las costuras en mi rodilla, ni de los campos que había pateado mucho antes de caer a chupatintas. De vez en cuando el señor Prontitud me echaba encima sus grandes y sorprendidos

ojos. Con cada respuesta había una nuez que subía y bajaba como la aguja de un voltímetro. Por fin dejó de hacerme preguntas, dio un repaso a lo que había escrito y guardó la cartulina. Entonces se echó hacia atrás en la silla, cruzó las manos y comenzó a soltar el sedal de un discurso. ¡Oh!, los negocios van por aquí viento en popa, amigo mío, y hay mucha demanda de mano de obra, especialmente chupatintas. Dejó entrever que si tardaban unos días en llamarme era porque tenían otro par de docenas de clientes que atender, no porque a aquel despacho no le llovieran las ofertas. Cerró la charla con un confíe en la Agencia Prontitud y nos levantamos. Me acompañó hasta la puerta y allí nos despedimos.

Pensé en la sonrisa acogedora del señor Prontitud, capaz de infundirle ánimos a un reo con el lazo cortándole la respiración. Aposté a que yo era su primer cliente del día, quizá de muchos días. Añadí a la apuesta a que un minuto después de salir yo del despacho había echado el cierre y estaría pateando calles en busca de un empleo a mi medida.

Entré en el hotel teniendo la seguridad de que aquella noche soñaría con una nuez afilándose nerviosa en el canto de un cuello duro, como una navaja barbera.

4

UN DÍA ME ENTREGARON una nota en recepción. Era de la agencia. En una carta pulcramente escrita a máquina, el señor Prontitud me rogaba que me presentara sin demora en el despacho de un agente de aduanas, la dirección era una calle en la zona del puerto.

Después de comer estudié la ruta en el mapa. Salí del hotel y, en un Peugeot que había alquilado para echar un vistazo a los alrededores de la ciudad, me dirigí hacia allí, preguntándome qué me depararía el destino.

Mi meta era una de las innumerables callejuelas que desembocaban en los muelles, al final del puerto. Tomé la avenida de Luzarra que seguía paralela a las dársenas. A mi derecha se sucedían los últimos edificios que marcaban el límite de la ciudad con la bahía. Eran casas antiguas, de dos o tres pisos, de paredes desconchadas y balcones ruinosos, con pequeñas tiendas en la planta baja, atendidas por ancianos que habrían dejado su vida en ellas y continuarían allí sordos al cambio de los tiempos. Llenaba la calle la fetidez de las paredes destilando humedad y el de la miseria y abatimiento del interior de las casas. A mi izquierda corría una tapia alta de ladrillo que cercaba el entramado de vías y depósitos de una estación de mercancías; sobre la tapia asomaban los postes y las catenarias y los techos rojos de los vagones. Había un cruce de calles y luego una larga fila de soportales grises con oficinas de consignatarias y agencias, o tiendas al por mayor. Era la vieja zona portuaria, fuera ya de los límites de la ciudad nueva. Al fondo de cada callejón se veía el casco oscuro de algún mercante y grúas y camiones moviéndose sin orden.

Dejé el Peugeot delante de los soportales e hice el resto del camino a pie, descifrando en las chapas borrosas el nombre de las calles.

La penúltima callejuela era la que yo buscaba: Pasaje de Cuba. Desembocaba directamente sobre un malecón de desguace. Era una calle ancha pero muy corta, con la gran cristalera de una fábrica de envases de vidrio a la derecha y un viejo edificio de tres plantas a la izquierda. Al fondo, dominando el malecón, se alzaba la gran mole de un *bulk-carrier*, con manchas de óxido en el casco y con la popa proyectada sobre el muelle, como la cabeza de una ballena varada contemplando curiosa quién se aventuraba en el pasaje. En el edificio viejo había dos portales; el segundo, el más cercano al malecón, tenía el número tres. Era un hueco oscuro, de suelo de losas de granito, con dos placas en el quicio, una era amarilla: Hospedaje Julia; la otra era negra, de letras plateadas: J. Lillo, Agente de Aduanas.

La madera de los escalones blanqueaba de asperón y lejía, y la barandilla negra, de hierro, se movía al tocarla como si tuviera vida propia. Continuaba el olor a humedad mezclado con el tufo acre de los nidos de ratón bajo la madera. En el primer piso había una sola puerta, con una placa de letras plateadas hermana gemela de la del portal. Pulsé el timbre. La puerta se abrió. Era él. Hacía un par de semanas le había visto cuchicheándole al oído a una pelirroja en la cubierta de una lancha que se alejaba en el crepúsculo. Me contemplaba ahora con una expresión en blanco, como si tuviera delante a un predicador de una secta protestante desconocedor del idioma local.

—¿Señor Lillo? —le pregunté.

—Sí… Sí.

—Me envía la Agencia Prontitud…

Me dio un repaso disimulado, tratando de recordar y, cuando pareció haberlo conseguido, me invitó adentro:

—Ah, sí…

Di un par de pasos y me encontré entre el techo y el suelo de madera de una habitación inundada por la luz de dos grandes ventanales de cristales emplomados.

—¿La agencia, verdad…? ¿Por el anuncio?

Trató de darme otro repaso, un poco confuso, pero lo dejó. Se

dirigió cojeando hacia el archivador.

—Claro, claro…

Su zapato derecho tenía doble suela. No había apreciado aquel detalle la tarde que le había visto en el muelle. Era un hombrecillo de poca estatura, pero sus ademanes denotaban nervio. Tenía unas cejas espesas que montaban sobre la armadura de pasta de sus gafas; su expresión era distante, la propia de una de esas personas obsesionadas por una sola faceta de la vida: la comida del canario, la predicción del tiempo, o los conflictos entre las superpotencias. Comenzó a actuar de la misma forma de la otra tarde, es decir, sin demasiado sentido. Durante un rato estuvo escarbando en el archivador buscando algo: un documento, una botella con dos vasos, o la vieja pipa extraviada por la mañana. Pero lo cerró sin haberlo encontrado. Se volvió mirándome a través de sus gruesos cristales, pero en seguida desvió la mirada y cruzó la habitación, arrastrando imperceptiblemente la pierna. Abrió una puerta al fondo y me invitó a entrar.

—Pase, pase usted, por favor… La agencia… Trabaja muy bien, eh, muy bien…

Entramos. Se dirigió nervioso detrás de su mesa mientras me ofrecía asiento. Su mandíbula era picuda; su pelo, negro, rizado, comenzaba a platear.

—Verá usted… No sé si le habrán informado… —dijo sentándose.

Abrió un cajón y sacó una cajetilla de rubio. Con dedos nerviosos quitó el celofán y se sirvió un pitillo; lo encendió con llama vacilante y, después de la primera bocanada, advirtió consternado que no me había ofrecido.

—Discúlpeme… Discúlpeme usted…

Le hice gesto de que no quería y saqué de lo mío. Me dio fuego y guardó el mechero y la cajetilla en el cajón, mientras apagaba nervioso el pitillo olvidando que lo acababa de encender.

—El caso… Verá usted… —Con gesto torpe, barrió la ceniza que no había sobre la mesa—. Este empleo no es gran cosa… No es gran cosa. He trabajado siempre solo, verá usted, pero últimamente los papeles se me han ido acumulando, ¿sabe…? No quiero decir… Es decir, que sea demasiado especializado, no, no, pero —me miró indeciso— sí se requiere cierta experiencia, ¿sabe usted?

Estábamos en una habitación más pequeña que la anterior, con un par de muebles de mayor calidad y otro ventanal. Sobre un archivador había media docena de Anuarios de Aduanas cubiertos de polvo. Eché humo.

—Tengo quince años de experiencia como contable en una compañía de seguros. Le di ese dato a la agencia. ¿Sirve de algo?

—¿Contable? —Abrió mucho los ojos—. Sí, sí, claro. Excelente, excelente… Perfecto… Bien, bien… Se trata, verá usted…

Su traje, cruzado, de color mostaza, era una pieza demasiado elegante para trabajar sobre una mesa llena de polvo. Se levantó y fingió consultar unas carpetas en un buró junto a la ventana. Luego se sentó de nuevo y continuó hablando, sin mirarme, siempre nervioso:

—Claro… Claro… No sé si le habrán adelantado algo sobre el sueldo… Quizá este no sea muy interesante para usted… Esta es una empresa pequeña, modesta, ¿sabe usted? —Me miró, más seguro de sí—. Quizá no esté dentro de sus cálculos…

—Supongo que el ramo tendrá un convenio, no pensaba pedirle mucho más. Expóngame su oferta —bajé la voz—, no voy a ir con el soplo al sindicato…

—¡El convenio! ¡Claro, claro! —Golpeó la mesa—. ¡No he querido decir el convenio! ¡No, no! ¡Nuestra relación debe ser personal! Yo, yo… Yo también empecé en una mesa de despacho, fíjese usted… No me refería a un convenio… Estoy seguro de que nos vamos a entender, siento mucho que no me haya interpretado bien…

—Lo he interpretado perfectamente.

—¡Bien, bien! Entonces perfecto, perfecto… Usted parece la persona más apropiada… Sin embargo… —De nuevo volvió su expresión de incertidumbre; tamborileó con los dedos y colocó su mirada en todos los rincones menos en mis ojos—. Es una lástima… Usted parece la persona adecuada… Pero… Verá… Aquí se trabaja sobre todo con empresas belgas, ¿sabe usted…? Comprenderá… Que es necesario el conocimiento del idioma francés, ¿sabe usted?

Me miró forzando una expresión de conmiseración y suficiencia. Di una chupada profunda y apagué el pitillo en el cenicero.

—Señor Lillo, creo que es mucho mejor que nos hablemos con franqueza, de hombre a hombre…

—Diga, diga usted —me miró muy alerta, inclinándose hacia adelante.

—No tengo trabajo, es cierto, pero tampoco estoy mendigando un empleo. He venido hasta aquí porque he recibido un recado de mi agencia. ¿Está usted seguro de que necesita a alguien para que le eche una mano?

—¡Sí, sí! ¡Claro está! ¡Por supuesto! ¡Por supuesto! ¡No he querido decir eso! ¡No sabe cuánto lo siento! —Se echó hacia atrás y levantó los brazos—. Discúlpeme, estoy seguro de que usted es la persona idónea, claro que sí, claro que sí…

—Se lo digo porque no comprendo sus inconvenientes —me eché hacia atrás también y crucé las piernas—. Si usted ha pedido a alguien con determinado nivel de conocimientos, la agencia habrá cumplido ese requisito, hacer otra cosa sería una pérdida de tiempo… Si es solo que usted ha cambiado de idea, dígamelo, no me voy a llevar un berrinche; si se trata de que mi aspecto no se ajusta a lo que usted esperaba ver aparecer por la puerta, dígame qué esperaba; si no me lo dice la curiosidad me va a roer durante unos días. Pero no ponga pequeñas trabas que la agencia ya ha solucionado…

—¡No, no! ¡Por favor! —Se levantó muy excitado, completamente rojo; comenzó a dar vueltas por el despacho y, bla, bla, continuó—: ¡Siento que se haya molestado!… ¡No pretendía!… No faltaba más, si usted lo desea tendré mucho gusto en que trabaje conmigo… Yo… Yo solo… Había pensado en que no se trata de un puesto de relevancia para usted y temí… Puede incorporarse cuando lo desee, mañana mismo, si le parece…

—Por mí está bien… ¿Pero está usted seguro del todo de que quiere contratarme?

—¡Sí!, ¡sí! ¡Desde luego! —Se sentó y abrió un cajón—. Otra persona aquí se hace imprescindible… Tome usted…

Sacó un llavín y me lo tendió a través de la mesa.

—Es la llave de la puerta… Yo solo espero que cumpla con su trabajo… Usted mismo puede establecer su propio horario, naturalmente… Sé que puedo depositar toda mi confianza en usted… La agencia es de solvencia probada… En cuanto al sueldo, podemos establecer lo que sea usual, si le parece… Más una prima de un diez por ciento… ¿Le, le parece a usted?

De nuevo se inclinó sobre la mesa mirándome muy alerta. La conversación había sufrido un giro de ciento ochenta grados, ahora parecía ansioso para que yo no rechazara el puesto.

—De acuerdo. ¿De nueve a una y de dos a cinco?

—¡Sí, sí! ¡Excelente!… Pero no es necesario que sea muy puntual… Yo, yo mismo me tomo ciertas libertades… Puede salir y entrar cuando lo desee… Mejor que nuestra relación sea algo informal, ¿no le parece?

—Como quiera.

Recogí la llave, nos levantamos y me acompañó hasta la puerta. Allí pegamos la última póliza de nuestro acuerdo con un apretón de manos. Cinco minutos más de charla y le hubiera visto saltando sobre mis rodillas.

5

CUANDO SALÍ DEL HOTEL a las ocho y media de la mañana siguiente, me encontré con la misma lluvia como niebla espesa que no había dejado de caer desde mi llegada.

Embarqué en el Peugeot y puse rumbo a la calle Cuba, dispuesto a abrirme camino en mi nuevo empleo, como cualquier vendedor de zapatos, carnicero o, aún peor, empleado de banca. Es lo que era: alguien maduro, labrándose un porvenir de nueve a cinco. Suficiente, ¿queda claro?

El recorrido hasta los muelles me llevó la mitad de tiempo que la tarde anterior. Dejé el coche junto a los soportales, era ya casi un hábito, y, resguardándome de la lluvia, hice los últimos metros a pie.

Al fondo del Pasaje Cuba, a través de la gasa de lluvia, se veía el resplandor azulado de los sopletes sobre la panza del *bulk-carrier*. Los golpes de la maza de plomo llenaban el ambiente.

Continuaba el olor a asperón y lejía en la escalera. Se oía el cepillo restregando la madera en el ático. Abrí la puerta con el llavín, di un par de pasos y, bien, muchacho, estos son tus dominios de dientecillo del engranaje.

Todo estaba como la tarde anterior, salvo un «flamante» calentador eléctrico recién desembalado y enchufado junto a mi mesa. La luz gris entraba por los ventanales.

Acababa de dejar la gabardina cuando la otra puerta se abrió apareciendo Lillo, con su traje color mostaza, y que no hacía juego con un rostro ceniciento que a duras penas mantenía una especie de rictus parecido a una sonrisa dirigido hacia mí. Nos saludamos. Sin

más preámbulos nos acercamos a la mesa y él, con el tono ausente de una médium, comenzó a explicarme los entresijos del negocio.

La agencia hacía de intermediaria entre exportadores, importadores y la administración; estaba especializada en la tramitación de permisos para mover la mercancía del puerto. Era un sencillo juego entre licencias, manifiestos, conocimientos de embarque y otra serie de cedularios encargados de engrasar la maquinaria del comercio internacional. El colchón de plumas que amortiguaba las dentelladas que se lanzaban los despiadados hombres de negocios.

Cuando dio fin a la explicación dejó sobre la mesa un montón de licencias y certificados de análisis, para que los contrastara y me fuera familiarizando con su manejo; más adelante, añadió, cuando estuviera al corriente, iría como delegado a la sala de previos a tramitar facturas, aquella sería mi puesta de largo. ¿De acuerdo, amigo? Vale, Lillo.

La mañana fue transcurriendo apacible. Lillo permanecía encerrado en su despacho y yo contrastando papeles. De vez en cuando sonaba el teléfono y se oía su voz entre bronca y nerviosa contestando. Del muelle llegaban intermitentemente los sordos mazazos de la porra de plomo contra el casco del *bulk-carrier*. El motor de algún camión hacía vibrar los cristales de las ventanas de vez en cuando. Se oían lejanas las sirenas de los barcos que arribaban o zarpaban. Algunas motas de polvo flotaban en el ambiente desocupadas.

Faltaban cinco minutos para la una cuando Lillo apareció de nuevo. Su rostro continuaba del color de la ceniza, más gris si cabe. Cuando cruzó a mi lado para salir no me saludó ni me preguntó cómo iba todo. Imaginé que estaría dándole vueltas al viejo dilema: cómo avanzar en línea recta. Esperé hasta la una para salir yo también.

Recuperé el tiempo perdido en estirar las piernas recorriendo el muelle, aspirando el aire que olía a gasoil y dejando que la lluvia de tamiz me humedeciera el rostro.

Rodeé una campa de contenedores tratados con Phostoxin y, a la altura del Hogar Portuario, en el segundo espigón, me metí por una callejuela donde se veía el letrero de un bar anunciando comidas. Entré allí, me arrimé a la barra y pedí una cerveza. Todas las mesas

estaban ocupadas por estibadores que charlaban y soplaban el vapor de los platos rebosantes. Algunos llevaban el viejo gancho a la cintura. Mi traje gris y las tres puntas de mi pañuelo de lunares atrajeron algunas miradas de soslayo. Esperé durante unos minutos y, cuando vi una silla libre, me senté y pedí la carta.

A las dos regresé a la agencia. La puerta del despacho de Lillo estaba cerrada, pero enseguida le oí descolgando el teléfono. Estuvo hablando durante un buen rato. Yo continué con el papeleo, deshilvanando madejas.

SERÍAN LAS CUATRO CUANDO proveniente del otro despacho, escuché un sonido que de inmediato no pude catalogar; era como el maullido de un gatito que se hubiera caído de la cesta. Continué trasegando papeles sin prestarle más atención. Pero un minuto después volvió de nuevo aquel sonido, ahora subido de tono. Levanté la mirada y agucé la oreja. El sonido continuaba, ahora ininterrumpido, lleno de desamparo. Pero no, no eran maullidos, eran sollozos. Estuve escuchando durante un rato. Al fin decidí continuar con el trabajo, no era por mí por quien Lillo lloraba, si tenía que desahogarse preferiría hacerlo a solas.

Sin embargo, los sollozos fueron subiendo de tono, se fueron convirtiendo en un lamento desgarrado y profundo, incontenible. No era el llanto de alguien acostumbrado al lagrimeo, parecía el de alguien que se ha contenido durante mucho tiempo y se desborda, como un dique que es arrastrado por la presión del agua. Abrí otro expediente tratando de concentrarme en el trabajo, dejando a Lillo con su problema, mientras la tarde se deslizaba por los ventanales.

El sonido de los sollozos fue remitiendo. Hacia las cinco menos cuarto había remitido del todo.

Faltaban un par de minutos para las cinco cuando la otra puerta se abrió, apareciendo Lillo. Tenía el rostro desencajado, los ojos enrojecidos y la mirada ausente. No me miró ni cerró la puerta. Se acercó al archivador, siguiendo una ruta imprevisible; abrió el primer cajón y comenzó a buscar algo, me pareció que sin convicción, seguramente sin saber bien qué quería. Luego regresó a

su despacho dejando la puerta entreabierta.

A las cinco di carpetazo a los expedientes y me levanté. Me estaba enderezando el nudo de la corbata cuando Lillo apareció de nuevo, a la deriva. Su trayectoria describió un gran arco que rozó el archivador para venir a recalar frente a mi mesa.

—Ferreol… Perdone… —Una cuchilla afilada se había ensañado en su voz—: Si me disculpa un minuto. Es solo un minuto, no le entretendré más…

Se volvió y se dirigió hacia la puerta de su despacho para cerrarla. Luego sacó el pañuelo y se secó las manos.

—Es un asunto personal… No sé cómo exponérselo… —Levantó con esfuerzo sus ojos húmedos, ganando aplomo—. Se trata de mi mujer…

Su moral dependía de un soplido, así que no me moví. Se relajó un poco. ¿Y bien?

—Se ha ido… Anoche… Encontré una nota… Decía que me dejaba, que no iba a volver… —La luz se quebraba en sus ojos, a través de los cristales. Hizo una pequeña pausa—. Es la segunda vez… Pero no, no, no es eso… No quiere exactamente eso… No se ha ido para siempre, ¿sabe? Volverá… Estoy seguro… Volverá… Ella… Ella es todavía joven… Es joven de carácter, es alegre… Abierta, ¿sabe…? La vida que llevamos… Yo mismo lo comprendo…

De nuevo tenía sus ojos húmedos en el tablero. Nos quedamos unos segundos en silencio, él recomponiendo los últimos tiempos, yo imaginándome a una rapaza con una cesta dando cabriolas por el bosque. Levantó la mirada.

—¿Usted… Qué cree…?

Ah, mi hombro, pero yo no tenía ningún consejo para él, ninguna Caperucita Roja en el pasado de Ramón Ferreol. Y era el tipo de problemas de «arréglatelas como puedas», «más vivo la próxima, viejo».

—No puedo aconsejarle, Lillo, es un asunto demasiado personal.

—He trabajado sin descanso toda mi vida… —No me había escuchado—. Empecé de la nada y ahora tengo este pequeño negocio… A ella le gusta salir… Siempre le ha gustado, pero no como ahora… No crea que me importa, no, la dejo hacer lo que quiera. Pero que vuelva… Yo… Yo he envejecido antes que ella…

Su voz se quebró por completo y sus ojos se llenaron de lágrimas. Sacó el pañuelo, se quitó las gafas y se los secó. Me acordé de la mujer del cabello color caoba, y no extrañó lo que acababa de oír, era evidente que había demasiada diferencia entre los dos.

Suspiró y comenzó a recorrer la habitación, desde el archivador hasta la puerta, mientras me hablaba de ella y de cómo había sido su matrimonio, con una voz muy lejana, como si lejanos se hallaran sus recuerdos, mirando a través de mi rostro de tarde en tarde. Yo había tomado asiento y, durante media hora, mientras fumaba, estuve escuchando una sucesión de viejas anécdotas, de frases que sonaban almibaradas y que trataban de demostrar que mi interlocutor era un tipo atormentado, pero sin mala conciencia. Luego me habló de él, de una familia numerosa viviendo de un sueldo de miseria, y de cómo había luchado duro para sacar adelante a sus hermanos haciendo frente a mil adversidades. No era más que un hombrecillo que se esforzaba para que no le cubriera la tierra que alguien le iba echando encima a paletadas; aunque parecía dispuesto a la pelea.

Cuando su voz se apagó del todo me levanté enfundándome la gabardina. Me despedí de él y me dirigí hacia la puerta.

—Ferreol…

Me volví para encontrarme con una mirada pidiéndome socorro.

—No… No sé cómo pedírselo… Si… Si usted quiere…

Traté de averiguar qué más deseaba, sin comprender.

—Sé… Sé dónde se encuentra… —añadió—. Hablándola… Solo quiero saber si está bien, ¿comprende…? Solo eso…

—Si sabe dónde está, debe usted ir a verla; a estas horas estará arrepentida de lo que ha hecho.

Enrojeció.

—¿Yo? ¡No, no! Ella no lo soportaría… Es orgullosa… No, no… Sería incapaz de pedirme perdón…

—Pídaselo usted a ella, a ellas les gusta eso…

—¿Yo?, ¿yo…? Sí, sí… —Pareció considerar mi consejo durante unos segundos—. No, no… Mi presencia la irritaría… —Se armó de valor para mirarme a los ojos—. Le *ruego* que vaya usted…

Una ventosa invisible y zalamera, armada de buenos tentáculos, me acababa de atrapar: el recurso a los sentimientos de compasión. Pero insuficiente para conmover a una estatua de mármol como

Ramón Ferreol. Consideré que era la clase de encargo que solo puede pedir alguien muy desamparado y muy solo.

—¿No se sentirá ofendida si le envía usted a un extraño? A ellas no les gusta eso…

—¡No, no! Estoy seguro de que no… Si actúa con tacto… Se lo ruego. Discúlpeme esta libertad… Solo le tengo a usted…

Voilá Ferreol, el viejo roble entre cuyas ramas anidan los pajarillos. Era duro decirle que no, había sido testigo de su humillación cuando se había enjugado las lágrimas con el pañuelo, aunque me molestaba la idea de pasar el resto de la tarde detrás de una cabecita hueca, que seguramente estaría mariposeando a sus anchas después de mucho tiempo. Di por perdido el primer *round*.

—Está bien. ¿Dónde la podré encontrar?

—Sí…

Salió disparado hacia su despacho. Segundos después regresó con una hoja de papel, sin duda preparada de antemano. Me la tendió.

—Le he puesto dos direcciones… La primera es la de su prima… Se llevan muy bien, es una buena mujer… La otra… Es un hotel… Nos hemos alojado allí alguna vez…

Cogí el papel y lo guardé en el bolsillo sin leerlo.

—¿Qué quiere que le diga?

—¿Decirle?

Se quedó mudo mirando hacia el vacío con la boca abierta. Me lo imaginé teniendo que enfrentarse con ella.

—Ya… Yo… Quizá que vuelva… No, no, es demasiado pronto… Dígale… Dígale… —Me miró—. Llámeme en cuanto sepa algo, por favor… Se lo ruego. Gracias, gracias… Muchas gracias…

Nos despedimos y salí.

Subí al Peugeot. Antes de cenar tenía que buscar una cabeza hueca en un par de direcciones. ¿El recado? Lo siento, preciosidad, no hay recado, vengo con las manos vacías. Clon, clon, sí, cabeza hueca.

No había sido un buen comienzo.

6

LA PRIMERA DIRECCIÓN según el mapa, era la de una calle al otro lado de la bahía, en uno de los barrios nuevos que habían acabado con la vieja zona residencial, convirtiendo la vida de mucha gente en un montón de imágenes difuminándose en el recuerdo. Puse rumbo hacia allí, esforzándome en relajar la expresión de pachón con garrapatas que me acompañaba desde mi salida del despacho.

Sí, reflexioné, a veces hacen migas el coraje y la gallinería. Me explico, hay tipos capaces de comportarse con mucho arrojo en una situación extrema, tipos que carecen del sentido del peligro físico, pero que se derrumban ante cualquier contratiempo de carácter moral. Mirándolo desde otro ángulo, el caso de uno de esos chiflados que se arrojan a las olas cuando ven a un bañista arrastrado por la resaca, sin plantearse siquiera el hecho determinante de que no saben nadar; o aquel que se lanza dentro de un edificio en llamas porque ha oído el llanto de un niño en el interior, aunque sabe que solo es un edificio en construcción para oficinas. Tipos así se desmoronan cuando se encuentran con un problema personal, y cuando esto sucede necesitan que alguien piense por ellos, alguien que les coja de la mano y les guíe, porque en ese trance son capaces de pedir ayuda a su mayor enemigo, o de salir a la calle para sacudir por las solapas a Jack el Destripador. No comprenden, están demasiado ofuscados para comprender, que la madeja se puede desenredar sin que la marcha del mundo se detenga para ello; por ejemplo, solo con sellar los labios en el momento oportuno, lo que no resulta tan difícil; o teniendo el detalle de entornar la puerta cuando ella se encuentra en paños

menores en medio de la corriente; o comentando, acerca de la bazofia que tienes en el plato, que huele bastante mejor que el pastel de liebre que te pusieron en casa del embajador. Pero eso son matices, y ellos solo ven los trazos gruesos porque están demasiado ofuscados; sus satisfacciones en esta vida han sido escasas, y el mundo se les desploma cuando se tuerce aquello por lo que viven obsesionados. Encuadraba a Lillo dentro de este género de gigantes-enanos. Un hombrecillo duro, con agallas, que se había abierto una senda en la vida luchando con uñas, y dientes, pero, ay, con un flanco al descubierto: una pelirroja como un sueño, de la que nunca habría estado seguro de haber atrapado del todo.

Dejemos eso, no quiero que ustedes piensen que tengo por cabeza un huevo cocido. No tardé en dar con la calle. Era ancha y discurría entre sólidos bloques de ladrillos, de cinco plantas, con grandes terrazas y puertas de aluminio.

Cuando encontré el número 16 aparqué el Peugeot y me encaminé hacia el portal. Estaba abierto. Tenía mármol y cuatro escalones ascendentes. Desde la ventana de una garita, en lo alto de los escalones, una mirada forjadora de escalofríos estuvo clavada en mi cogote el minuto largo que estuve esperando el ascensor.

En el quinto había un pequeño *hall* con cuatro puertas. Apreté el botón de la letra A, y en el interior me respondió un carillón aterciopelado. Sobre el pomo había todavía un ramito de acebo, pegado con papel transparente. Segundos después oí, detrás de la puerta, el inconfundible frufrú de una serpiente deslizándose. El frufrú se interrumpió de golpe e, inmediatamente, oí el clic de la mirilla al descorrerse. Me sentí observado por un ojo escrutador, sentí su cosquilleo recorriéndome de arriba a abajo y luego, inexorable, lo sentí clavado en la punta de la nariz. Un minuto después tuve que suponer que había pasado la revisión, porque oí el pasador que se deslizaba y la puerta se abrió unos cuatro centímetros. El ojo se hizo ahora visible; era grande y pardo, de pobladas pestañas y sin maquillaje especial.

—¿Qué desea?

Era una voz de mujer, primaveral y muy segura, advirtiéndome que no la iba a sorprender.

—¿Elvira Artal?

—Sí…

—Mi nombre es Ferreol. Trabajo con el señor Lillo. Su prima no ha dormido esta noche en casa. El cree que pudiera encontrarse aquí. He de hablar con ella.

La piel de sus mejillas, blanca y llena, invitaba a hundirle el dedo; el mechón que caía sobre su frente era castaño. Una cadena de oro cruzaba delante de sus labios.

—¿Deli? ¿Delicias? ¿Qué ha ocurrido?

—Se ha fugado de casa.

El ojo me miró pensativo. Luego se cerró la puerta, oí la cadena que caía y la puerta volvió a abrirse, esta vez de par en par.

—Pase, por favor.

Entré.

—Camine sobre las bayetas, por favor —me ordenó indicándome dos paños en el suelo, parecidos a los que la sostenían a ella.

Embarqué en la felpa e iniciamos la travesía de un pasillo, deslizándonos. Mi guía representaba unos cuarenta. Vestía falda gris ajustada y medias de *sport*, con una chaqueta de punto muy grueso, también gris, abotonada hasta el cuello; en sus pies calzaba unas zapatillas azules de felpa con dos grandes borlas como erizos de peluche. Seguramente había arrojado la toalla hacía algún tiempo, se adivinaba un cuerpo replegado en sí mismo, a la defensiva… o, quizá no, quizá yo estuviera equivocado, quizá ella esperaba todavía, tensa, el soplido de un mirlo blanco sobre aquellas brasas.

Arribamos a un salón de suelo de *parquet*, brillante como un remanso al amanecer. Sobre el *parquet* había una alfombra de tonos discretos. Mi anfitriona me ofreció asiento en un sillón, mientras ella se sentaba en el extremo más alejado del sofá.

—Cuénteme lo que ha ocurrido, por favor.

—No sé más de lo que le he dicho —dije tomando asiento—. Su prima salió ayer de casa dejando una nota diciendo que no volvería. El señor Lillo está muy afectado. Por eso me ha pedido que trate de localizarla y de hablar con ella. Él pensaba que tal vez pudiera encontrarse aquí…

Negó con la cabeza.

—No, no. Hace casi dos semanas que no nos vemos, ni nos hemos llamado… —Se quedó pensativa durante unos segundos—. Él me da pena… Pobre Lillo, me da pena… —reflexionó otro poco —. ¿Y no dijo a dónde iba o por qué se iba?

—No, él no me comentó nada. ¿Alguna idea?

Negó de nuevo con la cabeza.

—No sé… De no haber venido aquí… Ni me ha llamado… Salimos juntas hace unos quince días… Fuimos al centro, a comprar unas madejas… No me dijo nada, parecía contenta, como siempre… No sé qué habrá sucedido, por Dios…

El papel de las paredes era de un tono un par de grados por encima de lo que pudiera considerarse chic, y los muebles eran de los que se ven en los escaparates de los grandes almacenes. Sin embargo, todo el conjunto se había salvado del conocido modelo estándar, quizá por su acertada disposición. Aquí y allá, sobre consolas relucientes, había diminutas figurillas de porcelana: pastores acariciando corderillos y diosecillos empinando el codo. La porcelana, la plata y la madera brillaban en todo su esplendor; en aquel salón nadie hubiera apostado nada por la vida de un microbio.

De pronto caí en la cuenta del aire ambiguo de aquella estancia, aséptico y funcional a primera vista, sin embargo, los jirones de una brisa de voluptuosidad vagaban por ella. Le di un repaso a mi anfitriona mientras hablaba. Una armadura gris de lana y algodón la cubría de la cabeza a los pies. Era de estatura media y estaba bien formada; sus carnes prietas luchaban con el punto grueso tratando de hacerse notar. Solo tenía al descubierto sus rodillas blancas y llenas, con un par de hoyuelos tentadores. Permanecía sentada en la otra punta del sofá, con los muslos apretados con fuerza y los brazos firmemente cruzados sobre el pecho, de tal forma que un buen violador hubiera necesitado cuatro mulas para hacerse con ella. Sin embargo, a pesar de toda la lana y algodón, parecía desnuda. Los rizos castaños que se precipitaban en cascada sobre su nuca y su frente, los labios carnosos entreabiertos, mostrando unos dientecillos como un rosario de perlas y su nacarada y tentadora tez, eran un caudal desbordante de sensualidad que saturaba el aire entre los dos. Pensé, segunda parte, que ahora debía estudiarla levantada, así que eché mano a la pitillera:

—¿Puedo fumar?

—Sí, por favor.

Un montón de curvas pidiendo a gritos un palmetazo saltaron en

busca de un cenicero. Cuando regresó dejó delante de mí una especie de palangana y volvió a sentarse.

—Ese matrimonio fue un error —continuó soñadora—. Era lo que decíamos todos… A nadie le puede extrañar que haya resultado un fracaso. Él es muy buena persona, es cierto, yo le aprecio mucho, es muy trabajador… Pero es… excesivamente serio y reservado… —Parecía arrepentida de haber jugado un par de cartas bajas en favor del aduanero. Sonrió abiertamente—: Y ella es todo lo contrario. Es encantadora, es estupenda… Imposible encontrar a nadie con un trato igual, es única. Está llena de vida… Siempre alegre, entusiasmada por todo… Pero es también muy sentimental, sí, demasiado… Por eso se casó con él —su voz se ensombreció un poco—. Le conoció en un mal momento. Nos sorprendió a todos cuando nos le presentó y nos dijeron que se iban a casar… Fue una locura, la lleva quince años…

Hablaba sobre los sentimientos con el tono frío, cerebral, de las personas al margen. Había en ella algo más que no encajaba en el cuadro: la seguridad de que hacía gala, su mirada franca a los ojos, la entonación de su voz clara y pausada, no encajaban con la meticulosa disposición de los muebles y el lustre chisporroteante de los barnizados, con la impronta de ese carácter neurótico que se desboca por el plumero cuando la vista tropieza con una mota de polvo, o que sufre un síncope cuando la leche se sale del hervidor. Me pregunté cuál de los dos semblantes sería el bueno, o quizá, si no sería cambiante a medida que transcurría el día: una mujer sumisa y hacendosa por las mañanas, versión local de la reina del Tropicana a partir de las seis. No la interrumpí y, bla, bla, bla, estuvo parloteando durante algún tiempo mientras yo fumaba.

—¿Tiene alguna foto? —le pregunté al fin.

—Sí, alguna…

Se levantó y cruzó el salón sobre las dos bayetas como por una pista de hielo. Cogió un portarretratos y me lo tendió.

—Es de la boda…

Era una foto de hacía unos cinco años; el novio era Lillo, pero ella no era la mujer del pelo color caoba que yo esperaba encontrar. En su lugar tenía a una especie de muñeca menuda, de mejillas blancas y permanente oxigenada, vistiendo un traje sastre color musgo y cubriéndose los rizos con un sombrerito del mismo tono;

miraba hacia la cámara conteniendo la risa como si fuera una foto de feria. Lillo iba impecable, y miraba gravemente hacia el objetivo.

—¿Qué le parece?

Se la devolví. Ahora todo encajaba un poco mejor.

—Hacen buena pareja.

—¿Sí? —Echó un vistazo a la foto sonriendo, como si hubiera encontrado mucha ironía en mi respuesta.

Luego dejó el portarretratos y, durante algunos minutos más, continuó hablando de su prima y de Lillo. Cuando vi que se le agotaba el tema, le dije que se me había hecho tarde; le apunté el teléfono del hotel y quedamos en que me llamaría si tenía alguna noticia. Luego, en fila india, nos deslizamos hasta la puerta. Allí me despidió sin gesto grave, pero sin sonreír, con todo su aplomo, como advirtiéndome que sabía muy bien cuándo un hombre iba a saltar sobre ella y cómo tratarlo.

7

UNA DE ESAS TARTAS de principios de siglo, con la crema un poco rancia, y el nombre, Hotel Pizarra, en la cúspide con grandes letras rojas de neón. Un cinco estrellas en el corazón de la ciudad, la plaza del Almirante Sabino Fabra. Una rotonda ovalada iluminada por potentes farolas, con mucho césped y la estatua del almirante en el centro, de espaldas al mar, como si el cielo sin estrellas le hubiera desorientado. Una pequeña escalinata hasta una puerta de cristal con la historiada tarántula de las iniciales proyectadas sobre la acera, indecisa si traspasar el umbral. Un recepcionista, de tez rancia como la fachada que dejó de escribir y levantó la mirada al oír mi voz:

—¿Doña Delicias Obarra, se hospeda aquí?

Otra palabreja en su libro antes de mirarme de nuevo, un minuto después, esta vez de arriba abajo.

—No está.

—¿Ha salido o no la tienes en tu libro?

Mirada sobre mi hombro hacia la puerta de cristal y luego respuesta sin mover los ojos.

—Se ha ido.

—¿Tienes su nueva dirección?

Un botones se había acercado al mostrador, su barbilla apuntaba hacia el techo como si hubiera descubierto un nido de golondrinas. El recepcionista negó con la cabeza, una sola vez, y volvió a abrir el libro, con decisión, para no dejar pasar el soplidito que acababa de recibir en la oreja.

—¿A qué hora se ha ido?

Enarboló la pluma y la dejó caer para tachar un acento. Me respondió sin mirarme:

—No le voy a dar esa información.

Le hablé a la oreja indicándole el libro:

—Mano dura. No permitas que se te suban a las barbas…

—Gracias, no lo olvidaré.

El botones se había trasplantado cerca de la puerta y miraba absorto hacia la calle, viendo el tráfico de coches por primera vez. Me detuve a su lado.

—¿Dónde?

—No muy lejos… —susurró entre dientes.

Un verde silencioso apareció en mi mano; él lo atrapó oyendo todos los timbales de la *Marcha Triunfal*.

—Edificio Leiva, apartamento 417…

—¿La vinieron a buscar?

—Un Ford Capri… —empastó la voz—, todo cromados…

CONDUJE HACIA MI HOTEL. El pequeño berrinche con el recepcionista había agotado mis últimas reservas de paciencia: la caza de mariposas con red del profesor Erwin von Witzleben había finalizado.

Plaza del General Chacón; avenida Bernabé Cobo. Luego a la izquierda, por el bulevar Las Casas. Cien metros adelante, a mi derecha, un tinglado de más de veinte plantas de crema recién sacada del congelador. Sobre la puerta, un nombre en letras doradas: Edificio Leiva. No sabía que se encontrara en mi camino hacia el hotel. Decidí intentarlo por última vez, esforzándome para que mis dientes, lo que mejor tenía, dejaran de rechinar.

La puerta de cristal le daba un buen mordisco a la planta baja. A la derecha, sobre el mármol, estaba el interfono del portero automático. Solo había un nombre en la tablilla del 417: Hugo la Gasca. Llamé, esperé durante un minuto, pero nadie respondió. Entonces apreté el timbre del portero de verdad y el zumbido de la cerradura me respondió un par de segundos después. Empujé y entré. Un individuo menudo, dentro de un uniforme gris, con un bigotillo circunflejo en el labio superior, me esperaba en lo alto de

la escalera del segundo *hall*.

—¿Qué desea? —me preguntó.

Me detuve.

—¿El señor La Gasca?

—No está. Ha salido. Ha ido al Canódromo. Salió a eso de las seis… Va por allí casi todas las tardes; a veces le vienen a buscar, pero a veces va solo también. ¿Quiere dejarle algún recado?

Parecía un hombrecillo servicial, le invitaría a un anís si no era un secreto hacerlo.

—¿Ella tampoco está?

—¿La señora? No, no, salió con él… Tengo el número del Canódromo, si usted quiere…

—No es necesario, volveré otro día… —Eché un vistazo al mármol—. ¿Edificio nuevo?

—Sí, señor —respondió con orgullo—, hace solo cuatro meses que lo hemos inaugurado…

—¿Cuatro meses…? ¿Dónde trabajaba antes?

—En mi pueblo. Tenía una peluquería… Pero se fue la gente…

—Es una buena profesión.

Me despedí. Estaba abriendo la puerta cuando me llamó.

—¿Quién le digo que ha venido?

Lo pensé.

—Dígale que el entomólogo…

—¿El ento…?

—Sí. Dígale que vine a por la mariposa que me había prometido.

—La mariposa… Descuide, yo se lo diré.

Me fui directamente al hotel; olvidándome del Canódromo, de Lillo, de su costilla, con ganas de tomar un poco el aire y de sujetos con bigotillo hecho con rotulador y conversación fácil.

8

EN REALIDAD ERA UN BAR pero dividido en dos mitades por paneles de contraplacado, con una puerta con una cortina de tiras de plástico que comunicaba con el comedor. Alrededor de las mesas de mármol, siempre a aquella hora, había una docena de viejos jugando al dominó, y la misma pareja madura cenando una cazuela de erizos en una salsa rojiza. En la parte que hacía de restaurante había mesas con manteles de papel. En un rincón habían metido una moto desvencijada y sobre ella había puesto media docena de cañas de pescar de bambú silvestre. Yo era el primer cliente cada noche en ocupar una mesa, dando la espalda a los paneles y a los golpes del dominó.

Mientras hacía trabajar un cuchillo romo sobre un filete correoso, apareció por la puerta un borracho. Tendría unos treinta años; era bien parecido, llevaba el pelo esculpido a navaja y vestía traje azul, con camisa blanca y corbata roja, pero estaba sin afeitar y su tez estaba muy pálida, con sombras violáceas bajo los ojos; daba la impresión de haber arrojado la toalla temprano en la vida. Tropezó con un par de mesas antes de desplomarse en una silla y echarse de bruces sobre el mármol; comenzó a roncar al instante. Enseguida apareció el dueño y se plantó delante de él con los brazos en jarras. Lo estuvo contemplando durante un minuto, con un rostro entre atónito y granítico; luego elevó la mirada hacia el techo y crispó los dedos musitando entre dientes: ¡Si no fueras mi hermano!; y regresó al bar. Su hermano menor continuó roncando sin haber oído la advertencia.

Compré el periódico antes de meterme en el hotel. Puse *Cerezo*

Rosa, me quité los zapatos y, echado sobre la colcha, comencé a deshilvanar las páginas de la última edición, todavía con la tinta fresca, haciendo tiempo, esperando los arrullos del sueño. Lo primero que leí fue que un hombre había muerto de un ataque cardíaco cuando corría a coger el autobús para ir a trabajar. …*Aquel cerezo rosa que ayer vi…*

Sonó el teléfono.

—¿Ferreol?

La pera madura con medias de *sport*.

—Sí.

—Soy Elvira Artal… Perdone que le moleste… Tengo noticias. Acabo de hablar con mi prima, me acaba de llamar… Está en el Canódromo…

—¿Qué le ha dicho?

—Pues… Creo… Creo… Me pareció que estaba un poco alegre, que había bebido… Dijo que se estaba divirtiendo mucho, que iban a cenar y después a bailar, que si quería ir con ellos… No me dijo con quién estaba…

—¿Tiene alguna idea?

—No… Eso es lo que me preocupa… El Canódromo no es un lugar de muy buena fama aquí…

—Quizá lo único que pretenda sea divertirse un poco. Duerma tranquila, su prima es mayor de edad…

—Sí… Pero… Ya, yo también creo que no hay nada que podamos hacer… Todo esto es un poco absurdo…

—Sí…

Colgamos. Busqué entre las líneas impresas el hilo de lo que estaba leyendo. Durante un minuto traté de concentrarme, pero delante de mis ojos solo tenía un espacio en blanco. De pronto me sentí como un cadáver flotando en medio del océano una noche sin luna.

Eché el periódico a un lado y me quedé contemplando la habitación donde había desaparecido la fuerza de la gravedad. Luego me levanté, cogí la gabardina, quité la aguja y salí a la calle, sin hacer nada esta vez para que mis dientes dejaran de rechinar.

9

SEGÚN LAS CONSIGNAS DEL MAPA había que cruzar la ría por el puente del Comandante Garaizábal, y tomar luego una avenida flanqueada de castaños que conducía fuera de la ciudad, en dirección sur.

Sentía el regusto terroso de alguien que se está metiendo en camisa de once varas. Me pregunté por quién de los tres había saltado de la cama y me había echado a la calle: ¿por un hombrecillo duro algo atribulado?, ¿por una mariposa cabeza hueca de melena oxigenada?, ¿por una patinadora talludita de lana y mantequilla? No, no lo había hecho por ninguno de los tres. Es que existen personas incapaces de conciliar el sueño devorados por la idea de que han dejado el cepillo de dientes fuera del vaso; y yo debía pertenecer a los incapaces de hacerlo si antes no había echado el lazo a una cabeza hueca para arrancársela y agitarla un poco.

La avenida remontaba una colina con villas centenarias, rodeadas de jardines umbrosos de altos muros de piedra. Desde la cima partía una carreterita serpenteante que llevaba a un pueblo todavía no absorbido por la ciudad. A unos dos kilómetros había una desviación con un rótulo indicando la dirección del Canódromo. Doscientos metros de gravilla menuda y aparecía a la vista la tapia blanca que separaba el recinto de la carretera. En la valla había pintado un galgo negro con las piernas estiradas, con el número seis sobre la gualdrapa amarilla y, a su zaga, la palabra Canódromo, con las letras inclinadas y con flecos, como si también corrieran, o el viento las estuviera deshilachando. Media docena de potentes focos iluminaban un centenar de coches en el

aparcamiento delante de la puerta. Dejé el Peugeot en un hueco, saqué una entrada y entré sin que entre mis planes estuviera todavía el de sonreír.

Me encontré en un patio con piso de cemento, con un par de farolas donde la lluvia débil brillaba esfumándose antes de llegar al suelo. En un lateral se veía la estructura hueca de una gran tribuna, con una puerta batiente. Sobre un seto, a la derecha, se reflejaba el resplandor de la pista de carreras; se oían los ladridos excitados de los perros preparados para correr. Crucé el patio hasta la puerta batiente y entré en lo que debía ser el recinto principal.

Amplio, con columnas y una veintena de taquillas al fondo, vacías de clientes. Debajo de los monitores, sobre la pared a mi derecha, con las cotizaciones de las apuestas, estaba la barra del bar vacía de clientes también. A la izquierda había dos puertas batientes que no parecían llevar a ninguna parte.

Error. Las dos puertas se abrieron de golpe y a la vez, dando paso a un tropel compacto de hombres sudorosos y excitados que invadieron el recinto atropellándose, como si al otro lado se hubieran quedado sin aire, abriéndose paso a codazos hacia las taquillas y hacia la barra del bar. En un instante el ruido se hizo ensordecedor. Un altavoz trató en vano de hacerse oír en aquel gallinero anunciando el resultado de la carrera. Por un momento creí haber salido de un sueño, tuve que emplear también los codos para llegar hasta el bar.

Una veintena de personas habían hecho cola delante de la taquilla de boletos ganadores, pegándose unas a otras formando un cuerpo serpenteante. Los chicos de la barra comenzaron a moverse como si el suelo se hubiera puesto al rojo bajo sus pies. Logré que uno de ellos me sirviera una cerveza antes de cogerle por las solapas. La primera de la fila de ganadores era una anciana menuda de rostro pintarrajeado; defendía su plaza firmemente, agarrada a la tablilla con las dos manos, hasta allí llegaban los insultos barriobajeros que le estaba dirigiendo al tipo que tenía detrás.

Con una cerveza en la mano estuve paseando la mirada sobre aquel mar de pieles tersas y brillantes y pelo engomado, desconfiando encontrar allí a la cabeza hueca para la que traía un mensaje.

Me dirigí hacia las puertas batientes y salí a la zona de carreras.

Para llegar a la pista había que descender media docena de gradas y luego cruzar un ancho corredor de gravilla. Entre la grava y la pista de ceniza había una barandilla blanca y un pequeño seto de alheña. La pista de ceniza estaba iluminada por focos a un metro de altura y las gradas de la tribuna y el corredor de grava por lámparas ambarinas colgadas de una visera. Tres empleados de guardapolvos color membrillo se llevaban a los perros que acababan de correr. Los chuchos tiraban de sus cuidadores hacia el túnel de salida con la lengua afuera, sin querer oír hablar de revancha. En el portón se cruzaron con los seis perros para la nueva carrera, estos ladraban nerviosos lanzando dentelladas al aire.

Enfrente de la última curva se veía la estructura de un gran mirador volado sobre la pista, con dos lunas asalmonadas, con pequeñas luces de veladores brillando apagadamente al otro lado.

Al final de la recta el paseo estaba cortado por un seto que impedía el paso. Regresé a mi punto de partida y busqué la puerta que comunicaba con el patio detrás de la tribuna. Rodeé la estructura de cemento, sorteando pilares y restos de obras, hasta encontrar otro patio donde estaban aparcados un par de furgones con pequeñas ventanas enrejadas y la palabra Canódromo pintada en la caja. Había en el aire un intenso aroma a excremento de perro. El patio estaba cortado por el mismo seto que me había impedido el paso en la pista. Pero aquí había una pequeña abertura entre los arbustos de la que arrancaba un caminito de gravilla. Un globo blanco iluminaba un letrero clavado en un poste: «Zona reservada a socios. Prohibido el paso». Me interné por aquel caminito con ganas de curiosear un poco. No se veía a nadie. Solo se oía el ladrido lejano de los perros y el crujido de mis zapatos. Treinta metros de oír gravilla y el caminito doblaba a la izquierda, para desembocar enfrente de un edificio de dos plantas, con un farolillo amarillo sobre la puerta. Junto a esta, echando un pulso con la pared, estaba un individuo con unas espaldas que harían pasar desapercibidos sus pies planos; vestía uniforme y gorra de plato. Se incorporó al verme mientras escondía el pitillo en el hueco de la mano. Le saludé cuando me abría la puerta. Respondió a mi saludo dudando, escudriñando mi rostro, repasando con insistencia el fichero que llevaba debajo de la gorra.

Un pasaje estrecho y húmedo, escasamente iluminado, de suelo

de baldosín, que conducía hasta una puerta batiente con una línea de luz en el centro. La empujé esperando sorprender con las manos en la masa a un sindicato de perros amañando las carreras.

Pero era también, un *hall* de apuestas, aunque mucho más pequeño y con otra clase de aire en su atmósfera, un aire de primera, con la crepitación del dinero crujiente. Había moqueta de lana, sillones Chéster, veladores y gente vestida cuchicheándose a la oreja. Nadie volvió la mirada cuando entré, porque yo solo era una sombra extraviada en la noche que susurraría una disculpa antes de esfumarse de nuevo. Todo un lateral era una gran luna asalmonada proyectada sobre la pista de carreras. Enfrente había una pequeña barra de bar con un posamanos acolchado cerrando todas las salidas a un barman de poca estatura. Sobre las dos taquillas de apuestas, al fondo, había unos letreros impresos indicando que el precio de los boletos era allí diez veces más alto. No vi tirada por los sillones o por la barra del bar a Cabeza Hueca.

A la derecha de las taquillas había una puerta tapizada de cretona. Me acerqué y la empujé, como lo empujaba todo desde hacía unas horas.

ME ENCONTRÉ CON UNA ESPALDA blanca y un camarero haciéndose apresuradamente a un lado, para dejar delante de media docena de mesitas cubiertas con manteles rojos adornadas con pequeños floreros con flores naturales; estaban alineadas a lo largo de otra luna asalmonada, volada también sobre la pista donde en aquel momento cruzaban los perros, ciegos detrás de la liebre, como si hubiera corrido la voz en las perreras de que no iba a pasar un día más sin desflorarse, pero sin que hasta allí llegara ningún sonido de la carrera. Todas las mesas estaban ocupadas por parejas de aspecto distinguido, cenando al resplandor de la pedrería que relampagueaba en sus dedos y en sus pecheras. En la última mesa, en un rincón discreto, montaba su número Cabeza Hueca.

Un *maître*, recién sacado del cubo del almidón, competía en patinaje artístico entre las mesas. Dos camareros observaban desde otra galaxia el panorama junto al aparador de la vajilla. Cuando la

mirada del *maître* dio conmigo, su mano cogió una carta tan grande como una mesa de
ping-pong
y todo él se deslizó hacia mí.

—¿Va a cenar el señor?

—He cenado ya, gracias.

Me sonrió como se le sonríe a un cadáver, echó una mirada hacia las mesas pidiendo calma y se alejó patinando con la carta bajo el brazo. Regresé al *hall*. Ocupé una banqueta en la barra y pedí una copa mientras mostraba a la concurrencia mi número favorito de balanceo de pie.

Menuda, de rostro lleno y carnes blancas que parecían mantenerse en forma. Así era. Pelo cuidadosamente oxigenado; ojos azules y labios rojos y sensuales que no habían dejado de parlotear. Llevaba un vestido blanco y una estola imitación armiño. Durante el tiempo que había tenido los ojos puestos en ella, no había dejado de reír ni de hablar, como para no desdecir a su prima, haciendo converger sobre su mesa unas cuantas miradas de reojo cargadas de estilo. Me había parecido una de esas personas incapaces de encontrarse sin compañía; cinco minutos a solas la llevarían a renegar de este mundo sollozando sobre la cama. No me la imaginaba remendando calcetines o arrastrando un carrito de la compra.

Una pieza que no encajaba en el cuadro era el sujeto que estaba con ella. Un individuo bien parecido y arreglado, sin ser un chulo; con el aspecto de ejecutivo de una gran empresa al que han ordenado llevar a cenar a una accionista caprichosa de la que hay que obtener una llave. Tendría unos treinta; vestía un correcto traje gris y no llevaba en los dedos o en la corbata ninguna chatarra especial; sus modales me habían parecido sobrios y correctos. Todo en su sitio. También me había parecido que se encontraba incómodo con las carcajadas de ella; había mirado un par de veces a su alrededor, como si no hubiera sido allí donde le hubiera gustado estar, ni tampoco en ningún otro lugar a menos de cien kilómetros de donde se encontraba ella. Podía adivinar en él a un adolescente esforzándose en disimular su falta de experiencia para afrontar una situación tan dura.

Pedí otro coñac y lo acompañé probando suerte en las taquillas.

Se sucedieron un par de carreras y el nivel de mi cuenta descendió un par de puntos. Al cabo de media hora la puerta tapizada de cretona se abrió enmarcando a la costilla de Lillo con su acompañante.

Su borrachera había subido un par de grados. Continuaba riendo a gritos y el ejecutivo la llevaba del codo, con el brazo estirado, sosteniendo aquel cartucho de dinamita chisporroteando. Imaginé que se iban a quedar allí, pero cruzaron el *hall* hacia la puerta de salida. Me moví y les abordé cuando un camarero se adelantaba a abrirles la puerta.

—¿Doña Delicias Obarra?

Todo se paralizó un poco y el apagado nivel sonoro del recinto descendió también. El camarero se quedó con la puerta a medio abrir y algunos clientes volvieron la mirada. Ella cortó la risa de golpe, se volvió y, con los ojos navegando, me dio un repaso, entreabriendo los labios, preparada para reír de nuevo.

—Presente…

Su acompañante la tiró del codo deseando esfumarse de allí.

—Mi nombre es Ferreol. Trabajo para su marido. Quiere saber si usted se encuentra bien.

Una sacudida de la borrachera le hizo entrecerrar los ojitos e hipar, mientras trataba de concentrar su mirada en un gran círculo del que yo era un centro borroso.

—¿Qué dice…? ¿Mi marido…? ¡Ja, ja, ja! —Se volvió hacia el ejecutivo pero sin ubicarlo del todo—. ¿Has oído…? ¡El cojeras quiere saber si estoy bien!

Había elevado el tono y todas las conversaciones se apagaron definitivamente, mientras las miradas permanecían vueltas hacia nosotros. El rostro de su acompañante había palidecido intensamente. Ella se soltó de él, frunció el ceño y se encaró conmigo, hablándome con una boca algodonosa:

—¿Y tú quién
e-res…?
¿Quién has dicho que
e-res
tú…? ¿Algún espía de él?

—Le diré que goza de excelente salud. Si necesita algo, dígamelo.

—¡Necesitar! ¡Necesitar! —Fueron dos gritos que apagaron hasta el rumor que llegaba de las cocinas—. ¡Dile que se vaya a la mierda! ¿Sabes? ¡A la
mier-da!
¡Y tú también…! ¡Vete a la
mier-da
con él! ¡Iros los dos a la
mier-da!

Dudé si plantarle la mano en una de sus bonitas mejillas blancas. Pero no, yo era un caballero de la vieja escuela y ella solo una cabecita hueca con unas cuantas burbujas de más.

La representación había terminado. Aquí no ha pasado nada. Esperé a que cruzaran la puerta para salir yo también, pero se volvió de nuevo; su rostro estaba rojo y crispado.

—¡Mé-te-te en tus asuntos, im-bé-cil! ¡Yo hago lo que me da la
ga-na!
¡O-dio a los en-tro-me-ti-dos! ¡Los odio! —Se estaba poniendo histérica deprisa—. ¡Desaparece! ¡No te
quie-ro
ver! ¡Fuera…! ¡Fuera de aquí!

Delante de mi rostro relampagueó un pequeño bolso de lentejuelas. Su acompañante se había retirado a un segundo plano, miraba lívido la escena desde el vano de una puerta, con solo medio cuerpo vuelto hacia nosotros. Falló el golpe, estaba demasiado borracha. Se quedó tiesa como una estatua, con el bolso en la mano. Comenzó a sollozar. Las lágrimas trazaron feos surcos en sus mejillas mientras su cuerpo perdía tensión. Ella recibió una sonrisa; la otra me estaba reservada: provenían de dos tipos de traje oscuro y anchos hombros que habían entrado en escena.

—¿El señor es socio?

La pregunta la había hecho una jeta de cejas quebradas, con una gran cicatriz desde el labio superior hasta una oreja.

—No; antes quería conocer esto un poco.

Una mano la cogió suavemente del brazo y la condujo hasta la barra. El barman le había preparado ya una copa. Entonces fui yo quien acaparó todas las miradas, mi solo de platillos. El tipo de rostro de rompecabezas echó a un lado al camarero y me abrió la puerta sin descomponer la sonrisa. Antes de salir me detuve en el

vano.

—Pienso hacerme socio. Aquí se está como en familia.

—Tenemos todas las plazas cubiertas, por lo menos durante los próximos veinte años. Pruebe entonces…

Volví a escuchar la gravilla bajo mis pies. Pensé en la estola imitación armiño y en las dos peleas que casi había tenido en solo tres horas por aquella mujercita casquivana, que trataba sin remedio de no enfrentarse con el recodo más amargo en la senda de su vida.

Me llamé imbécil.

10

JIRONES DE UN SUEÑO, un sueño de verdad, desvaneciéndose en mi cabeza, mezclados con *Sombrero*, mientras entraba en la oficina, donde, por las persianas a medio levantar, entraba la luz en finas rebanadas.

Había colgado la gabardina cuando la otra puerta se abrió apareciendo Lillo. Cojeaba ostensiblemente y tenía las marcas en el rostro de haber pasado una noche en vela. Me saludó ausente mientras se dirigía hacia el archivador siguiendo una senda quebradiza. Me senté esperando un bombardeo de preguntas angustiadas sobre la salud y las andanzas de Cabeza Hueca, pero las preguntas no llegaron. Cuando se dirigía de vuelta hacia su cueva, dejé caer que había hecho su encargo. Se volvió para escucharme aunque sus pensamientos parecían en otra cosa. Encendí un pitillo y, en unas cuantas palabras, le conté mis indagaciones de la noche anterior, quitándole hierro al encuentro en el Canódromo; le dije que ella se encontraba bien, que le había dicho que él quería que volviera y que ella, con lágrimas en los ojos, me había prometido pensarlo. Cuando terminé me dio las gracias, sin añadir ningún comentario, metiéndose de inmediato en su cubil, cerrando la puerta a cal y canto. Comprendí que mi charla solo había contenido noticias ya viejas para él.

La mañana fue transcurriendo sin grandes novedades; la puerta de Lillo permanecía cerrada, mientras yo trataba de encarrilarme en el papeleo de la agencia. A las once Lillo volvió a aparecer. Su rostro estaba más gris y su vista más humillada que hacía dos horas. Esta vez traía en la mano un sobre grande. Se acercó a mi mesa y me lo tendió pidiéndome con voz apagada que fuera al puerto,

había un embarque de quinientos barriles de sosa y aquella era la documentación; tenía que entregársela al consignatario y, de paso, tratar de ver cómo iba todo. Sin añadir más regresó a su despacho.

… *que con ansias de sus celos, dejó sin sangre mis venas. Sombrero*… Había rayado el disco siguiendo la ría camino del puerto, buscando la dirección de uno de los tinglados de la Junta, en la zona franca. Llovía. Lluvia de mierda. Pero la lluvia ya no era noticia. Ladeé el sombrero en mi ángulo favorito y comencé a cavilar sobre el comportamiento de Lillo, a jugar a sicólogo con aquel material, de primera clase para un sicólogo, sin duda, si no lo echaba antes la vista encima un siquiatra. Esperaba que aquello no fuera siempre así. No lo sería. Era evidente que solo se trataba de un agente de aduanas en dificultades, sin nadie con el lápiz en la oreja para echarle una mano.

Dejé a mi derecha el edificio gris de la Comisaría; luego rodee la Comandancia. Fui sorteando pilas de plátanos recién desembarcados y otras de troncos de Guinea oscureciéndose bajo la lluvia, procurando que el Peugeot no se encontrara en cualquier revuelta con un tráiler o un cangallo.

El tinglado 3 era de ladrillo rojo, con grandes puertas correderas hacia la dársena. Dejé el coche delante de las oficinas de la
S. T. P.
y pregunté por el encargado de la consignataria. En el interior del tinglado se apilaban sacos de nitrato junto a otros de leche en polvo, de garbanzos y lentejas y a grandes paquetes de recortes de pieles con el etiquetaje de la India. Junto a la puerta estaban los barriles de sosa cáustica. Olía a tienda de coloniales. Como respuesta a mi pregunta me indicaron a un tipo con bigotito y gafas oscuras que permanecía estratégicamente apoyado en la pared, en el único lugar posible donde, cuando mejorara el tiempo, daría el sol. Tenía el aire de estar observando el paso de los segundos delante de su nariz. Me presenté y le di los documentos. Los metió en el bolsillo sin mirarlos ni comentar nada, como tampoco me miró, ni lo hizo a ningún lugar en concreto, reservando energías para después de las cinco. Los carramarros habían comenzado ya la carga, levantaban los barriles y los echaban sobre los trailers. El papeleo era allí solo un mundo lejano, como una calle sin salida, ignorada por los apilamientos de mercancías llenas de polvo y de

olores reales.

Salí de la Zona. Pasaba un minuto de la una y no merecía la pena regresar a la oficina. Fui al restaurante y me hice un hueco en la barra, a la espera de una mesa libre. La obtuve enseguida; el restaurante estaba semivacío, igual que algunos muelles, debido, por lo visto, a que durante la noche, en el muelle de áridos, se había roto la braga de un estrobado de sacos de mijo y la carga se había desplomado sobre un maquinista partiéndole el cuello. Todos los estibadores de áridos estaban de funeral por los bares de la otra margen de la ría.

11

ERAN LAS DOS. La puerta del otro despacho estaba abierta, pero no se veía a Lillo por allí ni se oía nada.

La lluvia continuaba, monótona, pegajosa. Masas de nubes como algodón sucio cruzaban hacia la sierra empujadas por un oeste porfiado. Su reflejo acerado inundaba el despacho de una luz fría y depresiva que invitaba a salir en busca de un bar para intercambiar, con el dueño o con un cliente cualquiera, algo de palique sobre los mares del Sur. Llegaba el fragor apagado de la goma sobre el asfalto húmedo, y el intermitente forcejeo neumático de las puertas del autobús que tenía su parada en la esquina. Olía intensamente a humedad. Las sirenas sonaban lejanas, entre la lluvia, como gritos de socorro.

… Despachos de aduana y conocimientos de embarque; número de bultos, toneladas, nombre del remitente y del destinatario; análisis, licencias, régimen de abonado, régimen de despacho comercial…, largas columnas de sumandos cargadas de decimales. Me pregunté si Zweibrücken hubiera podido con ello. Por qué no, solo se necesita un poco de paciencia, viejo, y mantén bien apretada la correa del baúl donde se apolillan los resobados sueños, ignora las manecillas del reloj y, sobre todo, evita entrar en conversación con la sombra llamada conciencia que permanece toda la jornada sin quitarte el ojo, algo desmadejada, en la silla de enfrente.

Eran las tres y cuarto cuando sonó el timbre de la puerta. Me levanté y fui a abrir.

Mirándome con suficiencia, con una mano en el quicio, como si la casa se mantuviera en pie gracias a él, estaba un tipo larguirucho,

aplomado, con un rizo como el rabo de un cerdo sobre la frente.

—¿Está papá Lillo?

Miraba sobre mi hombro, tratando de ignorarme.

—No está papá Lillo —le contesté.

Vestía moderno: un traje a cuadros, estilo inglés, camisa madrás amarilla y fresa, y una corbata tan roja como la lengua de un sabueso que ha encontrado vacía la lata del agua. Me miró y estuvimos intercambiando miradas chisporroteantes durante unos segundos. Sonrió al cadáver que tenía delante.

—¿Va a tardar mucho?

—Quizá…

—¿Quizá…? ¿Diez minutos? ¿Una hora?

—O una semana, o un año…

—Ya…

Volvió a escudriñar sobre mi hombro.

—¿Puedo pasar? Le esperaré.

Sus ojos eran de pillo, aunque no fue aquello lo que me indujo a dejarle entrar. Le indiqué una silla. Se sentó echando un vistazo alrededor, mientras se tiraba con suficiencia de las dos perneras.

—Un lugar tranquilo.

ENCENDIÓ UN PITILLO y comenzó a fumar sin abrir la boca. Tenía un aire demasiado llamativo y desenvuelto para frecuentar oficinas sombrías en horas de trabajo. Y sus ojos me parecieron ahora discrepantes: de truhán el izquierdo, de mirar circunspecto el derecho. Su nariz era de hurón, para excavar largas galerías bajo tierra; pero en mi mente se interfirió la imagen de un hermano gemelo suyo pegándole bofetadas a una madre inválida para arrancarle la pensión. Allí encajaba mejor.

Cuando terminó el pitillo lo apagó en mi cenicero mirándome a los ojos. Un minuto después comenzó a canturrear entre dientes, con las piernas cruzadas y un brazo sobre el respaldo de su silla. Solo era un estribillo que repetía una y otra vez. A veces elevaba el tono remarcando la palabra «*baby*». Aquella chirriante musiquilla sonaba como un gato callejero bajo la lluvia llamando a la gata

junto al hogar. Iba a decirle que se callara cuando lo dejó consultando la hora.

—¿Estás seguro de que va a venir?

Tenía demasiados números delante como para prestarle atención. Castañeó los dedos hacia mí.

—¡Eh, tú! ¿Estás seguro de que va a venir?

Le miré ceñudo.

—Cuenta ovejas o lárgate —le respondí—. Si has venido a arreglar algún negocio de la oficina, suéltalo, puedo concederte un minuto.

Silbó abriendo los ojos.

—Es un negocio muy personal…

—Entonces mantén la boca cerrada.

Bostezó. Cinco minutos después pareció llegarle otra idea:

—¿Tú cúrrelas aquí?

La pregunta me cogió intercediendo entre dos balances enzarzados en una refriega por unos decimales y no levanté la mirada. Se rio.

—Perdona, papaíto. Es una pregunta idiota. Está claro que andas en el tajo. Quería decir que si hace mucho que estás con el viejo, con Lillo; no sabía que tuviera compañía.

Otra mirada para él pero sin contestarle tampoco. Había un par de cosas en aquel cromo que no me gustaban: su aspecto y las preguntas que me hacía.

—¿Oye, y cuánto ganas? —Tono irónico y confidencial—. ¿Te paga bien el viejo? ¿Haces ahorrillos para cuando te jubiles?

Dejé el bolígrafo y me eché hacia atrás en la silla cogiendo un pitillo de la cajetilla que había sobre la mesa. Lo encendí y eché el humo hacia el tablero barriendo de paso la ceniza mientras dejaba la cerilla. El figurín hundió las manos en los bolsillos del pantalón mirándome con suficiencia.

—¿Estás casado? —me sonrió mostrándome unas dientes blancos—. ¿Mantienes honradamente a una familia? ¿Cómo te las arreglas para sacarlos adelante? Mal, seguramente. ¿O tu mujer te echa una mano, eh, pájaro?

Me hizo un guiño de complicidad, como si estuviéramos en el mismo bando.

—Mira —le dije apagando la cerilla que había prendido el

celofán—. Tengo un sentido del humor harto difícil —me incliné hacia adelante—. A los figurines solo os soporto detrás de la luna de un escaparate, y solo me divertís cuando os sacuden el polvo de la nariz con el plumero. Mantén la boca cerrada si quieres seguir con todos los dientes donde los tienes o que no te eche a patadas a la calle.

Resonaron en el despacho grandes carcajadas más falsas que el nivel de una ruleta callejera. Tan rápido como había surgido la risa se apagó.

—No te enfades, papaíto; no es para tanto —gesto de paz mostrándome la palma de la mano—. No quería molestarte, era solo una broma entre amigos. A veces hablo de más, eso dicen las nenas, a ellas les gusta, pero ahora solo pretendía romper el hielo para servirme una copa.

De nuevo la palma en son de paz. Descruzó las piernas y encendió otro pitillo. Yo dejé el pitillo en el cenicero y abrí un expediente. Pero el alto el fuego duró poco:

—Me refería a tu traje —dijo apuntándome amonestador con el dedo—. No recuerdo haber visto nunca nada igual en el museo, y seguramente ninguno de mis amigos tampoco…

Terminé de repasar una suma pensando en mi cena, temprana y ligera: sopa, una tortilla francesa y algo de fruta, con una cerveza fría.

—¿Es un corte de los de antes, no? Creo recordar que con algo parecido amortajaron a mi abuelo. ¿Quién te lo ha hecho? Habría que caparlo —echó un vistazo alrededor—. Aquí no puedes ganar mucho, esto es un agujero —se inclinó hacia mi mesa y bajó la voz —. Sé de un par de sitios donde un tipo como tú puede ganarse una pasta, te puedo presentar… —Se echó hacia atrás e hizo un gesto displicente con la mano—. Pero antes tendrías que ponerte algo mejor; con ese saco con agujeros no puedes venir conmigo…

Comenzó a balancear el pie mirándome. Zapatos italianos, de punta fina, color bronce.

—Uno es en un club de *striptease* —continuó—; hay que quitarle los trapitos a las nenas, ya sabes…

Nuevo guiño de ojo. Y entonces comprendí que solo pretendía resultar divertido, sin ofenderme. Y creía parecer que lo estaba logrando, o que lo iba a lograr a poco que insistiera. Seguramente

era muy popular en algún club de moda, pero en aquel despacho sus palabras se perdían en las paredes grises y desangeladas: imposible encontrar en ellas un eco a sus chistes.

Su nulo éxito pareció desanimarlo. Continuó fumando sin hacer más comentarios. Yo me encontré con uno de los balances que había besado la lona y estaba en el límite de los diez segundos. El figurín apagó el pitillo y volvió a consultar la hora. Puso el ceño duro.

—El cojitranco no acaba de llegar… Igual le ha pillado el autobús —se levantó carcajeándose un poco—. No estaría mal eso…

SE PASEÓ POR LA OFICINA echando de vez en cuando un vistazo por la ventana. Luego cruzó el despacho deteniéndose delante de la otra puerta, mirando hacia el interior. Permaneció así, indeciso durante unos segundos, hasta que se decidió a entrar. Le había perdido de vista. Segundos después oí cómo abría un cajón. Entonces llegó mi turno de dejar el asiento. Antes de ir al despacho de Lillo abrí la puerta de la calle. Le encontré hurgando en un cajón de la mesa. Le hablé desde el vano.

—Se acabó. Largo.

Se incorporó sorprendido; me sonrió cerrando el cajón.

—Vamos, vamos, chupatintas, no te excites. Yo conozco a Lillo hace muchos años; tú aquí no eres nadie.

—A mí me acabas de conocer y ha servido de despedida. Largo.

—¿Cómo dices? ¿Me mandas a la calle, muerto de hambre? —fingió sorprenderse mucho, se señaló con el dedo pulgar—. ¿Tú-a-mí, muerto de hambre?

—Muévete rápido.

—¿Me estás metiendo miedo, chupatintas?

Pero cruzó delante de mí sin poder controlar el giro nervioso de sus pupilas dentro de las órbitas. Se volvió mientras se alejaba, forzando una mirada de desprecio; porque el caso era no mostrarse como era en realidad: un niño perdido entre la multitud. Cerré la puerta del despacho.

—¿Sabes una cosa, chupatintas? —Chasqueó los dedos hacia mí

—. Eres un hombrecillo que me ha caído simpático, pero puede que resultes gracioso porque todavía no sabes quién soy yo —era demasiado temprano para entrar en camorra—. Cualquier día de estos nos va a encontrar y entonces te diré unas cuantas cosas, pero en serio, no como ahora. No lo olvides. Nos veremos. Aunque solo seas un payasito no me va a importar partirte la cara…

—No pareces muy sobrado de sentimientos…

Empuñé la manilla y le dejé pasar. Me sonrió con sarcasmo. Se volvió en el rellano, me mostró la palma, sonriendo abiertamente, cambiando de tono otra vez:

—Siento haberte dicho lo del traje, papaíto, pero no resisto ver a la gente mal vestida, te lo juro. Pídele un aumento a tu jefe, de mi parte, y cómprate unos trapitos si quieres ir por ahí.

Me guiñó un ojo y me dio la espalda para quedarse con la última palabra. La jugada le salió bien porque yo no reaccioné; luego pensé que no hubiera sabido qué hacer con ella.

12

PARA MI SORPRESA, aquella pequeña refriega con el figurín sirvió para que, después de cerrar la puerta, me viera contemplando con nuevos ojos aquellos muebles y aquellas cuatro paredes con la pintura desvaída, como si entre ellos y yo se hubieran tendido una serie de lazos cálidos y sutiles. Regresé a la mesa y continué con los balances, pero más relajado, con las piernas estiradas debajo de la mesa y la expresión relajada de un perro de presa digiriendo un solomillo.

Lillo apareció a las cinco. Estaba muy excitado. Los huesos del rostro se le marcaban bajo la piel, que había adquirido un tinte verdoso. Cruzó delante de mi mesa, saludándome, atropellado y entre dientes, cojeando sin disimulos. Me quedé mirándole entrar en su despacho, sin decirle nada de la visita que habíamos tenido. Un minuto después oí cómo abría y cerraba los cajones del archivador y de la mesa. Aquel golpecito de cajones duró media hora, parecía estar cambiando todos los papeles de lugar. Le oí llamar por teléfono un par de veces, y otro par de veces oí el repiqueteo del timbre.

Llevaba media hora tratando de componer el rompecabezas de un embarque de óxido de molibdeno, con un par de columnas de sumandos que no encajaban, cuando decidí arrojar la toalla. Me levanté y llamé a la puerta del otro despacho. Esperé durante unos segundos sin que sucediera nada, solo se oía a su morador abriendo y cerrando cajones, moviéndose de un lado para otro. Abrí la puerta. Lillo estaba apilando carpetas sobre el archivador, se volvió y me miró convertido en piedra, como si le hubiera sorprendido

soltando la goma del gas de un parvulario.

—Lo siento —me disculpé—. Hay un expediente con un par de cifras que no encajan, un despacho de aduanas qué parece confundido…

Me miró sin comprender; por fin reaccionó, relajándose un poco:

—Sí, sí… Déjelo a un lado, ya lo revisaremos…

Cerré la puerta y regresé a mi silla, molesto conmigo mismo por haberle interrumpido en su trasiego.

Media hora después oí el repiqueteo del teléfono. Oí cómo descolgaba y respondía excitado, con un tono de voz casi histérico; solo pude entender parte de lo que decía: repetía una dirección. Le oí colgar y luego, durante unos minutos, no oí nada. Por fin su puerta se abrió. Salió sin cerrar y cruzó delante de mí, de prisa y arrastrando la pierna. Antes de abrir la puerta de la calle se volvió, mirándome como un moribundo.

—Ferreol… —Tuve un escalofrío; nunca había visto nada tan patético en carne y hueso—. Me ha llamado… Quiere verme…

Dejó escapar un suspiro encallando al fin en la playa. Cogió la manija pero se detuvo, levantando de nuevo la mirada con esfuerzo.

—¿Quiere… Quiere usted… acompañarme…?

—Ella querrá hablar a solas con usted. Seguro.

Asintió con la cabeza.

—Sí… Sí; claro…

Se quedó pensativo, con la mano en el pomo. Suspiró profundamente y me miró otra vez. Pero ahora me pareció que algo había cambiado en él.

—Ferreol, creo que no le he agradecido lo suficiente lo que hizo usted por mí anoche. Le ruego me disculpe, estaba un poco nervioso… Ya pasó. No estuvo bien por mi parte encargarle algo así…

—No se preocupe.

Sí. Seguro. Era otro hombre. Transformado. No sabía a qué era debido, pero su tono se había hecho firme como por encanto, me pareció que se acababa de sacudir de encima la tierra que le cubría y amenazaba con sepultarlo. Miró hacia el ventanal y de nuevo hacia mí, muy sereno ahora.

—¿Le gusta la pesca?

—Algo, sí.

—Yo me considero un experto. Tengo una pequeña motora; conozco un par de caladeros donde puede entrar alguna lubina, a la cacea. Hágase con un traje de aguas, hay sitio para dos.

Le sonreí. Tiró de la manilla y abrió la puerta como nunca lo había hecho. Nos despedimos y se fue. Me arrellané en la silla y continué revisando cuentas; contrastando pesos y volúmenes, análisis y licencias, mujercitas casquivanas y hombrecillos duros superando atribulaciones.

13

SALUD. SALUD A LOS DOS. Faltaban cinco minutos para las seis cuando cerré el balance. Había encendido la luz. La lluvia arreciaba contra los cristales. El rumor del tráfico era un zumbido continuo y lejano. Lillo no había regresado, seguramente él y Cabeza Hueca estarían celebrando el reencuentro en la barra de un bar, bañados por una luz tenue. Salud. Salud a los dos otra vez.

Guardé las carpetas en el archivador y bajé las persianas. Eché un vistazo comprobando que no había nada fuera de lugar. Estaba descolgando la gabardina cuando sonó el timbre de la puerta. Con la gabardina al brazo fui a abrir, preguntándome qué desearía Caperucita a aquella hora con una botella y un par de vasos.

Tampoco esta vez era Caperucita. La luz débil de la escalera iluminaba a contraluz una figura maciza, cavilosa, de cabeza vencida y ojos cansinos a los que la bombilla del despacho daba un brillo apagado y ominoso que hizo que me pusiera en guardia.

La figura levantó la mano y me mostró algo brillante.

—Policía.

El tono neutro de aquella palabra, con matiz de desgana, tuvo la virtud de helar el aire entre los dos. Le hice una seña con la cabeza y cerré la puerta cuando hubo entrado.

Avanzó sin volverse, hasta el centro de la habitación, despacio, con las manos hundidas en los bolsillos, echando miradas alrededor. Su gabardina tenía manchas de humedad en los hombros y brillaba en las coderas. Su pelo era negro y lacio y su aspecto general era de desaliño, de alguien con recursos más contundentes para hacerse con la situación que un cuello duro.

Se acercó a la puerta del otro despacho, la abrió y echó un vistazo adentro desde el vano, sin encender la luz. Luego dio otro par de vueltas por la oficina, observándolo todo, deteniéndose delante de cada mueble durante un par de segundos, deseando estar seguro de su ubicación. No sacaba las manos de los bolsillos, ni salía del eje central del despacho; se movía rutinariamente, rellenando de mala gana el informe que iría a parar al cesto de los papeles. No le pregunté qué buscaba dejándole abrir el fuego.

—¿Trabaja aquí?

—Sí.

—¿Quién más trabaja con usted?

—Solo el dueño.

—¿Desde cuándo?

Yo tenía la gabardina en el brazo, esperando para salir.

—¿De qué se trata? —Pero pareció no haberme oído—. Mi trabajo ha terminado —añadí.

Se volvió.

—Sí, ya nos vamos. Solo es rutina… ¿Hace mucho que trabaja aquí?

—Solo un par de días.

—¿Qué hace?

Abrí la puerta.

—A mí me toca engrasar la maquinaria para que el mundo no se pare.

—Responda sin hacer el payaso —me advirtió en tono cortante.

—¿Qué piensa que se puede hacer aquí?

Me dio la espalda y se acercó a la pila de expedientes que había sobre la mesa, sacó las manos de los bolsillos y comenzó a hojearlos.

—Deje eso. No puede meter las manos ahí —le advertí en un tono parecido al suyo.

Dejó los expedientes y apoyó el trasero en la mesa mientras sacaba una cajetilla, sin dar muestras de que pensara marcharse.

—Es solo rutina.

—Vuelva cuando esté el dueño, quizás a él no le importe la rutina. Ahora voy a cerrar.

Encendió el pitillo sin prestarme atención. Tenía la nariz maciza y los labios carnosos y un poco asimétricos, descolgados en el lado

derecho, quizás, durante mucho tiempo, había llevado allí un pitillo apagado. Echó humo.

—¿El dueño? —Frunció el entrecejo—. Está muerto.

Tono frío, indiferente.

—¿Qué quiere decir?

—Se ha suicidado…

Echó más humo y se incorporó cruzando de nuevo hacia el despacho de Lillo. Traté de valorar aquella información, porque no le creía del todo. Me miró de soslayo, desde el otro extremo de la oficina.

—¿Dónde vive?

Una máscara parecida a la suya cubrió mi rostro.

—En un hotel…

—¿El Ritz?

—No, el Cantábrico, de la misma cadena…

—¿Su nombre?

—Ferreol…

Pareció pensarlo. Cruzó de nuevo hacia donde yo estaba, más decidido.

—Seguramente le llamaré.

Cruzó delante de mí y se fue. Cerré la puerta a su espalda, dejé la gabardina y me senté. Parecía una broma, por eso estuve durante, unos minutos tratando de asimilar sus palabras. Repasé su actuación, desde su aparición por la puerta hasta su salida, y al final no estuve seguro de nada, de que fuera un auténtico policía, ni siquiera una figura de carne y hueso, o el argumento de una novela leída hacía algún tiempo en el tren. Su interpretación había sido muy buena, como si lo único que hubiera deseado fuera echar un vistazo al local, dejando caer por sorpresa, al final, lo de Lillo. No era posible adivinar qué había pretendido con ello. Si el primero había sido un figurín matasietes, este había sido la imagen del parricida solitario preguntándose si habrían sido suficientes el número de puñaladas que acababa de asestar.

Una porra de plomo me había golpeado en la nuca. Hasta que me levanté decidido a olvidarme de todo y a dejar que los acontecimientos se las manejaran sin caldearse en mi cabeza. No estaba para bromas macabras. Así que apagué las luces y puse rumbo al hotel dispuesto a leer el periódico.

14

EN LA ANTIGUA CIUDADELA todavía, aquí y allá, se veía parte del lienzo de la vieja muralla que la había defendido durante siglos del asalto de bucaneros y corsarios, pero que ahora no había podido resistir el ataque desaforado de los bloques de ladrillos y hormigón.

La calle era estrecha, con casas de dos o tres plantas, de paredes destilando humedad. Terminaba en una plazoleta con una farola de cuatro brazos con solo un farol encendido. Desde allí irradiaban, como el entramado de una tela de araña, una serie de callejuelas secundarias iluminadas exclusivamente por los reclamos de neón de los bares de alterne y hoteles que eran exclusividad de la zona.

No había nadie por las calles y los bares que mantenían la puerta abierta aparecían semivacíos. El rey de un callejón estrecho, con casas de dos plantas y ropa en los balcones, era el bar «Fany». Cuatro letras de neón rojo surgiendo como burbujas de un sombrero de copa azul. Era un antro de atmósfera desangelada y apagada clientela de estibadores y viajantes con insomnio. La entrada estaba impregnada del olor acre de los orines y de la humedad de una bodega donde fermentaba el vino. Al otro lado de la puerta de madera había un pequeño *hall* con pesados cortinones escarlatas.

Farolillos rosa iluminaban una glacial barra de fórmica y una fila de mesitas con taburetes dispuestas a lo largo de la pared. Seis o siete chicas, bajo los farolillos, a falta de otro hervor para estar a punto, servían a los clientes moviéndose con languidez, porque el derrotismo era la verdadera especialidad del bar «Fany». Solo dos chicas se salvaban del naufragio general. Una era una mujer madura, de mirada fría; parecía la dueña, no alternaba con los

clientes y tenía el oído orientado siempre hacia el timbre de la registradora. Le ayudaba un tipo de pelo largo que traía y llevaba cajas con diligencia. La otra tendría unos dieciocho años, era de expresión vivaz y tenía un cuerpo de curvas proporcionadas; vestía pantalón de cuero negro muy ajustado y jersey gris con un par de centímetros de piel blanca al aire en la cintura. Había media docena de clientes a lo largo de la barra; algunos bebían, otros vertían filosofía barata en los oídos de las chicas. Ocupé una de las banquetas y saqué tabaco, pensando en una frase de doble sentido para arrancar con ventaja.

El humo que envolvía los farolillos me llevó a pensar, o se me ocurrió, que podía haber telefoneado a su domicilio. Lo del suicidio era solo una broma; pero si existe alguien capaz de gastar ese tipo de bromas es porque algo se trae entre manos. ¿El señor Lillo, por favor? No está. ¿Sabe si se ha suicidado? No, no creo, ha dicho que vendría pronto a cenar. Durante un rato estuve especulando sobre el método que un tipo como Lillo emplearía para acabar con su vida. Me acordé de los quinientos barriles de sosa que acabábamos de embarcar, nadie echaría en falta un par de cucharadas.

Una de las chicas, con aspecto de poder detener una locomotora con los dientes, vestida con un chaleco con flecos, vino hacia mí desde el otro extremo de la barra. Cuando me tuvo delante me preguntó con la mirada qué iba a tomar. Cuando se lo dije me preguntó con la mirada si la invitaba. Cuando le contesté que sí colocó la mirada en otra parte.

De pronto me pregunté si no estaría soñando con el cuento de Blancanieves, al ver al fulano al que la chica de pantalón de cuero estaba dando palique. Podía concederle a aquel sujeto un metro treinta de estatura, pero sin que pudiera considerar por ello que acababa de descubrir a un enano, porque solo era una persona normal a escala reducida. Tenía pelo castaño, bien peinado a raya, y una barbilla rojiza; vestía un abrigo azulado de cheviot. Parecía el nieto de un juez que se hubiera pegado una perilla sacada del baúl de los disfraces, escapado de la mano de su madre a la salida de misa para ver esa parte de la ciudad a la que las visitas evitan referirse siempre en las conversaciones. Tenía la expresión serena de un viejo corremundos. La chica le tenía cogido de la mano y le miraba a los ojos con ternura. Advertí que las otras camareras

tenían también parte de su atención puesta en él, nombrándole de vez en cuando «don José Mari». Estaba encaramado a un taburete y se las veía con un vaso que parecía de zarzaparrilla.

Quebrantahuesos sirvió las dos copas; luego se sentó y chocó la suya contra la mía pidiéndome un pitillo, sin apartar su mirada cansina de la puerta. Más tarde, con voz de alguien que se despierta a las tres de la madrugada, me preguntó, si nos jugábamos la ronda, caballero. Le pregunté cómo se llamaba; Albina, me respondió.

TRES ASES RELAMPAGUEARON SOBRE EL FIELTRO cuando la cortina de terciopelo escarlata se descorrió para dar paso a un tipo fornido, con las mangas de la camisa a cuadros recogidas en los codos. Se quedó plantado, con la cortina acariciándole la espalda, y luego se despegó del suelo caminando hacia la barra, con el pisar demasiado seguro de los borrachos. Echó la mirada a lo largo y a lo ancho hasta dar con la chica del ombligo al aire. Le hizo una seña para que se acercara. Ella le miró y movió la mirada hacia la encargada, que levantó la barbilla hacia el portuario. La chica dejó el pitillo en el cenicero y cogió un vaso; lo llenó de *whisky* hasta la mitad y lo puso delante del fornido; luego hizo ademán de regresar con don José Mari, que ni siquiera había vuelto la mirada. El portuario la cogió por el codo y ella rápidamente le dijo algo al oído señalando hacia el hombrecillo. El portuario se volvió, se separó un poco de la barra y pareció ver entonces por primera vez al hombre-niño. Dos ojos como platos llenaron su rostro; soltó a la chica y se separó otro par de pasos para contemplarlo mejor. Sacudió la cabeza comprobando que todavía la llevaba encima y soltó una carcajada que congeló en el aire todos los cuchicheos. Don José Mari volvió la cabeza clavándole una mirada, primero sorprendida, luego llena de dignidad. El portuario mantuvo el pie sobre el acelerador de la risa durante un rato, limpiándose las lágrimas con el puño; luego, reponiéndose, con roncas intermitencias, en voz muy alta, soltó una frase hiriente contra los niños en general, algo referente a un compinche suyo llamado Herodes. Todas las miradas volaron de una punta a otra del bar, pendientes de aquel desequilibrado

proyecto de pelea. En el ambiente solo se movía el humo de los pitillos. Don José Mari bebió con calma un sorbo de zarzaparrilla; luego saltó de su banqueta y, muy tieso y digno, librándose de la mano de la chica que había hecho por detenerle, se dirigió donde el fornido. Este, agarrado a la barra, se calló al verle llegar, forzando una sonrisa tipo SS. El hombrecillo se detuvo a dos pasos, encarándosele muy gallito, y, en tono firme, apuntándole con la perilla, le soltó a la cara que él no era un niño, que tenía treinta y cinco abriles y que exigía un respeto. Sacó una flamante piel de cocodrilo en forma de billetera y de ella un carnet impecable; alzándose de puntillas lo colocó debajo de las narices del portuario y allí lo agitó ordenándole que lo leyera. Todos los ojos estaban ahora en el hombrecillo. Que volvió a guardar el carnet, dio media vuelta y regresó a su sitio, encaramándose de nuevo en el taburete, empleando pies y manos. No estaba excitado, ni siquiera había enrojecido, y cuando de nuevo tuvo empuñado el vaso parecía haber olvidado ya todo el asunto. El portuario se quedó unos segundos indeciso, mirando hacia su copa; luego la apuró, echó un billete sobre el mostrador y salió con la vista puesta en las baldosas, como si una mano invisible en el cogote le mantuviera la cabeza baja.

NO HABÍA TRÁFICO ni transeúntes en la vieja zona fabril junto a la ría. Se sucedían los almacenes y las viejas fábricas abandonadas. Dispuestas sin orden había farolas de luz ambarina. Me indicó el camino una tapia de ladrillo con grandes huecos donde se habían llevado los ladrillos. Crucé junto al barracón de la Asociación de Transportistas. La alambrada de la Cantabrasil formaba un gran rectángulo con uno de sus laterales hacia la carretera y el otro hacia los muelles; sobre la cúpula de uno de los silos, al tenue reflejo ámbar, se adivinaba la línea de puntos suspensivos de un bando de palomas durmiendo, se oían sus arrullos y algún esporádico batir de alas. En una solitaria pared habían pegado un cartel: «¡Vuelven las quinielas, vuelven los millones!».

La calle embarrada se convertía en una avenida ancha con piso

de cemento. Siguiendo la acera había un muro de mampostería, con otra alambrada y, al otro lado, tres desnudos campos de baloncesto delante de un gran edificio de ladrillo, con un nombre sobre la puerta principal: «Fundación Revilla-Gigedo». Al final del patio, cerca del muro, había una solitaria capilla, de ladrillo también; sobre la puerta de estilo gótico había otro letrero: «Club de Halterofilia».

Estaba en la zona del puerto. Cruzaba los muelles entre grúas y tolvas, escuchaba el agua batiendo contra los pilares. No se veía a nadie; la atmósfera estaba impregnada del olor a madera húmeda de los troncos de Guinea. Al fondo, donde terminaba la zona, estaba la caja de la cinta transportadora, verde y gris, volada sobre el puerto hasta el túnel que atravesaba la sierra. A mi izquierda, más allá del paso a nivel, se alzaba la fila de edificios que formaban las dependencias del puerto. La garita de los aduaneros tenía la luz encendida, pero no se veía a nadie en el interior. La alcaidía de la Aduana también parecía vacía. Pensé si una nube de gas tóxico no habría acabado con cualquier vestigio de vida. Solo había silencio. Escuché mis pasos a lo largo de los tinglados de la Junta. Pero enseguida comprendí que estaba en casa, no en otro mundo, cuando vi lo que alguien había escrito con tiza sobre una puerta: «Cris muere».

De la corredera del tinglado número tres se escapaba una línea de luz que se proyectaba sobre el asfalto brillante. Alguien hablaba en el interior. A través de la puerta entreabierta vi, junto a los bultos de pieles, a dos hombres. Uno era el encargado de la consignataria; parecía muy despierto ahora, como si la noche fuera lo suyo; el otro vestía un chaquetón de cuero y llevaba una colilla de puro en los labios; era albino: pelo blanco, incluidas pestañas y cejas; la luz del tinglado le dividía el rostro en dos mitades, una de ellas era solo un esbozo. El consignatario contaba una y otra vez los bultos tratando de convencer al albino de que todo marchaba sobre ruedas. Pero por el gesto ceñudo de este no parecía estar consiguiéndolo. La lluvia arreció de pronto, subí el cuello de la gabardina un par de dedos y me alejé.

15

MI CEÑO ESTABA FRUNCIDO cuando abrí la puerta del despacho y me encontré con las persianas bajadas. No lo desarrugué cuando encendí la luz. La puerta del otro despacho estaba abierta, como yo la había dejado la tarde anterior. Durante unos segundos me quedé con la mano en el llavín, tratando de adivinar qué era lo que no encajaba. De momento no encontraba una respuesta; solo la historia del policía de la tarde anterior volvió a resonar con fuerza entre aquellas cuatro paredes.

Subí las persianas y apagué la luz de la bombilla. Eché un vistazo al otro despacho, cerrando luego la puerta. Me acerqué al ventanal mientras encendía un pitillo. El noroeste continuaba machacón arrastrando las panzas de burro que proyectaban su reflejo fúnebre sobre la ciudad. Lluvia monótona, persistente. Al fondo de la callejuela aparecía el descarnado espigón del muelle de desguace; el marco del ventanal cortaba al *bulk-carrier* por el puente; unos sopletes trabajaban en la popa mientras cuatro hombres con chubasqueros desmontaban las reglas. Las llamas de acetileno asomaban como afiladas lenguas azules por la línea de trancaniles.

Durante unos minutos estuve fumando, haciendo migas con el ventanal y tomando en consideración las palabras del policía.

Más tarde apagué el pitillo y me senté. Abrí un expediente después de echar mano a un montón de voluntad y, durante unos minutos, traté de atrapar el cabo de la madeja de guarismos y palabrería técnica que había dejado a medio deshilvanar la tarde anterior.

Eran las diez cuando de un soplido barrí las hilachas de voluntad y decidí hacer algo. Así que guardé el expediente y me moví hasta el despacho de Lillo. Comencé a revisar cajones y armarios hasta encontrar papel de cartas y sobres con la dirección de la agencia; debajo, en una cajita de plástico verde, había unas cuantas tarjetas de visita, personales, con su nombre y un teléfono que no era el de la oficina. Descolgué y marqué aquel número. Durante un minuto estuve escuchando el timbre lejano sin obtener respuesta. Colgué y guardé la tarjeta en el bolsillo. Salí a la calle y compré la prensa de la mañana. De nuevo en la oficina comencé a repasar la sección de sucesos. Casi todas las páginas estaban ocupadas por el relato de un crimen pasional que había estremecido a la ciudad hasta sus cimientos: un chico de diecisiete años había estrangulado a una anciana por celos, y había escondido el cadáver en un armario ropero; el asunto se había descubierto una semana después porque el olor del cadáver en descomposición había llegado hasta la clientela de una carnicería en la planta baja del edificio. Repasé la letra menuda, pero no encontré nada que se pareciera a un suicidio. Durante un buen rato estuve sentado a la mesa dándole vueltas a aquello, hasta convencerme de que Ramón Ferreol era un número uno en materia de redoble de dedos sobre la mesa. Sonó el teléfono. Fui al otro despacho para oír una voz de hombre preguntando por Lillo; dije a la voz que había salido; la voz se presentó entonces como el gerente de una consignataria, me preguntó si podíamos hacernos cargo de unas licencias; le dije que podíamos hacerlo, que llamara por la tarde.

Regresé a mi despacho, apoyé el trasero en la mesa y me quedé contemplando una silla vacía de respaldo y asiento brillantes por el uso; al cabo de unos minutos me pareció que trataba de decirme algo, quizá que nada había cambiado, que el mundo seguía su curso, solo sucede, buen hombre, que ha aumentado la presión en tu cabeza. Regresé al despacho de Lillo, cogí la guía y busqué la dirección del Depósito de cadáveres. Enganché la gabardina y salí de allí.

16

PODÍA SER CONFUNDIDO con un vertedero de basuras, pero no lo era, porque a nadie se le hubiera ocurrido poner un vertedero de basuras entre las oficinas del Obispado y el patio de un colegio de Huérfanos del Magisterio. El interior del Depósito estaba en obras. Olía a cemento húmedo y sobre las paredes remozadas había todavía un montón de cables esperando lámparas y enchufes. En el otro extremo de un *hall* sombrío había una puerta de cristal, y, más allá, en el extremo de otro *hall* sombrío, había un mostrador donde un tipo de pelo negro atendía, con aire de chico recién saltado de la cama la mañana de Reyes, una centralita de teléfonos recién desembalada. Le dije que venía a identificar un cadáver. Cuando me miró, un minuto después, yo solo era el viejo oso de peluche caído en desgracia. Me pidió paciencia, se colocó los auriculares y comenzó a pulsar teclas. Luego, durante unos segundos, estuvo escuchando en suspenso el rumor de las olas. Al fin le gritó a alguien por el micro que viniera.

Por una puerta de vaivén apareció un sujeto corpulento, barbudo, mostrando por la bata desabrochada una cadena de colmillos engarzados. Habló con el tipo del pelo negro y este volvió la mirada hacia mí, clavando un par de veces el pulgar en el aire en mi dirección. El barbas se acercó, me hizo un par de preguntas y luego me pidió que le siguiera.

Recorrimos un pasillo saturado de olor a pintura, cruzado por barricadas de muebles protegidos con lonas y periódicos. Cuando estuvimos en el ascensor el barbas pulsó el botón de la quinta planta y, como si acabáramos de embarcar en un aburrido viaje

espacial, hilvanó rápido una conversación sobre el crimen pasional de la anciana. En unos segundos me reveló un par de atenuantes que yo había pasado por alto: la difícil edad de los diecisiete años y que, desde luego, las mujeres se conservan cada día mejor.

Cruzamos un pasillo limpio de muebles, con puertas abiertas mostrando habitaciones vacías de paredes blancas, que traían a la memoria olvidadas pesadillas. Entramos en una habitación pequeña, sin ventanas, con unas cuantas vitrinas con instrumental de cirugía y un par de cubos plateados en un rincón. El barbas después de conectar un par de directos en el marco abrió una vitrina, sacó dos mascarillas, destapó un frasquito con un líquido rosa y echó unas gotas en cada mascarilla; luego me pasó una, ordenándome que me la pusiera.

Cuando levantó la barra de una puertecilla blindada y, apenas la barra había caído, el hálito sofocante de la carne muerta me hizo comprender la razón de los dos antifaces.

Estábamos en una habitación amplia, de techo alto y con una temperatura ambiental muy baja que no lograba barrer la atmósfera sofocante de la carne en descomposición. En el centro de la habitación había dos camillas, con dos formas humanas cubiertas con lienzos blancos. Me acordé de la vieja y del olor de la carnicería. El barbas empujó con el pie hacia mí una de las camillas, como si fuera un bidón vacío, y sin más ceremonias, levantó una de las puntas del sudario. Era Lillo. El tenue matiz cetrino de su piel se había tornado de un blanco sucio como de cera derretida; su expresión era de paz, la misma que mostraba cuando se había despedido de mí la tarde anterior. Debajo de la barbilla tenía un pegote negro de sangre coagulada, con la piel tostada en el mentón. Le hice al barbas un gesto afirmativo.

CUANDO SALIMOS LE PREGUNTÉ dónde habían recogido el cadáver; me dio el nombre de una calle, en unas obras, añadió. Luego me preguntó quién se iba a hacer cargo; le dije que no se preocupara. Salí de allí y fui en busca del coche haciéndome diversas preguntas, entre otras si volvería a soportar la visión de un filete poco hecho en el plato.

Regresé a la oficina y me senté a la mesa, sintiéndome incapaz de hacer otra cosa que no fuera llenar la habitación de humo mientras columpiaba el pie. Permanecí así media hora, dándole vueltas a todo lo que tenía archivado sobre Lillo. Su comportamiento había sido matizadamente inquietante, pero no como para desembocar en el suicidio, incluso un no experto en suicidios podía comprenderlo; a pesar de estar abrumado por su problema me había parecido un tipo lleno de coraje. Seguro, me dije, había que ser todo un hombre para cargar con aquella cabeza de pelo oxigenado. Y, después de todo, al final parecía haber recuperado las riendas.

Desconocía si Lillo tenía otros familiares. Consideré el ir al edificio Leiva y dejar una nota para Cabeza Hueca: Marido suicidado. Preciso órdenes manejo cadáver. Firma: Aguafiestas Canódromo. De pronto me acordé de un montón de carne fresca deslizándose sobre el *parquet*. Marqué su número y esperé un buen rato; pero nadie me contestó.

La noria continuó mientras quemaba tabaco. El tiempo fue transcurriendo. Tampoco entendía de cadáveres, pero sí entendía que la barbilla no era lugar por donde alguien poco familiarizado con el crimen le hubiera dicho adiós a este mundo. Lillo no parecía de carácter capaz de recurrir al suicidio, pero yo comenzaba ya a no estar seguro de eso. Si continuaba pensando en ello acabaría extrañándome de que no lo hubiera hecho antes.

Una hora después seguía cavilando, y mis zapatos con el estómago en la garganta después de tanta fiesta. Acababa de perder un empleo, pero aquello no me preocupaba; todavía conservaba un par de hombros sobre los que cualquier agente de aduanas con problemas podría desahogarse. Inútil continuar calentándose la cabeza. Me levanté, cogí la gabardina por enésima vez y salí a la calle.

En el Peugeot fui en busca de una funeraria para arreglar lo del entierro.

17

DESPUÉS DE COMER en el restaurante del muelle regresé al pasaje Cuba, caminando, algo impaciente sin saber por qué. Abrí la puerta de la oficina, pero para nada, porque me quedé en el vano sin moverme, con la mano en el llavín que no había sacado de la cerradura, vacío por dentro. Permanecí así durante unos segundos. La luz plomiza que se filtraba por los ventanales me recordó el callejón sin salida que aquella habitación había sido por la mañana. Saqué el llavín y lo guardé en el bolsillo. Una corriente de aire que subía desde la calle me acarició el cogote colándose de rondón en la oficina. Oí una voz amiga susurrándome que no entrara. Le pregunté por qué, pero se hizo la desentendida, entretenida en cosquillearme detrás de las orejas. Recordé la última vez que había visto a Lillo cruzando aquella puerta, pensando en los caladeros de lubina que iba a compartir con el compadre Ferreol. Sentí que alguien me había robado algo, algo importante. Entonces cerré la puerta. Tanteé con los dedos entre el marco y la pared en busca de una rendija donde dejar el llavín y lo empujé con las uñas hasta oírlo caer a lo largo del listón. Me sacudí el polvo y regresé muy decidido a la calle, pero sin saber todavía dónde y cómo iba a emplear una dosis tan grande de decisión.

Dentro ya del coche, sin salir del aparcamiento, saqué tabaco y, durante unos minutos, intenté darle un repaso al panorama. Lillo se había esfumado y no parecía que nadie fuera a empuñar el timón de la oficina. Durante un buen rato lo único que vi claro fue regresar al hotel, conectar con míster Prontitud y pedirle otro empleo, con la condición, eso sí, de que el nuevo patrón no fuera demasiado

proclive al suicidio. También podía hacer la maleta y largarme a otro lugar, a otra ciudad, al norte o al sur, al este o al oeste, o regresar a Lyon. Eran planes sencillos que nada ni nadie me impedían llevar a cabo Pero la voz amiga hacía rato que me estaba susurrando machacona el nombre de una calle y de un edificio en construcción. Me aferré a aquella idea liviana. De pronto tuve la sensación de haber empezado a devolver algo que debía. Pero aquello era todavía solo un sentimiento vago.

El nombre de la calle donde habían recogido el cadáver, según el barbas del depósito, coincidía con el que Lillo había estado repitiendo de forma tan obsesiva al teléfono la tarde anterior. Me había chocado aquello. Alguien se había citado allí con el pescador de lubinas. ¿Quién? ¿Qué había ocurrido? Quizás la clave estuviera en que yo había catalogado a Lillo como una especie de polilla urbana, alguien que en cuestión de suicidios solo podía entender de llaves del gas o de corbatas atadas a la cisterna del baño; no me lo imaginaba sosteniendo una pistola debajo de la barbilla sin bizquear los ojos. Había un montón de detalles que desvirtuaban toda la escena. Y se iba abriendo paso en mí la impresión de que la única persona en este mundo en la que Lillo parecía haber confiado los últimos días de su vida, había sido yo. Y si en este mundo de vivos hay algo que se deba respetar es a los muertos. Y eso sonaba a proverbio chino. Así que decidí darme una vuelta por aquella dirección a ver qué había allí que impulsara al suicidio a los agentes de aduanas.

LA CALLE PRIORATO

QUEDABA en la otra punta de la ciudad, hacia poniente. Entonces, avante toda, marinero. Un minuto después estaba cruzando las vías y entraba en la plaza de las estaciones. Aquello era un pequeño hormiguero de trenes, coches y camiones, con el tráfico dislocado. Superé un semáforo y, luego, durante un par de kilómetros, estuve siguiendo la tapia del ferrocarril, contemplando a mi derecha el rectilíneo trazado de las catenarias.

Calle en ángulo recto que se convertía en una avenida ascendente con suelo de macadam, con un seto en el centro y

grandes torres aisladas entre montañas de escombros. En lo alto de la cuesta abandoné la avenida para internarme entre los bloques, dejando al azar mi encuentro con la calle Priorato. Estaba cruzando una urbanización en obras, con mucho terreno sin desmontar todavía, lleno de escombros. Las calles estaban recién asfaltadas y tenían farolas sin cristales por culpa de la buena puntería. Se veían algunos pisos ya habitados, con ropa en las terrazas y canciones mañaneras entre las cuerdas. Solo encontré un comercio ya en marcha, una tienda pintada de rosa, con toldo rosa, puerta rosa y nombre en letras rosas: Boutique Demasiée. Di vueltas por allí, un poco perdido, sin prisa, con un plan evanescente en la cabeza, mientras buscaba letreros indicadores. Las grúas de apariencia frágil elevaban cargas de ladrillos con un carraspeo continuo. Los obreros, con cascos de color azul, se movían pausadamente, empequeñecidos por las moles huecas que ellos mismos habían levantado. Le pregunté a uno por la calle Priorato y me dijo, sin dejar escapar un pitillo colgado en los labios, que continuara un poco más adelante. Continué adelante y en seguida tuve mi recompensa en el nombre de la calle escrito con pintura negra en una tapia de ladrillo.

Una V y una R pintadas con cal daban fragilidad a los cristales de los edificios ya rematados en ambas manos de la calle. Protegiendo cada obra había tapias semiderruidas con bombillas rojas. Al fondo solo se levantaba la estructura de hormigón de un nuevo bloque y la calle terminaba al pie de un pequeño terraplén lleno de cascotes y yerbas. Una hormigonera vertía su carga sobre un volquete delante de la estructura. Detuve el coche junto al terraplén. Era un lugar solitario, con solo unos cuantos obreros que se movían ordenando ladrillos pausadamente y con el olor a cemento húmedo en la atmósfera. Después de las cinco aquello quedaría más solitario todavía. Nada por allí que invitara al suicidio, a no ser el cielo plomizo y el ruido de la hormigonera. Dejé el coche y me acerqué a la obra. Estaba buscando al encargado para hacerle unas preguntas cuando oí a mi espalda la puerta de otro coche que se cerraba. Sobre mi hombro me llegaron los reflejos de un Ford especial con un montón de faros de colores prendidos al morro que le hacían todavía más especial. Pero no fueron los adornos los que llamaron mi atención, sino el dueño que veía hacia mí, sin que necesitara hacerlo para que yo le reconociera. Era el

figurín que la tarde anterior me había estado buscando las vueltas en la oficina. No se había cambiado de traje ni de corbata, algo extraño en alguien tan preocupado por el ropero de los demás. Se acercó, procurando no mancharse los zapatos en las zonas embarradas, sin dejar de sonreír. Volví a escuchar su tono de castigador de dependientas de grandes almacenes cuando le tuve a cinco pasos:

—¿Te has perdido, chupatintas?

Era el último a quien esperaba encontrar por aquí.

Le miré y luego le di la espalda. El figurín rodeó el charco y se situó delante de mí, con una jeta que se había transformado, porque su expresión era ahora más bien agria. Metió la mano en el bolsillo y un segundo después me deslumbró con una placa de policía dentro de una carterita marrón; me abanicó con ella.

—Abre los ojos, chupatintas. Policía, ¿comprendes? Po-li-cí-a. Te dije que nos volveríamos a encontrar… —Guardó la chapa y me apuntó con una uña—. Tienes unos modales que ya no se estilan, payaso, unos modales que a las personas bien educadas como yo no les gustan; y por eso te voy a dar una lección, para que aprendas, chupatintas. Chupatintas-payaso.

Sus pupilas, pequeñitas, brillaban malignamente. Indicó la obra con la barbilla.

—Dime qué estás haciendo aquí, chupatintas. ¿Estás paseando? ¿A que has venido de paseo, eh?

—He venido a buscar un cadáver. ¿Y tú?

Me acercó la jeta, crispado.

—¡De usted, chupatintas! ¡De usted! ¿Acaso no te lo enseñaron en la escuela? —Apretó los dientes hasta hacer vibrar la barbilla—. ¿Un cadáver? ¿Y por qué precisamente aquí, chupatintas?

Miré sobre su hombro.

—Como tú también vienes pensé que no podía fallar —le miré —. Pero se nos han adelantado.

—Muy bien, idiota, tú te lo has buscado; no voy a dejar que desperdicies tu ingenio en un lugar tan vacío, soy de los que roen el hueso hasta el final —se soltó un botón de la chaqueta y retrocedió con los brazos en jarras, muy retador—. Vas a venir conmigo a un sitio donde sabrán apreciar tus gracias. Vas a tener un público de primera. Camina hasta tu coche, basurita, y no intentes ningún

truco…

Le había echado un dramatismo desmesurado a la escena. Algo no encajaba en todo aquello y yo no veía bien qué era. No sabía si me había seguido hasta allí, o si solo había sido una coincidencia el que nos hubiéramos encontrado. Las dos variables no tenían ningún sentido para mí.

—Tampoco hay público para tu papel de roehuesos.

—¡Eh, eh! —me interrumpió—. No se le habla así a un policía. ¿Es que te quieres hacer el duro, chupatintas?

Eso era. La dureza del que lleva semanas agarrado a un flotador en medio del océano y de pronto divisa la aleta de un tiburón enfilada hacia él.

—¿A qué viene todo esto?

—Lo vas a ver en seguida, chupatintas. Hay una deuda pendiente entre tú y yo —metió la mano debajo de los faldones y sacó un revólver de cañón corto, me encañonó con él, manteniéndose en guardia fuera de mi alcance. Luego me dijo—: Camina despacio. Vamos a tener todo el tiempo para charlar, tío duro. Mueve los zancos, sube a tu coche y conduce… Plaza del General Carreño, vas a entrar por la calle del teatro Atenas, luego la segunda a la derecha… Yo te seguiré…

LOS OBREROS DE LA HORMIGONERA no parecían haber oído nada, o no querían parecerlo. Comencé a caminar hacia el coche. Abrí la puerta. Antes de entrar el figurín habló de nuevo a mi espalda:

—No intentes ninguna jugarreta, ¿eh, chupatintas?

Puse el motor en marcha, arranqué y di la vuelta. Él me siguió en su carromato dorado.

Dejamos la urbanización y tomamos la avenida que se internaba en la ciudad. Los terraplenes llenos de escombros fueron pronto reemplazados por coquetones jardincitos entre los bloques. El tráfico se hizo más denso. Cruzamos junto a una terminal de autobuses con largas colas de gente esperando. Era la salida de los colegios; enjambres de niños llenaban las aceras; se iban dispersando en pequeños grupos que a su vez se iban desgranando

poco a poco; de vez en vez se producía un súbito revuelo cuando dos o tres chaveas se sonaban la cabeza a carterazos. Seguí la tapia del ferrocarril, ahora a mi izquierda, y entré en la plaza de las estaciones. Eché un vistazo al espejo. El Ford no se despegaba de mí, vi el rostro afilado de expresión alerta del figurín, con sus dos ojitos puestos en mi cogote, estudiando dónde clavar el cuchillo de trinchar.

Llegamos a la plaza del General Carreño; la rodeé y entré en la calle del Teatro Atenas. Luego giré en la segunda a la derecha, como él me había indicado. Acababa de hacerlo cuando vi el final del viaje: un letrero blanco cruzado con la bandera y la palabra «Comisaría». Era una calle larga y estrecha con coches aparcados a lo largo de las dos aceras. El parpadeo de las luces del Ford me confirmaron que no estaba equivocado, que habíamos llegado a nuestro destino. Crucé delante de la puerta de la comisaría, vi una rampa y al fondo el morro de dos coches zeta. Un policía con metralleta hacía guardia delante de la puerta de cristal. Busqué un hueco entre los coches aparcados y metí allí el Peugeot. El figurín aparcó un poco más adelante. Luego se acercó y me indicó con la barbilla la puerta de cristal mientras me empujaba despectivo por el hombro, como si fuera un saco de papeles viejos.

18

CON UN NUEVO EMPUJÓN despectivo me demostró que estábamos en su casa. Me hizo cruzar un *hall* y luego un pasillo de paredes blancas y suelo de *parquet*. Se oían los acelerones apagados de un motor diésel que alguien estaba probando en alguna parte. Después nuevos pasillos, escaleras y encrucijadas hasta que una puerta con una placa de letras amarillas sobre un fondo negro detuvo nuestra marcha: Comisario Monzón. El figurín llamó con los nudillos y, sin esperar respuesta, abrió empujándome de nuevo por la espalda con desdén.

—Te voy a presentar a unos amigos, figura. Compórtate.

Una fragancia sintética, disuelta en una atmósfera a rosas, liviana, estaba encerrada entre tres paredes pintadas de gris al óleo y un gran ventanal a través del cual se veía la calle. Una mesa de tablero negro, formando un paréntesis contra un rincón, ocupaba el espacio de la derecha. Repartidas por la estancia había tres o cuatro sillas de oficina y, en otro rincón, había algo parecido a un proyector de películas a medio desmontar. No me sorprendió ver sentado al otro lado del paréntesis de la mesa al policía desaliñado de la tarde anterior. Casi me hubiera sorprendido no verle sentado allí. Apenas movió la cabeza cuando entramos, para clavarnos un par de pupilas oscuras carentes de todo brillo piadoso. Había otros dos tipos a cada lado de la mesa; uno era alto y tenía la espalda contra la pared, arreglándoselas para que pareciera que era gracias a él que esta se sostenía en pie; la luz del ventanal remarcaba los ángulos de un rostro con una expresión de extremada dureza. El otro era grueso, de pelo castaño, con demasiada grasa en la cintura y en la sotabarba; estaba sentado a horcajadas en una silla. Los dos

habían vuelto una mirada de curiosidad hacia nosotros.

El desaliñado era sin duda el comisario Monzón; estaba desmadejado sobre su silla y su aspecto en general contrastaba con las paredes limpias y los muebles funcionales. Había algo turbio en él que se manifestaba a primera vista, algo que recorría el espinazo como una corriente fría: alguien capaz de ahogar a un niño en una charca para devorarle la merienda contemplando las ondas. El figurín me empujó hacia la mesa, ahora suavemente.

—Lo he encontrado por ahí y me lo he traído. Toda una pieza. Ji, ji, ji.

Monzón levantó de nuevo la mirada sin demasiado interés y sin molestarse en soltar los papeles y, durante un instante, pareció sopesar cuál de los dos asuntos olía peor. Llevaba puesto un traje gris con camisa blanca y corbata, pero ninguna de las tres prendas estaban limpias del todo; era un policía de la vieja escuela, de colilla en los labios y patada en las costillas. Allí mandaba él, y no necesitaba hacer ningún aspaviento para demostrarlo. Bajó la mirada chasqueando la lengua contra los dientes para enganchar un poco de carne humana. Luego pasó una hoja, la leyó y me volvió a mirar, esta vez como si tuviera delante un montón de ladrillos. El figurín continuó con su tono de cazador de recompensas:

—Lo encontré en las obras donde se suicidó el viejo de la aduana. Fui por allí por si se nos había pasado algo por alto y me lo encontré husmeando entre los cascotes. Ji, ji… Me lo he traído para que nos diga qué andaba buscando —de pronto no pareció tan seguro de haber acertado—. Puede que sepa algo. Ji, ji…

Me golpeó con la palma de la mano en el hombro para que me volviera, pero no lo consiguió porque el golpe no llevaba la suficiente fuerza. Algo había en aquel despacho que ahogaba sus energías; algo se había desplomado sobre él cuando cruzábamos la puerta, como si hubiera apostado fuerte y acabara de comprender que se había equivocado de carrera. Dio un rodeo para situarse delante de mí, dándole la espalda a su jefe, muy a su pesar. Luego me clavó la uña en el esternón.

—Vamos, chupatintas, nos vas a contar qué hacías allí. Desde el principio y la verdad, ¿lo oyes? ¡La verdad! Como si estuvieran recitando la Biblia. Suéltalo, vamos. ¿Qué hacías allí?

No me hablaba a mí, le estaba hablando a su jefe y era una mala

representación. Monzón volvió a chasquear la lengua y en la habitación se oyó el silbido de una cobra desperezándose.

—Espósale a la espalda y ábrele una ficha —dicho arrellanándose y dejando los papeles.

El figurín le miró indeciso. Pero sacó unas esposas del bolsillo trasero, me cogió del brazo y me cerró una manilla alrededor de la muñeca; luego me echó los brazos a la espalda tirando de la cadena para enganchar la otra manilla; apretó las dos cremalleras hasta que el metal me mordió la piel. El figurín se volvió hacia su jefe.

—¿No quieres que hable primero?

Monzón tenía la mirada perdida en la pared de enfrente. Los otros dos policías no habían abierto la boca. Mi guardián me dio un repaso como si acabara de apretar la última lazada de un regalo de Navidad, solo para hacer valer su tiempo; luego, dejando bien claro que él solito había llegado a la misma conclusión, sacó una cartulina y se sentó a la máquina. Pero había un exceso de displicencia en cada uno de sus gestos.

—Bien, chupatintas. Todo lo que digas lo vamos a comprobar —metió la ficha en el rodillo—. Suelta tu nombre y tus dos apellidos. ¿Tonetti…?

El hule negro sirvió de campo de aterrizaje a una polilla. Los ojos de Monzón se movieron hacia allí mientras la polilla echaba a caminar sobre el hule hasta encontrarse con la base del teléfono; la exploró con las antenas y comenzó a rodearla con precaución. El larguirucho y el gordo habían puesto también la mirada en ella, animados al fin. Continuaba oyéndose el jadeo del motor diésel, ahora más apagado. El figurín golpeó impaciente la máquina con el dedo.

—¿Cómo te llamas?

Miré a Monzón.

—Si le ordena aflojar un poco las esposas estaré más relajado.

—¿Sí, eh? —dijo el figurín sarcástico—. ¿Dónde crees que estás? ¿Cómo te llamas?

Pero Monzón había inclinado levemente la cabeza sin apartar los ojos de la polilla.

—Apenas se las he apretado —comentó el figurín tratando de no dar su brazo a torcer—. Es un flojo.

Flojo o no, se levantó y soltó un par de dientes de las

cremalleras. Volvió a sentarse.

—¿Tonetti, entonces?

—Ramón Ferreol.

—Más.

—Cervera.

—¿Edad?

—Cuarenta y cinco.

—¿Familia?

—No.

—¿Profesión?

—Contable.

—¿Dirección?

—Hotel Cantábrico —le miré—. En el noveno.

—Gracioso, eso. ¿De dónde eres?

EL PELOTEO DE PREGUNTAS Y RESPUESTAS continuó durante unos minutos. Mis manos habían perdido toda sensibilidad bajo la presión de las esposas todavía demasiado ajustadas, el cosquilleo de la sangre retenida me llegaba hasta los codos. Traté de girar las muñecas pero solo conseguí un dolor agudo en la piel atrapada por el metal.

Por fin el figurín cerró la boca; sacó la ficha de la máquina y dio un repaso a lo que había escrito. El larguirucho estornudó y la polilla interrumpió la exploración del teléfono moviendo las antenas en posición de defensa.

—Dame el carnet.

—No tengo ningún carnet.

Las cuatro miradas se volvieron hacia mí, como si acabara de confesar ser Jack el Destripador. El figurín levantó las cejas.

—¿No nos saldrás ahora con que lo has perdido? ¿Qué le ocurre a tu carnet?

—Tengo un pasaporte.

—¿Un pasaporte…? ¿Cómo es eso? ¿Vienes de afuera? ¿De dónde?

—De Francia.

—¿Trabajabas allí o solo vagabundeabas?

—Trabajaba.

—¿Dónde? Suéltalo tú solito, anda…

—En Lyon. En una compañía financiera.

La polilla se echó a volar cruzando delante del gordo, que le lanzó un par de manotazos que hubieran tumbado a un elefante, sin acertar. Luego hizo unos cuantos garabatos en el aire y fue a aterrizar sobre una hombrera de Monzón.

—No olvides chupatintas que lo vamos a comprobar —dijo el figurín—. Sigue, ¿cuándo has cruzado la frontera?

—Hace unas semanas.

—¿Cuánto tiempo has estado en Francia? ¿A qué te dedicabas antes?

—Unos ochos años. Antes era futbolista.

De nuevo arqueó las cejas.

—¿Futbolista? —Se echó hacia atrás silbando como si acabara de oír que había atrapado a la hija del rey de los diamantes. Puso un falso gesto de curiosidad—. ¿No has dicho que eras contable?

No le respondí; de pronto me habían entrado ganas de borrar aquella expresión sarcástica de su jeta. Pero las esposas estaban haciendo su trabajo, el hormigueo me llegaba ya hasta los hombros.

—¿No es eso estrellarse un poco, chupatintas? ¿Qué te pasó? ¿Tan malo eres? —se rio—. ¿Cuánto hace que trabajas en la agencia?

—Dos días.

—¿Cómo conseguiste el empleo?

—Buscándolo de la forma que lo hacen las personas sin trabajo.

—¿Pusiste un anuncio?

—Eso es.

—¿Y solo llevabas la contabilidad? ¿No le contabas chistes al jefe?

—Sí. Le conté uno muy bueno: que tú habías estado allí y que por poco te golpeas la nariz contra mis nudillos…

HABÍA INTUIDO QUE CONSERVABA alguna ventaja sobre él. Todo me hacía suponer que yo era la última ficha que le quedaba para echar sobre el

tapete. Y él no había previsto que podía quemar el tapete. Una leve arruga en su frente y una rápida mirada a la máquina de escribir le traicionaron. Desde nuestra entrada en el despacho algo no marchaba para él. Había visto avanzar y retroceder su moral caminando sobre una cama elástica. Monzón continuaba con su expresión indiferente, mirando hacia su hombrera, aunque me pareció que acababa de dirigir su antena hacia nosotros. Los labios del figurín habían adquirido un tono pálido, el tono pálido de los labios que son apretados más de la cuenta.

—Bien, chupatintas, lo comprobaremos —echó la cartulina delante de su jefe y se levantó—. Ahora vamos con lo que nos interesa…

Cruzó detrás de mí, muy decidido. El larguirucho estornudó de nuevo, esta vez con el pañuelo en la mano. La polilla levantó el vuelo hasta la ventana, chocó contra el cristal y fue escurriéndose aleteando hasta encontrar el marco. Allí se quedó quieta.

Monzón no parecía interesado en mí; sin embargo, era quien menos confianza me infundía; había algo en él que te obligaba a mantener la guardia alta, como la boca de un pozo sin brocal de la que sabes dónde se encuentra y el miedo a caer por ella es permanente. El figurín me acercó su jeta, yo no retiré la mía y nuestros alientos hicieron las presentaciones.

—Cuéntanos de una vez qué estabas haciendo donde te encontré, patán, sin saltarte los detalles si no quieres que te parta la cara. Primero, ¿qué buscabas allí?

—Daba un paseo…

—¿Quién te dio la dirección?

Señalé a Monzón con la barbilla.

—Pregúntaselo a él.

Otro disparo tratando de ensanchar la grieta que había visto abrirse entre los dos. Por el gesto del figurín comprendí que de nuevo había dado en el clavo. Volvió la mirada hacia su jefe, que permanecía inalterable, y luego colocó su jeta a un dedo de la mía.

—¿De veras? ¿Cuándo?

—Ayer; en el despacho, poco después de irte tú. Si hubieras tenido paciencia os hubierais encontrado. —Hechos, todos los hechos que tenía en mi mano o, mejor dicho, en el fondo del sombrero. Apenas un par de ases que jugué con un rostro de piedra.

Solo me quedaba meditar la conclusión final; lo hice durante unos segundos y, cuando la hube encontrado, oí mi propia voz preguntando—: ¿Quién está a la cabeza de momento? Por lo que veo, en esta sección cada uno trata de abrirse un futuro por su cuenta.

Cuatro miradas se clavaron en mí. Dejó de oírse el apagado rum-rum del motor diésel y el silencio se hizo cristalino. El figurín fue el primero en resoplar, se quedó mirando al vacío. Comprendí que sus pensamientos volaban deprisa y ya estaba en otra cosa. Apoyó el trasero en la mesa mientras Monzón chasqueaba la lengua retornando en seguida a su expresión de despego, echando solo una mirada enigmática hacia el figurín.

—Ya… —dijo este incorporándose de pronto. Le hizo una seña al larguirucho que al instante se situó a mi espalda—. No vamos a dejar que te sigas haciendo el listo. Nos vas a decir de una vez qué hacías en la obra…

Dirigí mi respuesta a Monzón.

—Quería pasear y me daba igual cualquier sitio. ¿Sirve eso?

—¿Nada más? —preguntó el figurín.

—No —le miré—. Si hubiera sabido que te iba a encontrar allí hubiera ido antes. Mi curiosidad se ha ampliado, hay varias preguntas que me rondan la cabeza: ¿qué hacías tú por allí? ¿Montabas guardia? ¿O habías ido a buscar alguna evidencia que a tu jefe se le hubiera pasado por alto? ¿Por qué? ¿Para hacer méritos a su espalda o hay algo más? ¿Por qué no te identificaste como policía cuando estuviste en el despacho? Hay algunos puntos oscuros en toda esta historia; resultaría muy educativo aclararnos un poco.

Si la polilla hubiera volado habríamos oído su vuelo. El figurín bajó los brazos riéndose entre dientes.

—La Policía pregunta, no da explicaciones, chupatintas… —Eso era poner tierra por medio—. Bueno, queda lo otro… —Me miró aviesamente—. Vamos a arreglar esa cuenta que hay entre tú y yo… Ya te dije que no me van tus modales bruscos…

Hizo una seña con la cabeza. Vi moverse una sombra y sentí al larguirucho cogiéndome por los codos con fuerza. Monzón tenía ahora los ojos en mí, el brillo de sus pupilas era intenso, como si

acabara de olfatear carroña. La polilla dio otro vuelo hasta la mesa y caminó haciendo vibrar las alas en señal de alarma. El figurín giró bruscamente y la palma de su mano se estrelló contra mi mejilla produciendo un restallido seco que hizo vibrar mi cerebro; un intenso ardor se extendió por mi rostro, mi oído zumbaba. Apenas me moví. El gordo se levantó de su silla. Me acordé del muestrario de frágiles soldaduras de mi rótula, de los pinchazos que descargaba cuando la hacía trabajar demasiado. Miré al figurín, me apoyé en la pata izquierda y saqué la derecha con un punterazo dirigido a su entrepierna. Me había apoyado en toda la tensión del cuerpo y le había cogido por sorpresa. Sonó como un cañonazo. El figurín se encogió como una bola, bajó los brazos y dejó escapar un estertor agudo. Me lancé hacia atrás tratando de arrollar al larguirucho. Este trastabilló doblando la rodilla y soltándome; pero el gordo se había situado ya donde debía, es decir, a mi espalda, y me estaba abrazando ocupando el puesto del larguirucho, echándome todo su peso encima. Sus dos puños, como nudos de maroma encerada, se clavaron en mi esternón. Era demasiada carne para mí. Traté de zarandearle sin conseguir apenas moverle. La presión de sus brazos cortó la entrada de aire en mis pulmones. Vi al larguirucho situarse delante de mí, le vi encoger la pierna y vi llegar, sin poder evitarlo, un punterazo medido a mi espinilla. Fue como una corriente de alto voltaje recorriéndome hasta la nuca; doblé la rodilla desmadejándome sin librarme de la mole de carne pegada a mí. El estertor del figurín se había hecho más agudo. La puntera del largo se estrelló ahora contra mi cuello. Y luego otra vez, y otra, y otra. Traté de recuperar la respiración pero la presa se iba tensando. Me asfixiaba. Solo sentía angustia y vértigo. Borrosamente vi a Monzón puesto de pie. Me pareció que se dirigía hacia mí. Los cristalitos de luces que bailaban delante de mis ojos se fueron apagando quedando solo una oscuridad con un extraño brillo rosado.

19

NI
PUDE
NI TRATÉ de precisar el tiempo que había estado contemplando aquel punto de luz, lejano y difuso. Hasta que, sin ningún aviso, sin fanfarrias ni guantes blancos, sus contornos fueron adquiriendo una sorprendente nitidez, que fue la señal del inicio del espectáculo con la orquesta a todo gas, hasta convertirse en algo real… *Bajó la nuez*… Volví a conocer, después de tanto tiempo, la diferencia entre la luz y las sombras; entre las distancias, los colores, y la caja y los dos rectángulos: el grande y oscuro, el pequeño y luminoso. También a mis oídos llegaron voces que se entrecortaban, reían y pugnaban entre sí. De pronto, como si el aire se hubiera movido, me llegó un olor penetrante y dulzón a vómito y urinaria. Eso era del todo real. Distinguí también el sabor de la bilis mezclada con la sangre.

Había conocido experiencias semejantes bajo los efectos de la anestesia. Pero eran otro tiempos. Otra vida. Flotas en un estado de plácida morbidez, con la mente en blanco, liberado de las formas concretas, de la gravedad, de los colores, de las sensaciones táctiles. Sin embargo, muy inconcreta al principio, comienza a roerte una sensación incómoda, de dientecillos pequeños pero afilados, que no desmayan; ese desasosiego va en aumento. Al fin te ves envuelto en él y te sientes indefenso sin conocer la causa: te muestras cauteloso, sabes que existe un peligro, que algo sombrío planea sobre tu cabeza, pero no ves ningún pájaro de grandes alas dentro de la nube en la que estás navegando; tampoco sabes su nombre, ni su naturaleza, ni su forma; no sabes cómo es, ni quién es, y esa es la angustia; solo sabes que aumenta de tamaño y que su sombra no

deja de extenderse.

En algún lugar indefinido sentía un dolor que me atenazaba y quedaba vibrando allí… *Y este encuentro me hizo tanto mal, que si lo pienso bien*… Cerré los ojos y esperé, esperé con la seguridad de que volvería al espacio vacío y que allí el tiovivo que daba vueltas en mi cabeza se alejaría para siempre…

Me encontré poniéndoles nombres a las luces y a las sombras: la bombilla, la redecilla con alambre, el techo gris con el círculo oscuro de la sombra del casquillo. Luego permanecí con los ojos cerrados un período de tiempo que no pude precisar… *Pensé que la vería, en un requiescatinpace como el de ayer*… Hasta que un resorte me empujó por la espalda. Extendí las manos y toqué algo húmedo.

Cuando las chispitas se desvanecieron abrí los párpados con precaución, con el extraño temor de que todo hubiera cambiado. Pero nada había cambiado, porque allí seguía la muñeca de cuarenta vatios, con las cuatro paredes destilando humedad, el banco y el jergón. Estaba sobre el jergón y tenía la ropa puesta, incluidos mis viejos compadres los zapatos… *vestida de pebeta… bajo la nuez…*

Mis ojos, a la deriva en un mar encrespado, fueron adaptándose a las formas concretas. Luego, en el ojo del huracán, me puse en pie, como flotando, levanté de nuevo los brazos y toqué las paredes con las puntas de los dedos. Y, como si estuviera cruzando la cubierta de un barco en medio de la tempestad, logré dar un par de pasos hacia ninguna parte. El dolor comenzó a anunciarse en diversas partes de mi cuerpo con picotazos. Adiviné que mi mente surgía de los efectos de alguna droga de mala calidad.

Arrimé la nariz al rectángulo pequeño y vi un trozo de pared con una gran mancha oscura. Ahora oía la conversación muy cercana. Unos ojos me miraron y sentí en mi rostro el aliento de un comentario gracioso mezclado con el olor a tabaco. Fue como una dosis triple. Algo vibró dentro de mi cabeza y perdí el equilibrio manoteando un poco. Fui a estrellarme de bruces contra el suelo. Algo muy duro. Todo era duro por aquellas fechas: la vida en general, el trabajo, dormir, pasear el perro… *fané y descangallada, la vi esta madrugada salir de un cabaret*… Mi sangre se agitó como si estuviera hirviendo. La punta de una bota tocó mi brazo y una voz insegura ordenó que me levantara. Tanteé el suelo con las manos y

moví los ojos. Dos cañones de acero, calados como Gruyere, donde se reflejaba la luz de la bombilla, sujetaban los hilos del guiñol que me estaba sosteniendo; dos pares de ojos oscuros parecían preguntarse dónde me iría a caer la próxima vez.

Me condujeron a lo largo de un pasillo gélido, clavándome los hierros en los riñones, me ordenaron detenerme y que me desnudara. Mientras lo hacía surgió de alguna parte un hombrecillo de pelo gris y mono azul, con una toalla y una lata con un sustancia como la brea. Abrió una llave y el agua surgió envuelta en vapor. El hombrecillo me sostuvo por un brazo alargándome la lata y susurrándome al oído: tú, tranquilo.

Mi piel tenía un tono violáceo, alguien con un pincel había ensayado en ella un trabajo de camuflaje… *Un gallo desplumao, que muestra al compadriao su cuello espicotiao*… Pasaron los minutos y el agua fue como lluvia caliente.

Mi epidermis hacía tiempo que se estaba abarquillando, pero a mis guardianes no parecía importarles la espera, entretenidos en desmenuzar, una y otra vez, el mismo silogismo: las quinielas, los partidos del pasado domingo, los partidos del próximo domingo, las quinielas… Iba a salir de allí tan limpio como había entrado, la paliza la iba a llevar muy adentro, donde nadie la pudiera ver.

Por fin el chorro de agua se cortó. Cuando terminé de secarme el hombrecillo me pasó medio peine repitiéndome lo de tú, tranquilo. Luego sostuvo un trozo de espejo delante de mi rostro. Vi una imagen quebrada como si fuera lo que quedaba de mí. Di las gracias al hombrecillo. La charla sobre fútbol se interrumpió, me indicaron una puerta y me dejaron pasar comentando entre dientes que quizá fuera mejor que no volviera por allí; pero el que lo había dicho no parecía estar muy seguro de sus palabras.

EL PEUGEOT CONTINUABA entre los coches estacionados. Miré la hora, pero mi reloj había perdido el cristal de la esfera. Me pareció mediodía. Entré en el coche, arranqué y me alejé de allí. Cuando el efecto del agua caliente desapareciera todo el cuerpo me iba a parecer pulpa fermentando. Vi una cafetería y me detuve. Pedí un par de aspirinas

y un café. Esperando a que me sirvieran comencé a perseguir un par de ideas escurridizas.

Un recién nacido fue el que minutos después empuñó el volante. Por lo menos en cuanto a futuros planes. Y no había ido mucho más allá del simple ojo por ojo y diente por diente, una ley del Talión cosecha propia. Pero era algo físico. Había reflexionado un poco sobre aquello, sabía que un resorte había saltado en alguna parte. No sabía bien de qué se trataba ni quería desvelarlo.

Pero sí sabía que estaba solo en el mundo, ni familia, ni amigos, ni perro, ni pecera con peces de colores. No tenía que rendirle cuentas a nadie, ni tenía un público que me aplaudiera, ni nadie que me fuera a colgar una medalla; solo tenía al adormilado chupatintas que me miraba cada mañana al afeitarme. Él y yo sabíamos que era inútil darle la espalda a las adversidades, siempre te acompañan. Me acordé del pescador de lubinas, con su negro agujero con una quemadura alrededor. Mis ideas se serenaron, desapareció el sabor a bilis y mis planes fueron remontando el vuelo. Conduje durante un rato pensando en el hombrecillo duro.

Cavilando tan profundamente casi atropello a una vieja. Me alejé culebreando mientras veía por el retrovisor una sombrilla increpándome. Aquello me hizo retornar a este mundo. Abandoné definitivamente las abstracciones y comencé a barajar hechos concretos.

20

CONDUJE SIN RUMBO ATANDO CABOS. En todo aquel rompecabezas había unas cuantas piezas que el viento constante se encargaba de remover. Tenía la sensación de haber levantado la tapa de la olla creyéndola vacía, y me había encontrado con los gusanos comiéndose la carne. Una de las piezas que con más insistencia me aporreaba la cabeza era el acompañante de Cabeza Hueca. No encajaba en un argumento tan sombrío. No era tipo para ella, ni me había parecido que se encontrara cómodo en su compañía; debía existir un motivo poderoso para que se hubiera visto obligado a hacerlo, algo como una pistola apoyada en la nuca o un incorregible complejo de Edipo. Durante el tiempo que había tenido la mirada sobre él en el Canódromo, le había visto tratando de escurrir el bulto, sin disimulos, de hurtarse al escándalo. Un par de detalles habían dejado constancia de que era bien conocido allí.

Crucé la ría. El reloj de una iglesia indicaba la una. Era la hora de comer, pero decidí conseguir cierta información antes de enfrentarme con un filete.

Ascendí la colina, tomé la carreterita que se alejaba de la ciudad y enseguida divisé la tapia blanca con el galgo y la palabra Canódromo corriendo tras él.

Media docena de coches estaban dispersos por el aparcamiento. Dejé el Peugeot haciéndoles compañía y crucé la puerta abierta. Ni un alma. Atravesé el patio vacío y entré en el *hall* principal. También estaba vacío. Las taquillas de apuestas estaban cerradas y los pequeños monitores apagados. El suelo de cemento tenía trazos

de humedad. Salí a la tribuna. Las gradas estaban vacías y limpias. En la pista de ceniza, en el arranque de la primera curva, estaba un hombre estudiando un trozo de valla rota acariciándose la barbilla. No se oían ladridos. La caja de la liebre estaba abierta y el engaño dormitaba en el alambre a la intemperie.

La tribuna se podía rodear por el patio, y es lo que hice, buscando la zona reservada a socios. Recorrí el caminito de grava hasta la puerta del club privado que estaba abierta. No se veía por allí al portero de uniforme, pero, junto al seto, sobre una silla de tijera, vi abierto un ejemplar de «El Hércules Hispano».

Crucé el pasillo mal iluminado, hasta el elegante *hall* de apuestas. Tampoco había nadie allí, las taquillas estaban cerradas y los monitores apagados. Seguramente habían decidido continuar las carreras en campo abierto.

ABRÍ LA PUERTA DEL RESTAURANTE y me encontré con dos camareros en mangas de camisa preparando las mesas. Los dejé y continué buscando alrededor del bar. Un sonido metálico a mi espalda hizo que me volviera. Detrás tenía un pasillo con las luces apagadas; sobre la moqueta se proyectaban los dos rectángulos de las puertas de los servicios. En uno de los rectángulos se movía una sombra difusa. Fui hacia la luz y me planté en el vano de la puerta. Una mujer de pelo gris y delantal blanco limpiaba los grifos de un lavabo con el líquido de una botella y una gamuza. Cuando la saludé levantó la cabeza sorprendida.

—Creí que el restaurante se abría por las mañanas —me disculpé—. ¿No sirven comidas?

—Solo los sábados y domingos —suspiró—. Los otros días solo cenas…

Puse una expresión de encontrarme de pronto con todos los planes del día hechos añicos, sin nada que hacer hasta la noche. Saqué tabaco y señalé los grifos.

—¿No es un poco pronto para iniciar la jornada?

Comenzó a frotar de nuevo.

—Ya ve; yo hasta las doce ya no salgo…

—¿No se cansa?

Se sonrió.

—Luego me siento un poco.

Encendí el pitillo y la estuve contemplando trabajar.

—¿Tiene nietos?

—No… —Cambió la gamuza por un trapo blanco y suspiró de nuevo—. Pero doce hijos.

Eché un vistazo al pasillo; no se veía a nadie. Puse un tono confidencial:

—Busco cierta información… Hace un par de noches se produjo aquí un pequeño escándalo, ahí, en las taquillas…

Afirmó con la cabeza.

—Sí…

Saqué un verde y se lo tendí muy doblado, como si solo fuera cosa de mi brazo y mi cerebro no supiera nada. Ella empleó sus cinco sentidos para atraparlo.

—Es él quien me interesa.

Siguió con el grifo. Luego levantó la mirada y habló bajando la voz:

—¿Es usted el marido?

—Sí.

Continuó con el brillo.

—Él es un buen chico… Ya ve usted, las mujeres… Es muy atento… Ha venido dos o tres veces con ella, aunque parece su madre… Perdone…

—¿La Gasca, no?

—Flaco.

—Delgado, sí…

Levantó la cabeza.

—No Flaco Vidal, se llama así… —Bajó todavía más el tono—. Tiene negocios, fábricas y qué sé yo…

—¿Está casado?

—No… Se va a casar con la hija de Urbano-Ponce, Isabelita… Ha salido en las revistas y lo han dicho por la radio… Y se lía con esa… Perdone… Los jóvenes de ahora… Pero él es un buen muchacho.

—No está bien lo que ha hecho.

—A saber… —Parecía dispuesta a dar la cara por él—. La culpa

la tenemos siempre nosotras…

Medité aquello.

—Tiene razón. En adelante la ataré más corto.

Volvió con el grifo.

—Hágalo… Eso hizo mi marido y no me arrepiento.

Nos despedimos.

El hombre que estaba en la pista de ceniza continuaba estudiando la valla rota, acariciándose ahora la barbilla con la otra mano. Cuando salí me crucé con el camión de los perros que llegaba. Los ladridos comenzaron a dar vida al ambiente.

21

ENFRENTE DEL EDIFICIO LEYVA había un hueco hecho a la medida del Peugeot. Me di un repaso en el retrovisor y, después de comprobar que no salía espuma por la comisura de mis labios, bajé del coche y me acerqué a la puerta. Mis ojos buscaron la tablilla 417: Hugo La Gasca. Nada había cambiado.

Crucé la calzada y luego la puerta de un bar. Pedí la guía y busqué el número de Urbano-Ponce. Elegí el de su residencia privada, el indicado cuando se hace una llamada personal. Cuando me dieron línea lo marqué. Segundos después una voz de hombre, muy azucarada, me informó que aquella era la residencia de los señores Urbano-Ponce.

Pregunté por la señorita Isabel.

—¿Quién es, por favor?

—Soy un amigo del señor Vidal…

Me rogó que esperara. Enseguida una voz de mujer, alargando mucho las vocales, porque había encontrado al fin la forma de emplear su tiempo hasta la hora de cenar, me preguntó quién era.

—¿Isabel?

—Sííii…

—¿Conoce el edificio Leiva, en el bulevar?

—Nooo… ¿quieeénnn es uuusted?

—Un admirador suyo, un admirador secreto al que no le gusta lo que le están haciendo. En ese edificio el apartamento 417 está alquilado a nombre de Hugo la Gasca, pero es un nombre falso, el verdadero es Flaco Vidal, su prometido. Tiene allí una amiguita, una mujer casada con la que se está dando la buena vida… Su novio

no me gusta, me debe mucho dinero y mi paciencia se está agotando. Dígaselo: el dinero, o acabo con él. Puede quedarse con todas las casadas de la ciudad, si quiere; pero el dinero o le hago picadillo, ¿comprende?

No se oía nada al otro lado. Por fin volví a oír su voz:

—¿Quién… Quién es usted…?

Nada de alargar las vocales ya. Mantuve unos segundos el auricular en la oreja, luego colgué. Abrí la guía y busqué el número del edificio Leiva. Pedí el apartamento 417. Segundos después una voz de mujer, cristalina, me respondió:

—Sí, ¿quién es?

—¿Flaco, está?

—Sí… ¡No, no!, aquí no es. ¿Qué número ha marcado?

—Soy de confianza, nena. Dile que se ponga…

—Sí…

Dejó el auricular. La voz había sonado insegura, como la de una colegiala enfrentada con su primera cita. Segundos después cogían de nuevo el auricular.

—¿Por quién pregunta?

Era una voz de hombre, subida de tono y falsamente autoritaria.

—¿Flaco?

—No, aquí no es; se ha equivocado.

—No te hagas el idiota —no le dejé colgar—. Hace tres semanas que te vigilo. Estoy aquí esperándote, antes o después tendrás que salir. Hazlo preparado porque yo lo estoy; y enseguida, si no quieres que suba y arranque tu puerta a patadas. Yo no soy Lillo, ¿comprendes? Soy más duro de pelar… Tengo alguna gente por ahí, así que no intentes escurrir el bulto. Tienes cinco minutos para ponerte una mortaja; póntela, el sitio donde vas a ir es muy respetable.

Colgué. Pedí un café y cuando lo hube bebido salí a la calle. No me molesté mirar hacia las ventanas del edificio enfrente. Me metí en el Peugeot y saqué tabaco. Sabía que antes o después él aparecería en la puerta de cristal, asustado, acompañado del portero y buscando a un patillas apoyado en una farola limpiándose las uñas con la punta de una navaja. La curiosidad y la tensión le obligaría a salir.

Eran palos de ciego. Muchos se perderían en el aire, pero estaba

seguro que alguno llegaría a su destino y entonces veríamos la polvareda.

SE CUMPLÍAN LOS CINCO MINUTOS de plazo cuando la puerta de cristal se abrió. Me quité el pitillo de la boca, pero no fue al joven ejecutivo al que vi aparecer en el vano. Era una mujer con el pelo como el fuego y un traje sastre color manzana. Nos habíamos visto antes, mejor dicho, yo la había visto; ella ni siquiera sospechaba que en el mundo existía un tipo como yo. Se detuvo en el primer escalón y, con disimulo, miró a derecha e izquierda; luego bajó a la acera y comenzó a caminar, en línea recta, pero despacio y vigilante. Caminaba con el cuerpo erguido, sobre un par de tacones razonables, sus movimientos eran elásticos, un poco felinos, mientras su pelo daba calor a toda la calle. Durante unos segundos sentí las zarpas de un gatito arañándome el estómago, algo se disolvía en mi boca. Sacó unas llaves y abrió la puerta de un Renault blanco aparcado junto a la acera. Arrancó y desapareció al fondo de la calle.

Adiviné que había sido ella quien había respondido al teléfono. Aquello me dio qué pensar. ¿A cuántas mujeres mantenía ese Vidal? ¿Tres con su novia? ¿O había alguna más? Me pregunté qué estaría ella haciendo en aquel apartamento y por qué se cruzaba siempre en mi camino. Las zarpas volvieron a arañarme, ahora un poco más afiladas.

Durante diez minutos por la puerta de cristal hubo un continuo entrar y salir de gente. Nadie que despertara mi interés. Estaba encendiendo otro pitillo cuando por la rampa del garaje surgió un Chrysler color *whisky* que enfiló muy rápido la calle. Tuve una visión fugaz de mi joven sultán al volante. Arranqué y fui tras él.

Durante unos segundos lo tuve perdido; pero era un carromato demasiado llamativo como para camuflarse en el tráfico que le impedía emplear toda su potencia. Cuando lo localicé de nuevo mantuve la distancia cambiando de vez en cuando de carril, con la certeza de que en el otro retrovisor había clavados un par de ojos. Eso me recordó echar un vistazo al mío. Entre la riada de coches, a

unos cincuenta metros, venía el Renault haciendo esfuerzos para no quedarse atrás. El círculo se había cerrado. Los tres formábamos una pequeña caravana privada arrastrada por la corriente: el Chrysler color *whisky*, el Peugeot verde papagayo y el Renault blanco. Los tres estábamos en el juego. Al Chrysler le tocaba mover.

Avenida Bernabé Cobo y plaza del General Chacón. Y, tac, tac, tac, los tres, uno detrás del otro. Hasta que el Chrysler rodeó una rotonda para entrar por la avenida del Almirante Bogas. Nosotros fielmente siguiendo su estela. Recorrimos la avenida de punta a punta y, al llegar al cruce de los bulevares, el Chrysler dobló a la derecha y aceleró. Yo lo hice también, poniendo una expresión seria, sospechando que se había cansado de jugar. Pero inmediatamente dobló otra vez a la derecha tomando la rampa que conducía al aparcamiento de un gran edificio de oficinas, de aluminio y cristal. Mientras enfilaba la rampa detrás del Chrysler levanté la mirada para echar un vistazo a la mole resplandeciente: Edificio Urbano-Ponce.

El Chrysler se detuvo al pie de la escalinata. Yo lo hice entre los coches del aparcamiento. Flaco Vidal le echó las llaves a un conserje y salvó de un par de saltos los cuatro escalones de la entrada, desapareciendo por la puerta principal, sin volver la cabeza. Dejé el Peugeot y me encaminé hacia allí, echando un vistazo sobre mi hombro sin ver el Renault.

En el *hall* enorme una mullida alfombra se perdía en la penumbra. A la derecha había un mostrador. Detrás de la caoba hacía guardia un conserje perfectamente afeitado.

—¿Flaco Vidal, por favor? —le pregunté.

—Acaba de entrar… Séptima planta; Marítima y Naval. Ascensor tres.

Me indicó los ascensores con la mirada. Me dirigía hacia allí cuando me detuve. El nombre de Marítima y Naval había hecho repiquetear un timbre en mi memoria. Permanecí sin moverme durante unos segundos escuchando aquel sonido. Hasta que estuve seguro de que esa pieza estaba ya encajada. Di media vuelta y regresé al aparcamiento.

22

BASTÓ QUE MI PUÑO golpeara un par de veces el listón para que recuperara la llave. Olfateé el polvo antes de levantar las persianas. La llave del archivador grande estaba en un cajón de la mesa de Lillo. Cuando la tuve en mi mano regresé a mi despacho; abrí el archivador y comencé a hurgar entre cartapacios en busca del expediente de la Marítima y Naval. Recordaba que lo había estado estudiando hacía un par de días, y recordaba también que no había encontrado nada en él que no se ajustara a las normas. Era el momento de darle otro repaso.

Los expedientes estaban clasificados según la letra del código de cada compañía. Eran carpetas portafolios conteniendo la documentación de todos los clientes, con pequeñas notas a máquina que indicaban la tecla, oficial o subterránea, que era aconsejable pulsar en cada caso. Los albalás de cada operación individual iban dentro de carpetitas azules de plástico, ocupando cada uno siempre el mismo lugar de orden para facilitar su rápida localización: licencia de importación, certificado de origen, aforos, conocimiento de embarque y facturas comerciales; grapados iban aparte los certificados de análisis, las desgravaciones fiscales y las domiciliaciones bancarias.

Cuando lo encontré saqué el portafolios de la Marítima y Naval y, sentado a mi mesa, durante más de una hora, estuve contrastando cifras y anotando, aparte, una lista de productos importados por la compañía durante los últimos cinco años. Terminé todos los expedientes sin encontrar nada que no estuviera en su lugar. La lista de productos importados era heterogénea: maíz,

viruta metálica, molibdeno, pieles, calderería…

Me recliné en la silla y eché humo del pitillo que acababa de encender. Durante unos minutos estuve colocándole *houla-hoops* a la bombilla mientras paseaba la mirada por los viejos muebles, adivinando cuál de ellos sería el primero en dirigirme la palabra. Como siempre, se decidió el armario: me dijo que mirara mejor. Pero yo no estaba del todo de acuerdo. Había estudiado los expedientes a conciencia; además, era consciente de que no dominaba todavía los entresijos del negocio para que no se me pasara por alto cualquier anomalía. Se lo dije. Se encogió de hombros.

La porra de plomo continuaba golpeando el casco del *bulk-carrier*. De tarde en tarde bramaba una sirena a lo lejos. La luz era cenicienta y hasta allí llegaba el olor a acetileno.

REGRESÉ AL DESPACHO DE LILLO. Me detuve en la puerta y, con las manos en los bolsillos, estuve escudriñando sin trasponer la entrada, como un sabueso, buscando en el aire la punta de un hilo invisible. Pero no vi nada que pareciera fuera de lugar. Saqué las manos de los bolsillos e inicié el registro concienzudo de toda la habitación: cajones, archivador y armario.

Después de media hora no había encontrado ningún nuevo papel referente a la Marítima y Naval. Todo estaba limpio y en orden. Solo quedaba un lugar donde meter la nariz: la caja fuerte. Estaba incrustada en la pared, junto al armario. Era pequeña, cuadrada, de unos treinta centímetros de lado, la marca «Ciclón» venía en una plaquita debajo del volante. Tenía corona y portahuellas, y en su parte superior había pegado un papelito con un número escrito a bolígrafo: 57-36-45-32. Comencé a girar la corona y el engranaje mal engrasado sonó como la rueda de un barquillero. Después de colocar el último di un par de vueltas al volante y tiré de él contemplando cómo la puertecilla se abría sumisa. Hombres como Lillo eran un mal negocio para el ramo de la nitroglicerina. Saqué todo el contenido colocándolo sobre la mesa: treinta mil pesetas en billetes y cinco sobres de cartas dirigidas a Cabeza Hueca.

Durante unos minutos, estuve leyendo misivas de Lillo a su mujer. Relamidas cartas de amor, escritas a bolígrafo, fechadas hacía tres años; llenas de latiguillos que se repetían como una obsesión: «si tú», «porque yo», «estos años»; el machaconeo de un marido contemplando gruesos nubarrones en el horizonte. Todas estaban fechadas en el mes de febrero con un par de días de intervalo cada una. Me pregunté por qué las habría recuperado.

Cerré la caja después de meter los sobres y el dinero. Luego arranqué el papel con la combinación y lo guardé en el bolsillo.

Iba a salir del despacho cuando mi vista tropezó con una pila de carpetas sobre el archivador pequeño. Sabía que estaban vacías, que eran del modelo antiguo, donde Lillo metía los expedientes antes de cambiar a los portafolios azules. Le recordé hurgando en ellas hacía un par de tardes, lo suficientemente absorto como para no oír mis llamadas a la puerta. Las cogí, las coloqué sobre una silla y comencé a examinarlas, una a una dejándolas sobre la mesa. Estaban vacías y el color de sus tapas estaba desvaído por el polvo y el paso del tiempo. Entre las dos últimas había un portafolios azul. Lo abrí y estudié su contenido. Eran media docena de licencias de importación de óxido de molibdeno, permisos semestrales de cincuenta toneladas, para la Marítima y Naval. Grapado a cada licencia venía el correspondiente certificado de análisis con los resultados del laboratorio. Las estudié detenidamente, pero no encontré nada anormal en ellas, salvo, quizá, que se trataba de originales, y no de fotocopias. Pero había una segunda parte: detrás de cada licencia, unida con un grapa, venía una licencia de exportación de cinabrio; eran licencias semestrales, de veinte toneladas, con el correspondiente certificado de análisis y el sello de «cumplimentado». El país importador y exportador era en los dos casos Bélgica.

Mi cultura sobre metales solo alcanzaba para saber que el óxido de molibdeno se empleaba en aleaciones especiales. Estudié las fechas. La primera licencia era de hacía tres años y la última de apenas unas semanas; el correspondiente certificado de análisis estaba fechado hacía solo unos días. Las licencias de exportación tenían fechas correlativas. Grabé aquellos datos en la memoria apartando el portafolios azul. Coloqué la pila de carpetas en su sitio, limpié el polvo y luego cogí un sobre grande escribiendo mi

dirección en él, sin remite. Metí allí el contenido del portafolios y lo cerré empleando un montón de saliva.

Saqué del archivador el último expediente de la Marítima y Naval y apunté los datos. Cuando hube terminado tuve la sensación de haber amartillado un trabuco. Iba a saltar las alarmas, a remover un poco el agua de la charca; me sentaría en la orilla, entre las espadañas, a esperar acontecimientos.

Así, bajé las persianas, cerré la puerta y metí la llave en su escondite, antes de salir a la calle y poner proa a la estafeta de correos.

Se había formado una pequeña laguna junto al bordillo de los soportales. La rodeé bajo la lluvia buscando el refugio de los arcos. Caminé hasta el buzón de correspondencia local y eché allí el sobre. Luego subí a la oficina del télex. Con tres impresos en la mano me hice un hueco en un pupitre. En la casilla de claves puse la de la agencia. Luego dirigí el primer télex al tinglado 2 de la Junta, donde Lillo almacenaba las mercancías: era una orden de libranza de todos los remanentes de óxido de molibdeno de la Marítima y Naval para Transportes Campoblanco; el segundo era para Transportes Campoblanco, para cargar unos remanentes de óxido de molibdeno de la Marítima y Naval en el tinglado 2 de la Junta, con entrega al señor Hugo la Gasca, en el edificio Leiva; el tercero era para el Servicio de Aduanas, denunciando un fraude contra la Marítima y Naval, en unos remanentes de óxido de molibdeno en el tinglado 2 de la Junta, sin especificar la clase de fraude, se les suponía capaces de averiguarlo. Entregué los impresos en la ventanilla y aboné las cargas.

Regresé a por el coche. Llovía con fuerza. Desde los soportales se veía la cortina líquida delante de las ventanas del edificio de enfrente. Había bajado la temperatura porque mi aliento se condensaba ahora en nubecillas de vapor.

23

¡POF, POF! HACÍAN LOS PUÑOS con fuerza en el centro del *ring*. Pero con los ojos vendados. Había sentido un poco de carne bajo mis golpes pero no había escuchado el crujido de ningún hueso. Así como ¡craaaaggg! Todavía sabor a bilis en la boca, cada vez menos amargo. Me quedé impresionado por el sordo fragor de mis sombríos pensamientos.

La barra estaba semivacía, así que de nuevo me jugué la cerveza con mi imagen reflejada enfrente. Siempre me tocaba perder en esas circunstancias. Sonaba un bolero en la radio, música de Pérez Prado. La lluvia arreciaba contra la luna que daba a la calle. La luz del crepúsculo se reflejaba en el pavimento húmedo. Una mujer bella, algo marchita, sentada solitaria a una mesa, contemplaba abstraída los coches que cruzaban. Parecía una escena como para poner la carne de gallina a los clientes de patillas grises. El dueño del bar pareció entenderlo así y desconectó la radio.

Cuando salí se había hecho de noche. Conduje hacia el puerto dispuesto a echar un vistazo a los tinglados de la Junta.

La actividad había casi cesado. Crucé a lo largo de la campa de contenedores, dando paso a un par de volquetes que, en busca del muelle de minerales, parecían enfilar la última recta de un Gran Premio. Había un carguero en el Germán Borja, el «Ocean Crest», con mineral de hierro. Un tramo de la cinta se había desplomado la noche anterior y la acería había ofrecido primas especiales a los transportistas. Durante todo el día los camiones habían estado cruzando el puerto en busca de la prima, cubriendo los muelles de un rumor sordo y de barrillo rojizo. Los volquetes desbocados era el único movimiento allí a aquella hora.

A través de la puerta entreabierta del tinglado 2, en el muelle de la Junta, se veían las luces encendidas. Había media docena de estibadores formando un corrillo junto a una pala. Pasé de largo hacia el espigón de graneles. Allí eché el freno detrás de Transportes y Consignaciones. Encendí un pitillo. Diez minutos después vi aparecer, cruzando la campa de contenedores, un tráiler de Transportes Campoblanco. Se detuvo junto al tinglado 2 y los estibadores deshicieron el corrillo. Los cangallos comenzaron a entrar y salir del tinglado mientras dos hombres ordenaban los bidones de sosa en el remolque. Estaban cargando sosa, aunque lo que yo había ordenado era óxido de molibdeno; nunca había oído que los minerales viajaran enlatados. Alguien había cambiado la orden, pero por alguna razón que no llegaba a comprender no la habían anulado. El tercer télex no parecía haber llegado a su destino, faltaban algunos confrontas en aquella representación.

Y no aparecieron. Cuando el tráiler estuvo a tope arrancó y enfiló la salida del puerto, camino del edificio Leiva o de cualquier otro lugar; qué más daba, el segundo acto carecía de interés para mí. Las luces del tinglado se apagaron y los estibadores desaparecieron hacia la zona comercial. Puse el motor en marcha y di media vuelta enfilando también hacia la salida.

Tomé la dirección del hotel. Era tarde y había que dejar que los acontecimientos se desarrollaran solos. De vez en cuando sentía pinchazos en alguna articulación. La humedad, me dije después de un somero razonamiento clínico, demasiada lluvia en esta ciudad.

Dejé el Peugeot en el aparcamiento. Cené donde siempre y luego compré el periódico. Crucé la puerta del hotel pensando en la clase de discordia que tendrían allá arriba para que aquí abajo no dejara de llover.

El chico de recepción me dijo que había un recado para mí. De debajo de la carpeta extrajo una hoja de papel, donde había escrito un mensaje: una llamada de Urbano-Ponce invitándome a llamarle antes de las diez. Le pregunté cuándo lo había recibido y me respondió que hacía aproximadamente una hora. Faltaban veinte minutos para las diez. Arrojé la nota a la papelera y le pedí la guía y un plano de la ciudad. El chico extendió un plano y me indicó la mejor ruta para llegar a la mansión del magnate. Le di las gracias y volví a atravesar la puerta de cristal en busca del Peugeot.

24

MI DESTINO ERA UN BARRIO RESIDENCIAL, en la otra margen de la ría, la gran boa color canela que tenía a la ciudad atrapada por la garganta. Crucé por el puente del General Rosmini, envuelto en la eterna neblina dulzona que se desprendía del lecho de la ría. Bajamar. Después la avenida Aurelio Chacón, las casas de pisos y las calles repletas de coches y autobuses que se convertían como en un cuento de hadas, en solitarios paseos que ascendían una colina de árboles frondosos, con sombrías copas mecidas por el viento. Había que seguir por una carreterita bien asfaltada, flanqueada por castaños centenarios. Al otro lado de la colina, cubriendo la falda norte, de cara al océano, anidaban las cuentas corrientes con más ceros de la ciudad. Eran villas de acicalados jardines, protegidas por altos muros; construcciones de piedra caliza mordida por la lluvia y el viento, con torretas de estirados gaznates para ver el mar entre los árboles. Enredaderas marchitas cubrían las fachadas iluminadas por farolillos amarillentos. Algunas torres asomaban sobre los muros contemplando retadoras la calle como gallos de pelea. Varias mansiones parecían abandonadas, sus muros tenían grandes desconchados y sus torres ya no se mostraban tan altivas.

Seguí las indicaciones del plano hasta dar con la calle que buscaba. Un gran muro de mampostería descendía la colina hasta el mar. En su parte central, es decir, a mitad de la cuesta, se replegaba dejando una pequeña explanada de aparcamiento. La puerta, alta, solemne, de gruesos barrotes negros, estaba enclavada entre dos macizos pilares de sillería coronados con farolas. Una atmósfera densa de respetabilidad donde nunca encajarían mis calcetines

medio caídos.

Aparqué en la vacía explanada. A la derecha había una puertecilla, también de hierro, pintada de negro. La empujé y entré por allí. Todos mis poros destilaron sudor cuando, a mi derecha, a unos diez metros, distinguí el brillo de un par de colmillos tan grandes que ocultaban la caseta del perro. A la izquierda, adosada a uno de los pilares, había una garita con troneras. Al cruzar frente a la garita oí en el interior una risita de mujer, excitada, seguida por una protesta, de la misma mujer, tan aguada y reiterada que sonaba como una invitación. Tomé un caminito de gravilla que parecía conducir hasta la casa. Había dado una docena de pasos cuando escuché una colérica voz de hombre a mi espalda:

—¡Eh, tú!

Me volví. Un tipo espigado, con el pelo cortado al cepillo, venía hacia mí trastabillando y luchando con los botones plateados de su guerrera. Se detuvo a dos pasos mirándome ceñudo mientras se estiraba los faldones.

—¡¿No sabes llamar?!

—No he visto ningún timbre.

—¡Hay una campana! ¿Qué quieres?

—Me esperan.

—¡¿Quién?!

—En la casa. Sigue con la fiesta, encontraré el camino.

—¡Aquí no hay ninguna fiesta! ¡He preguntado quién te espera!

—El viejo. Si vas a anunciarme hazlo por el teléfono —bajé la voz— apestas a perfume barato.

Un puño se agitó delante de mi nariz.

—¡Mucho cuidado con lo que dices, puedo partirte la boca!

—Eso si te quedan fuerzas. Llama y di que voy para allí. Mi nombre es Ferreol —comencé a caminar hacia la casa. Y añadí—: Date prisa, o se te va a aguar el jolgorio.

—¡Aquí no hay ningún jolgorio! —No daría su brazo a torcer aunque le hubiera sorprendido bañándose en champán con siete tailandesas—. ¡Voy a llamar! ¡Vete despacio! ¡Si no es verdad lo que dices cuando vuelvas te las vas a ver conmigo!

—¿No hay otra puerta?

—¡También la tendré vigilada! ¡Aquí no entra ni sale nadie sin que yo me entere!

Hummm. Según a qué hora. Continué por el caminito de gravilla hacia la casa.

Era mejor de lo que había esperado, convertía en pueblerinos el resto de los palacetes cubiertos de hiedra de la colina. A lo largo de la explanada había media docena de grandes farolas de hierro forjado con focos de tono amarillento. Iluminaban una sólida fachada de granito de dos plantas, con una doble fila de ventanales y una gran escalinata, también de granito, que conducía hasta la puerta principal, enorme, de madera tallada. Dos gigantescas estatuas de alabastro, representando dos diosas de rasgos caribeños, cubiertas con togas blancas, hacían guardia a cada lado de la puerta. Una de las diosas tenía una lira en el regazo, y la otra algo parecido a un jarrón; y las dos, con la cabeza, sostenían un frontón helénico con un bajorrelieve que resultaba enigmático al aterciopelado resplandor de las farolas. Aquellos dos primores no encajaban con el resto solemne del conjunto. Me pregunté quién las habría llevado hasta allí.

En seguida iba a tener la respuesta. En cuanto se abriera la puerta, después de haber pulsado el timbre que había en el muro, en el centro de una especie de escupidera de bronce.

25

DE PIEL CHOCOLATE, MENUDO, de pelo gris muy rizado; vistiendo holgados pantalones de lino y chaqueta del mismo género, impecablemente blancas ambas piezas, así era el tipo que sostenía la puerta entreabierta y catalogaba el nudo de mi corbata. Le faltaba el machete, una sonrisa a lo tío Tom y concederme la oportunidad de abrir la boca.

—¿El señor Ferreol?

Adiviné que el don Juan de la garita había telefoneado. Las palabras del negro iban cargadas con un inconfundible acento habanero, como si de pronto nos encontráramos en la puerta del «Tropicana», como cada noche. Le contesté que sí y entonces se echó a un lado dejándome pasar.

—¿Qué tal el *Tropicana*?

—Una *vaina*, chico —contestó algo sombrío.

Otras dos cosas llamaban la atención en él: el hueco en su mano derecha donde debía estar el dedo meñique y el bulto en el costado izquierdo de su chaqueta. Aquellos dos detalles me pareció que hacían juego.

Le dije que quería hablar con su jefe. Comprobado que yo no traía ni bastón de bambú ni sombrero de paja, me pidió que le siguiera. Cruzamos un *hall* con una cristalera iluminada y, después de empujar los dos con el hombro una enorme puerta blanca de pomos dorados, entramos en un salón. El habanero me ordenó que esperara.

Me adentré sin brújula por una alfombra color musgo de tres cuartas de espesor, llena de calveros como si alguien hubiera

pasado la tarde acampando allí. No faltaban los sofás Chesterfield, los espejos de marco dorado y hasta un florero con dalias del tamaño de la cabeza de un hombre. Entre dos candelabros de plata me contemplaba el retrato de un caballero de unos cincuenta años, con mandíbula de gorila y mirada con la que se podía partir un coco.

El centro del salón estaba ocupado por una mesa baja de cristal, con una tortuga carey entre las patas, con el caparazón brillante de cera. A la derecha había un chinero de bambú y mango, con media docena de mandíbulas de tiburón en los estantes. Una colección de monedas de oro ocupaba los estantes de otra vitrina, junto al chinero. Saqué la cajetilla de Rex y encendí un pitillo. Estaba echándole un vistazo a la colección cuando escuché una voz a mi espalda.

—Está incompleta…

Me volví. A ella no le faltaba nada. Si hubiera tenido el pitillo entre los labios estaría atrapándolo en el aire.

—Se perdieron muchas durante la Revolución. Los Guardias Voluntarios nos las robaron… *Patrimonio del Pueblo*, eso dijeron…

Sonaba a sarcasmo. Contemplándome fijamente, había un par de ojos de un azul tan opalino que se podía contemplar en ellos *el más puro coral bañado por las ondas* y a una familia de tiburones alrededor del coral jugando a mordisquearse. Hice un esfuerzo por alcanzar la playa y estudiar el resto antes de abrir la boca, si era que no la tenía ya abierta. Labios carnosos, la base de la nariz un poco ancha, con el tono de la tez recordando el color de la canela; aquellas tres pinceladas hacían pensar en vestigios remotos de una abuela cuarterona que daban a su rostro el mismo sabor que la cayena molida a un guiso de carne. Su cuerpo era fino y desmadejado, como si el resto de la cayena se hubiera derramado sobre él; piernas largas, caderas algo escurridas y hombros de jugadora de tenis. Pero todo aquello, con ser de primera, nos haría volver la página regresando al azul de sus ojos, donde, en lo más profundo, podía contemplarse *el más puro coral bañado por las ondas* (los tiburones ya se habían ido), pues de un azul tan opalino eran, como ya he dicho. Todo en ella era una panoplia de perfumes embriagadores y misteriosos, como un muestrario de licores exóticos recién descorchados. Más o menos.

—Solo entiendo de monedas de cobre —dije recuperándome. Y añadí, indicando la vitrina—: ¿Cubanas?

Mantuvo la mirada en mis ojos, dando a entender que conocía la colección de memoria.

—Sí son de mi padre. Las trajo cuando salimos de Cuba: un recuerdo sentimental más que una colección. Los relojes también son de allí, de la época colonial.

Su aparición me había impedido fijarme en la colección de relojes de bolsillo que había en el estante inferior, eran de oro y tenían numeración romana o gótica; todos marcaban la misma hora: las dos menos cuatro minutos; no sabía si del día o de la noche, como si a su dueño le hubiese sucedido algo transcendental en ese instante.

—¿Las dos menos cuatro? ¿Del día o de la noche?

—De la noche. Hora cubana. Fue cuando despegó el avión…

Me dio la espalda, abrió un cajoncito del chinero y sacó una boquilla de oro en la que empalmó un pitillo tan largo como una caña de pescar. Mientras se llevaba la boquilla a los labios me dio otro repaso entrecerrando las pestañas.

—¿Así que es usted la persona que se preocupa por mi vida sentimental?

Ni la contesté ni saqué mi mechero barato para ofrecerle fuego.

—¿No es así?

—¿Tiene vida sentimental?

Se sonrió. Encendió el cigarrillo con un mechero de oro y luego, desmadejándose por completo, se echó sobre un sofá tapizado en damasco limón, sin invitarme a tomar asiento.

IBA VESTIDA A LA TURCA con pantalones bombachos color lila, camisa blanca bordada y cinturón y chalequito de terciopelo negro. El pelo, muy negro, casi azulado, lo llevaba corto y liso, con un flequillito que le daba sombra a los ojos. Se cubría la nuca con un pequeño casquete carmesí.

Echó el humo azulado hacia mí y yo le di una pitada al Rex contraatacando con algo parecido al grisú. Me sonrió, pero no era

una sonrisa para derribar barreras, parecía la señal para abrir la trampa que había bajo mis pies. Apoyó el brazo sobre un cojín, echando descuidadamente las piernas sobre el tapizado.

—Dígame qué le lleva a entrometerse en mis asuntos…

—No me interesan sus asuntos. Me interesan unos asuntos de alguna forma relacionados con los suyos… El chapapote del charcal le ha chapoteado un poco, eso es todo…

Frunció el ceño.

—¿El chapapote…?

Chispitas plateadas en sus ojos, sol estrellándose sobre la superficie del mar al atardecer. Unos veinticinco, pero modales que llevaban todo el aplomo de una mujer madura, de vuelta de unas cuantas cosas; y parecía guardar una reserva de energías que no hacía juego con aquella aparente languidez con que me estaba obsequiando. Solo encontré una nota de inocencia en ella: el cuellecito de su camisa, redondo, con puntillas, era de colegiala.

—El marido de la mujer que acompaña ahora a su prometido —aclaré lo de la charca— ha muerto… Se ha suicidado…

Sacó humo de la boquilla mirando el techo.

—Lo siento… Pero eso no me dice demasiado. Cuéntemelo todo, por favor.

—¿Qué quiere que le cuente?

—Toda la historia.

—Quizá la aburra. Es una historia vulgar, solo interviene gente corriente, ni una gota de sangre azul en ella… Imagínese una tarde de lluvia; una mujer de pronto cae en la cuenta de que su vida pasa deprisa y de que no hay vuelta de hoja; sale entonces de casa dejando una nota para su cónyuge, en ella le dice que ya no volverá con él. Él lee la nota y piensa que la vida ha sido un fracaso y que está cansado de fracasar. Coge una pistola, se aleja de su casa y se pega un tiro en la boca… Esa es la historia. Nada nuevo, algo que se lee frecuentemente en los periódicos. Hoy es un hombre abandonado por su mujer, mañana una mujer abandonada por su marido; o alguien que se ha arruinado; o simplemente alguien que cae en la cuenta de que no merece la pena vivir una vida prisionera de una jornada de ocho horas. Alguien muere de vez en cuando: un accidente, cáncer, veneno de las ratas en vez de levadura, o suicidio. Hay gente pagada por el Ayuntamiento encargada de

retirar los cadáveres. Como ve, una aburrida historia de todos los días…

—Ya… Emplea usted un tono muy sarcástico para contar cosas tan tristes. ¿Trata de confundirme? —No me dejó responder; añadiendo—: ¿Por qué no me explica mi papel en todo esto? Sin rodeos, sin sermones, por favor —levantó ligeramente la barbilla—. ¿Y usted? ¿Qué papel interpreta usted?

—El hombre que murió era amigo mío.

Frunció el ceño.

—¿Solo eso?

—Solo eso.

—¿Y yo?

—Usted es la prometida del sujeto que se quedó con la mujer de mi amigo…

—Eso ya lo ha dicho.

—No parecía haberlo oído.

—Ya… —El humo, de un azul puro, se dispersaba a la altura de sus ojos tornándolos grises. Me preguntó—: ¿Y qué anda buscando? ¿Venganza? ¿Dinero?

No era con ella con quien quería hablar, ni tenía ganas de continuar con el discurso explicándole las ramificaciones del asunto. Así que abrevié:

—Olvide lo del dinero. Se lo hubiera pedido por la información, ningún chantajista da nada gratis. Lo de la venganza olvídelo también, no existía ningún pacto de sangre entre la víctima y yo… Olvídelo todo. Ha recibido una información, haga uso de ella si le sirve para algo, si no olvídelo todo. ¿Dónde está su padre?

Dos pequeños dardos envenenados dirigidos hacia mí surgieron de sus ojos.

—Todo parece resultar muy fácil para usted, pero no lo es. Le diré que sus chismorreos no eran nuevos para mí, ya los conocía, hay un montón de chismosos a los que les ha faltado tiempo para contármelo, como usted… Pero quiero advertirle algo —bajó la mano con la boquilla—: Mis asuntos solo a mí me conciernen, a nadie más, ¿comprende? A nadie más, y mucho menos a un desconocido del que no sabemos siquiera de donde viene.

—Vive entre personas. Hay mucho chapapote en esta charca y a veces puede salpicarla. Es lo que ha sucedido ahora. Deje de darse

importancia.

Sonrió hacia el techo.

—Sigue esforzándose en colocarme su trabalenguas barato.

—A usted no le interesa ningún tipo de trabalenguas, ni caro ni barato. ¿Dónde está su padre?

—No me gusta lo que dice —la piel se le tensó en los pómulos—. No me gusta ver a nadie metiendo la nariz en mis asuntos. No vuelva a hacerlo o se arrepentirá.

Permanecimos en silencio. Su pitillo fue convirtiéndose en humo azul. De pronto me miró, sonriente, pero la temperatura de la habitación había descendido.

—¿En qué trabaja, Ferreol?

—Tengo un buen empleo.

—¿De veras? ¿Está considerado en su trabajo?

—Mi armario está lleno de corbatas de seda, regalos de Navidad.

—¿Y por qué no se las pone?

Enfatizó la pregunta dándole un repaso irónico a mi traje de grandes almacenes. Todos igual. Me había costado 1357 francos, más impuestos, en «Vidocq». Le eché el humo.

—No pienso sacarla a bailar, no se preocupe.

Soltó una gran carcajada. Reconocí esa risa, había oído otra igual surgiendo de una garita con troneras.

—No me ha respondido —dije— a la pregunta de si está su padre en casa.

—¿Cómo anda de dinero? —No prestaba atención a mis palabras, preocupada solo en acorralarme con su tono frío y despectivo—. No me interprete mal, es un trabajo lo que le estoy ofreciendo… Trabajar para mí… ¿Chófer? ¿Qué me dice?

No la respondí. Nos mantuvimos así durante unos segundos, ella sonriendo fríamente, yo preguntándome si habrían avisado al viejo. Por fin apagó el pitillo y se levantó para dejar la boquilla en el chinero.

—¿Qué me responde?

—¿Chófer con derecho a qué?

Levantó las cejas.

—¿Derecho…? Hummm, hummm… ¿Usted qué cree?

La tenía a mi lado. Su costoso perfume nos envolvía a los dos. La cogí por la muñeca y la atraje hacia mí. La miré a los ojos.

—Es inútil que intentes provocarme. He venido hasta aquí para hablar con el dueño de la casa, no para perder el tiempo con muñecas desocupadas. ¿Por qué no te vas a arreglarle las uñas o a soltarle los botones al don Juan de la puerta?

La media sonrisa no desapareció de sus labios. Pero me plantó la derecha en la mejilla, que restalló en mi oído como un petardo.

—Basura.

No la solté; la sonreí también apretando los dientes mientras la rodeaba con mi brazo atrayéndola hacia mí. Ella se echó hacia atrás desmayada. La levanté la cabeza y coloqué mis labios sobre los suyos. Entonces me rodeó el cuello con sus brazos aumentando la presión de sus labios contra mi boca. Durante un minuto estuve besando un hierro al rojo. Mis brazos se ceñían a su cintura como las olas se ciñen a la arena de la playa. Su cuerpo, desmadejado, era como un pozo de agua tibia. Todo el lance se interrumpió cuando oímos una voz a nuestra espalda:

—¿Por qué no se calman y se sientan?

ERA UNA VOZ DE HOMBRE grave y tranquila; había llenado toda la habitación. Solté la cintura de seda y me volví. Ocupando el vano de la puerta estaba el dueño de la voz: un gigante de más de un metro noventa, de enormes hombros y cabellera completamente blanca. Se cubría hasta los tobillos con una bata de seda color caramelo que hubiera servido para la carpa de un circo.

Isabel, sin inmutarse, enderezándose el casquete carmesí, se sentó en el sofá. Yo permanecí de pie junto a la vitrina, un poco impresionado por la súbita aparición del gigante.

Toda la poderosa estructura de este estaba sostenida por un corsé ortopédico que se hacía notar debajo de la bata, surgiendo por el cuello en un collarín de cuero y metal que sostenía su cabeza por la nuca y la sotabarba, levantándole la barbilla en un esforzado gesto de soberbia. Dos nudosos bastones soportaban todo su peso. Detrás de él apareció la cabeza del habanero que me miraba sonriente; enseguida desapareció cerrando la puerta.

Afirmando cuidadosamente los bastones, con dificultad, el

gigante avanzó hasta el centro de la habitación.

—Siéntese Ferreol.

Se detuvo delante de la mesa de cristal, apoyando su cuerpo rígido sobre los dos bastones, apuntándome con la barbilla. Me estuvo contemplando durante un buen rato, con la cabeza sostenida por el collarín, como si el peso de su mirada fuera excesivo para su cuello. Sus rasgos, nobles y poderosos, parecían sacados de una talla del Renacimiento. Su frente era despejada y su cabellera, abundante y blanca, estaba peinada en melena hacia atrás. Dos surcos profundos en su ceño parecían denotar un cotidiano esfuerzo para que ninguno de los acontecimientos que se desarrollaban bajo su órbita le pillara por sorpresa. El tono ligeramente bronceado de su tez mostraba que, aun doblegado por la enfermedad, no había renunciado al aire libre. Sus ojos comunicaban confianza; pero había en ellos algo parecido a un brillo inquietante, como si detrás hubiera otro par de ojos escrutadores, que no dejaban de estudiar detenidamente a la persona que tenían delante sin que esta se apercibiera.

—¿Desea alguna bebida?

—No, gracias; solo fumar.

—Tiene manchados los labios.

Saqué el pañuelo y me limpié las trazas de carmín. Esperó a que terminara antes de continuar:

—Se preguntará por qué le he llamado… —dijo cambiando de posición uno de los bastones afianzándolo en la alfombra—. Mi secretario me ha dicho que usted está causando pequeños problemas en el puerto… —Su mirada se endureció imperceptiblemente—. Quiero saber por qué lo hace.

Más humo salió de mi boca, antes de responderle, sin lograr dominar cierto tono irónico.

—¿No lo sabe?

—Le ruego que evite el tono irónico… Quizá usted no llegue a comprender la gravedad que todo esto encierra… —Sin dejar de mirarme el brillo de sus ojos se apagó unas décimas—. Soy una persona conocida y respetada; tengo muchos negocios y una vida social… Es por ello que cierta clase de… procederes no me gustan cuando se relacionan conmigo. ¿Me comprende usted?

—Claro.

Alguien planeando muy por encima de las menudencias de este mundo, al que de pronto una pequeña turbonada le ha hecho volver la vista a tierra.

Me acordé de la sonrisa de hiena del habanero y del bulto bajo su chaqueta. Eché una mirada disimulada a lo largo de las paredes y me pareció ver, asomando por debajo de las cortinas de capichola, la punta de unos zapatos de rejilla. Solo era una sospecha, quizá algo fabricado por mi cerebro para que mis pies encontraran una justificación para encontrarse allí. Pero cierto matiz en las palabras del gigante me habían llamado la atención: *no me gustan los procederes turbios en todo lo relacionado conmigo*…, es decir, no le importaba que alguien removiera los cubos de basura siempre que fuera en la acera de enfrente.

—Lo he comprendido —sacudí la ceniza y la cabeza—. Mire, la historia se hace real cuando cuatro policías me confunden con un saco de *punch,* antes solo había sido una especie de sueño… Cuatro policías se han ensañado conmigo, sin motivo aparente, digo solo aparente. Desconozco la raíz de sus impulsos destructores y es lo que estoy tratando de descubrir… Quizá eso no le parezca motivo suficiente, pero para mí lo es. Tengo pocos elementos para descubrir la verdad y los estoy empleando. Dos de estos elementos son su futuro yerno y la Marítima y Naval. Las otras ramificaciones del asunto ya las conoce usted. ¿Sirve esta explicación o me estoy saliendo del tema?

Una pequeña mirada de disgusto nubló su expresión nuevamente.

—No tiene por qué emplear un tono sarcástico. Estoy dispuesto a escuchar sus explicaciones.

—No pretendía ser sarcástico. Le he dicho lo que sé.

—Le han golpeaedo unos policías. ¿Tiene sus nombres?

—Hummm… —la sonrisa que ensayé era amarga—. He venido hasta aquí para enseñarle mi juego y para ver el de usted. Quizá no sea suficiente. Le haré un esquema… Hay una agencia de aduanas que trabaja para usted. Hace un par de días, el dueño de la agencia, el señor Lillo, se ha suicidado. Su mujer le acababa de abandonar. Él cogió una pistola y se pegó un tiro. Yo trabajaba con el señor Lillo y además era mi amigo; por eso, solo por eso, fui a echar un vistazo al lugar del suicidio, unas obras en las afueras. Allí me

encontré con un policía. Aquel sabueso me detuvo llevándome a la comisaría. Él y un tal Monzón me interrogaron. Se enfadaron un poco cuando vieron que no tenía nada que contarles. Con ayuda de otros dos me dieron una paliza… Es la más grande que he recibido en toda mi vida, y sin motivo aparente… No me preocupo en averiguar qué es lo que me duele más, pero por la noche hay una sola pregunta que me hago entre sueños: ¿Por qué perdieron la calma? ¿Qué se encierra detrás de todo esto? ¿Qué sabe usted?

DEJÉ FLOTANDO EN EL AIRE aquellas interrogantes. El magnate me había escuchado sin mover un solo músculo. Su hija había echado los pies sobre el sofá y había apoyado la barbilla en el dorso de la mano; un brillo de decepción aparecía en su mirada, como si mi historia la hubiera defraudado y aquel fuera a resultar otro día vacío en su vida.

—Conocía el señor Lillo desde hacía años —dijo al fin Urbano-Ponce con calma, como recordando—, pero solo superficialmente. Siento que haya fallecido, siempre cumplió sus obligaciones con nosotros perfectamente, por lo que sé. Desconocía que hubiera habido algo oscuro en las circunstancias de su muerte; de todas formas existe una Justicia que se hará cargo… —Entrecerró un poco los ojos—. ¿Y mi yerno, Ferreol? No veo dónde puede encajar en esta desgraciada historia…

—Ya se lo expliqué a su hija. Su papel consistía en entretener a la mujer de mi amigo, una cabeza hueca que casi le saca veinte años. Una historia sentimental por la que no tengo el menor interés, pero, como siempre, hay un montón de detalles que no encajan. Como el apartamento donde vivía con ella; lo ha alquilado a nombre supuesto, ¿por qué? ¿Para mantener el lance en secreto? De ser así no se hubieran exhibido juntos por ahí. Todos son detalles más o menos relacionados y algo oscuros, desconozco las conexiones profundas entre ellos y es por eso por lo que estoy aquí, hay un par de preguntas que yo le quiero hacer…

—Su segunda parte no me convence —me interrumpió algo endurecido—, y todavía menos lo que acaba de decir…

—Sí, todo es una vaina, ya lo sé. Pero quiero conocer la verdad. Quiero llegar al fondo y saber qué le sucedió al señor Lillo. No sé si sabrá que habíamos quedado en ir a pescar lubinas juntos.

—La vida privada de mi futuro yerno solo le concierne a él, y, en todo caso, también a mi hija. Y, Ferreol, le digo esto como una advertencia amistosa —no lo parecía. Relajó su expresión. Después —: En cuanto al resto… Tengo amigos en la dirección de la policía, hablaré con ellos para que tomen cartas en el asunto. Es todo lo que puedo hacer. Manténgase al margen… En caso contrario no seré yo quien vuelva a hablar con usted, lo harán mis abogados.

—No lo creo —me quité el pitillo de los labios mirándole hosco —. No creo que me envíe a sus abogados. Si ellos hubieran podido intervenir en este asunto no me habría dejado cruzar la puerta. Huele demasiado mal para que usted meta las manos en él, a no ser que no lo pueda evitar —señalé con el pulgar hacia las cortinas de capichola—. Y no se haría guardar las espaldas por el viejo Lucas. Usted es un personaje conocido y respetado, por eso ha de cuidarse mucho de que no le vean relacionándose con tipos como yo. Malas compañías lo llaman a eso. Pero usted no quiere que este asunto trascienda, eso es evidente. Así que ahórrese las amenazas, usted tiene mucho que perder, yo muy poco.

Su rostro se fue crispando, lentamente, sin brusquedad, como si fuera muy capaz de controlar la crispación. Su hija, algo desconcertada, cambió la mirada de mi rostro al de su padre. Este me clavó los ojos.

—Usted lo ha dicho, es muy poco. O, mejor, no es nada —su tono era ahora helado y cortante como la hoja de una navaja; y de pronto había adoptado un timbre habanero como si le hubieran venido a la memoria viejos y duros tiempos.

—Desaparezca, ¿me ha oído? Váyase de esta ciudad. No se lo repetiré. Se ha tomado atribuciones en la agencia que están penadas por la ley. Haga sus maletas y váyase si no quiere que le lleve delante de un tribunal.

—Puede hacerlo. Pero asegúrese primero de que mis manos están vacías… —Mi pitillo quiso perforar el cenicero. Me encaré con él—. Tengo los papeles… Todos. En lugar seguro. Cualquier juez me felicitaría, incluso puede que me declarase ciudadano ejemplar.

Un tiro a ciegas. Sin embargo él no podía saber que yo desconocía las claves del asunto. Se produjo un silencio glacial. Les di la espalda y me dirigí hacia la puerta. Cuando mi mano empuñaba la manilla me volví:

—No lo olvide: los papeles están en mi poder. Y tenga presente que Lillo donde está no tiene ya nada que perder.

Oí el aire entrando con fuerza en sus pulmones y entonces supe que había dado de lleno en el clavo. Aquel salón se me hizo de pronto pequeño. Isabel miraba muy seria hacia su padre.

—¿Cuánto pide? —preguntó este soltando la presión mirando hacia la pared.

Pretendía parecer inflexible, pero acababa de arrojar su último naipe sobre la mesa. Durante unos segundos le estuve contemplando a través de la habitación.

—Todo el mundo me ofrece algo aquí —le respondí—. Pero siempre lo hacen a destiempo y con mal tono… No me importa el dinero. Y le añadiré algo: esta ciudad me gusta, me gustan sus calles, sus plazas y hasta sus edificios, así que me voy a quedar… Ahórrese las amenazas. Voy a seguir deshilvanando la madeja hasta descubrir qué le sucedió al agente de aduanas. Era un experto en la pesca de la lubina, uno de los mejores, y no me gusta lo que le han hecho. Si usted anda metido en el asunto entonces sí será el momento de llamar a sus abogados, para que le preparen algo bueno donde aferrarse.

Su cuerpo giró lentamente, con rigidez, hasta que tuvo los ojos clavados en mí. Vi como apretaba los dientes, como los nervios de su rostro se tensaban y cómo su cabeza comenzaba a temblar. Enrojeció y entreabrió los labios, parecía al borde de una congestión.

—¡Fuera de aquí! —Levantó un bastón apuntándome con él—. ¡Fuera!

Su hija, muy pálida, se había incorporado y le miraba boquiabierta; la sangre se le estaba agolpando a su padre en el rostro tornándolo cárdeno; ahora todo su cuerpo temblaba mientras blandía el bastón gritándome:

—¡¡Fuera de mi casa!! ¡¡Haré que le encierren!! ¡¡Fuera!! ¡¡Fuera!!

Cortinones ondeando y habanero surgiendo entre la capichola

apuntándome con un revólver, inseguro, inclinado hacia adelante como si fuera a necesitar toda su fuerza para apretar el gatillo. El magnate continuaba con la mirada clavada en mí, tinta en sangre.

De pronto sucedió. Sí, sucedió. El bastón con que me apuntaba temblaba en su mano. Todo el peso de su cuerpo se apoyaba en el otro bastón y este comenzó a deslizarse sobre la alfombra dejando una huella profunda. Fue como un gran árbol centenario cortado por el hacha. Se desplomó lentamente, como frenado por el aire, sin doblarse, sin que sus manos trataran de aferrarse a nada, como un ídolo de piedra abatida por el huracán. Durante unos instantes tuve la impresión de que era la habitación la que giraba, siendo él lo único que permanecía en equilibrio. Isabel dio un grito cuando su padre fue a aplastarse de bruces contra la mesa de cristal. Esta saltó hecha añicos, con un estruendo que llenó toda la casa. Una pata del carey rodó bajo el chinero.

El negro, apuntándome con el revólver, contemplaba paralizado a su amo sobre la alfombra. Yo me apresuré a ayudar al magnate. Limpié con el zapato los trozos de cristal y me incliné para darle la vuelta. Oí a Isabel sollozando histérica. Metí las manos debajo del cuerpo del gigante y tiré de la bata haciéndole rodar. Resoplaba como una máquina de vapor que hubiera reventado. Tenía el rostro lleno de sangre, con algunos cristales clavados en los pómulos y en la frente. Mantenía los ojos abiertos pero, extrañamente, había recobrado su expresión serena, como si los cortes le hubieran facilitado la descongestión. Traté de arrancarle algunos cristales con el pañuelo mientras oía a un tropel de gente entrando en la habitación. Vi a una doncella arrodillándose a mi lado y al negro apuntándome todavía con el revólver, con la tez como el acero, sin atreverse a apretar el gatillo. Sentí dos puños golpeándome en la espalda como dos mazas.

—¡¡Usted ha sido!! ¡¡Usted ha sido!! ¡¡Váyase!! ¡¡Váyase!!

Tiré el pañuelo y me incorporé. Isabel, histérica, me golpeaba el pecho. La cogí por las muñecas.

—Cálmese e indíqueme un teléfono.

—¡¡Fuera!! ¡¡Fuera de aquí!!

La sacudí con fuerza.

—¿Por qué no reserva sus energías para llamar al médico?

La doncella se incorporó.

—Yo lo haré, mi *niña*…, yo lo haré…

Salió corriendo. El negro continuaba apuntándome. Entraron otros criados con toallas y palanganas con agua. Solté a Isabel que cayó de rodillas dejando de gritar medio desvanecida. Eché un último vistazo al gigante. Los cortes eran superficiales, continuaba resoplando y tenía la mirada clavada en mí. Le di la espalda alejándome hacia la puerta.

26

LLUVIA.
LLUVIA.
EL ASFALTO
BRILLABA a la luz de las farolas. El viento y el agua habían barrido de las calles el tráfico y a los viandantes. Solo, de vez en cuando, me cruzaba con algún taxi sin viajeros con el piloto apagado. Llegué a la plaza del General Carreño y la rodeé enfilando la calle hacia el hotel, por la calzada opuesta, evitando un contenedor de basuras que algún borracho había empujado fuera del bordillo. El retrovisor me dio paso para cruzar la doble raya en busca del hueco habitual donde aparcaba cada noche, enfrente de la puerta del hotel. Pero no llegué a hacerlo. A mi izquierda, detenido junto a la acera, había un Seat 1430 azul oscuro con dos sombras en su interior. Continué mi camino, silbando, sin levantar el pie del acelerador, hasta el final de la calle. Giré a la derecha y conduje unos cien metros antes de detenerme.

Empleé las piernas para hacer el camino de vuelta, resguardándome de la lluvia con el cuello de la gabardina levantado. A la altura del 1430, en la acera de enfrente, reduje el paso mientras mi rabillo de ojo hacía horas extraordinarias. El perfil de la sombra al volante se recortaba contra la fachada del hotel. Coincidía con el del policía espigado y silencioso que me había coceado la espinilla en el despacho de Monzón. El otro tenía el asiento reclinado y parecía dormido. De pronto el larguirucho volvió la mirada hacia mí. Apreté el paso y me metí por una callejuela a mi izquierda. Un minuto después estaba abriendo de nuevo la puerta del Peugeot para poner tierra por medio.

Había cometido un gran error enviándome los papeles.

Comprendí que no me iban a dejar en paz mientras no se hicieran con ellos. Después de todo quizá el magnate tuviera razón, como todos los magnates; yo no era nada. Nada. La información es poder, como se pavonean los periodistas en busca de empleo, y yo tenía información, pero en bruto. Aquel montón de expedientes aumentaba de valor a medida que el tiempo pasaba, como la bolsa de un buscador de oro.

El Peugeot recorrió calles solitarias, sin rumbo, mientras los limpiaparabrisas no dejaban de trabajar, y mis ojos se clavaban en el retrovisor y mi mente se ocupaba en descubrir dónde encontraría una habitación para pasar la noche. Deseché los hoteles y pensiones bajo el control permanente de la policía. No encontraba una solución. Durante unos minutos estuve considerando la idea de salir de la ciudad. Estaba cansado. Añorante de un pequeño agujero donde poder contemplar el polvo flotando en el aire con tranquilidad.

Me acordé de Elvira Artal, la pera madura envuelta en lana. Me pregunté cómo me acogería: ¡Oh, qué casualidad!, precisamente he pasado todo el día pensando en usted. Eso era pasarse un poco de la raya. Lo que hice fue buscar una de las avenidas radiales y, cuando la hube hallado, puse rumbo hacia su apartamento.

El silencio tenso del portero automático, seguido por la ruptura de una voz metalizada:

—¿Quién es?

—Ferreol.

Unos segundos; seguramente se estaría preguntando si sería decente abrirme a aquella hora. Por qué no. Así que oí el sonido hospitalario de la cerradura y a mi ego que se esponjaba.

Yo acababa de salir del ascensor cuando *ella* abrió la puerta del apartamento haciéndose a un lado y bajando la mirada. Nos saludamos. Ella lo hizo en un susurro, pero con un tono acogedor. Busqué mis deslizadores y, cuando hubo echado la cadena, patinamos en columna de marcha hacia el salón.

Tenía el pelo recogido con rulos como si la hubiera sorprendido preparada para acostarse. Llevaba puesta una bata color lila y le asomaban por debajo los pantalones de un pijama de tono verde esperanza. Calzaba sus famosas babuchas de borla y unos calcetines blancos. Recaló en el sofá indicándome un sillón con la mirada. Nos

sentamos, ahora un par de palmos más cerca que la última vez.

—Me alegro que haya venido —dijo sin levantar la voz—, yo también tenía que hablar con usted… Mi prima está aquí —indicó con los ojos una puerta a mi espalda—. Duerme… Esta deshecha…

—¿Sí?

Afirmó con la cabeza.

—Por todo lo sucedido… —me confirmó—. Por la tensión de estos días… Ha tenido que ser muy duro para ella… Ha roto con ese hombre… Y también parece muy apenada por la muerte de su marido…

Menos mal. No, Cabeza Hueca no carecía de sentimientos. Por la bata entreabierta de mi interlocutora, a la altura de las rodillas, aparecía el verde brillante del pijama. Eché un vistazo a su escote donde mostraba una pequeña parcela de piel muy blanca y tersa. La bata estaba entreabierta por allí y tenía el primer botón de la chaqueta del pijama desabrochado, un descuido imperdonable en ella. Adivinando mis pensamientos, o atrapando mi mirada, acarició con disimulo sus solapas echándolas el cierre.

—¿Quiere…, quiere tomar algo?

Me pareció que había perdido parte de su aplomo, ahora sus manos subían y bajaban nerviosas a lo largo del escote.

—Solo si usted me acompaña.

—Sí…, claro… —Se levantó—. ¿Qué desea beber?

—¿Anís?

—Sí…

Se deslizó hasta un pequeño aparador, evitando, con suaves movimientos ondulatorios, los muebles que se interponían en su camino. Regresó con dos servilletitas que dejó sobre una mesa baja; luego volvió a deslizarse a través del salón, en busca de la botella. La bata se le ceñía al cuerpo mientras sus curvas trabajaban al deslizarse como las ballestas de un landó. Regresó sosteniendo una bandejita con dos copas y una botella de anís. Lo dejó todo sobre la mesa y se arrodilló en el suelo sin desmadejarse. Luego sirvió el anís cuidadosamente, sin derramar una gota. Cuando cerró la botella cogió su copa. Yo cogí la mía y la levanté.

—Por usted.

—Gracias…

Apenas humedeció los labios; dejó la copa y se sentó de nuevo

en el sofá.

—Le explicaré por qué he venido —la dije—. Hay un par de detalles relacionados con la muerte del marido de su prima, el señor Lillo, que resultan extraños… He estado investigando un poco y he tenido algunos problemas… ¿Conoce a Urbano-Ponce?

—Sí, sí, claro.

Escuchaba atentamente.

—Parte de esos problemas han sido con él… Otros con la policía. Pero no se asuste, no he hecho nada que esté fuera de la ley. Y eso es lo más extraño, se toman un interés desmedido por todo lo que hago sin que pueda alcanzar a comprender bien por qué…

SU CEÑO SE FRUNCIÓ un poco. Pensé que era mejor sincerarme con ella, compartir algo de mi pequeña odisea, para dejar allí un equipaje que ya me pesaba demasiado. Le pedí permiso para fumar mostrando la cajetilla. Ella se levantó y posó delante de mí la palangana que hacía de cenicero. Eché humo y comencé a contarle la historia desde el principio, pero eliminando detalles, y sin hacer referencia a los expedientes que me había autoenviado al hotel.

Durante la charla ella me escuchaba mirando fijamente hacia la mesa, sosteniendo alguna vez su copa en el aire, como la modelo de un anuncio de anís esperando el primer *flash*.

Cuando por fin dejé de hablar ella dejó la copa y cambió la mirada hacia la pared, muy pensativa y preocupada. Creí que quizá había habido demasiados tonos sombríos en mi narración y que, después de todo, hubiera sido mejor no revelarle nada. Pero estaba en un error, fue ella quien me lo hizo ver cuando se echó las manos a los rulos ahogando un gritito y poniendo gesto de consternación:

—¡Dios mío! Discúlpeme. Me había preparado para meterme en la cama, no esperaba a nadie…

Su rostro se puso como la grana. Comprendí que no había escuchado ni una sola palabra de mi historia, que durante todo el tiempo había estado pensando en otra cosa, que para ella el juego sucio del puerto y un crimen de dos al cuarto, aunque se tratara del

trabajador Lillo, no eran nada comparados con aquello de que las cosas «no estuvieran en el lugar adecuado en el momento adecuado y con la adecuada presentación», especialmente si el objeto de referencia era *ella misma* y el jurado *un hombre maduro* sentado enfrente.

Se incorporó. Yo le hice un gesto la mano para que permaneciera sentada.

—Hágalo aquí, así seguiremos charlando. Me gusta el color de su pelo. Entre tanto problema menor se me había olvidado decírselo…

El rubor le llegaba hasta el cuello. Puso su mirada en el *parquet*, levantó los brazos y comenzó a quitarse los bigudíes.

—Mi hotel está vigilado —dije para poner remate a mi disertación— y seguramente habrán avisado a todos los hoteles y pensiones… Por eso he venido: necesito alojamiento por esta noche. Nadie sabe que nos conocemos…

Iba depositando cuidadosamente cada bigudí sobre la bata.

—Sí, sí… Hay un dormitorio libre… Le prepararé la cama…

Largos mechones de color castaño iban cayendo sobre sus hombros; eran ondulados y abundantes, y cada uno significaba una nueva pincelada, un nuevo rasgo, profundo y misterioso: vi ante mis ojos una personalidad trasmutándose; la nueva era enigmática como un fondo marino; no sabía qué iba a surgir después de la caída de cada rulo. Por fin levantó la cabeza y se quitó los últimos bigudíes mirándome a los ojos con serenidad, todo su rubor había desaparecido.

—Me gustaría hablar con su prima —le dije procurando no traicionarme con otro tono demasiado impersonal—, si está dispuesta a escucharme sin sacarme las uñas. ¿Hace mucho que duerme?

—No. Oh, ella también quiere hablar con usted —su voz también había sufrido una metamorfosis, ahora era firme y grave, como si toda ella hubiera encontrado algo muy sólido donde aferrase—. Está cambiada, ha comprendido que es una locura lo que ha hecho —dejó los rulos y las horquillas sobre el sofá—. Voy a prepararle el dormitorio.

Sin olvidarse de las bayetas, se deslizó sobre el *parquet* como una libélula. Pero no todo debía ser seguridad en ella, porque una de sus

caderas rozó un sillón y luego tuvo que corregir el rumbo para enfilar la puerta.

Me mantuve sentado, con la copa delante, sin oír nada; hasta que decidí levantarme y embarcar en mis deslizadores para darle un repaso a la estancia.

Tratando de lograr una ubicación armoniosa había repartido por las paredes unas cuantas litografías francesas cuidadosamente enmarcadas. Uno de los cromos se titulaba «*Femme et éponge*» y era un desnudo. Para mi sorpresa descubrí que la modelo era mi anfitriona; tenía una esponja en la mano y estaba de pie dentro de una artesa con agua, doblada por la cintura mostrando al público unas espléndidas posaderas blancas. Entre las dos ventanas había un mueble librería con un reluciente juego de té detrás de la vitrina, y tres tomos de una enciclopedia de un club de lectores, de las que abarcan todo el conocimiento de la humanidad hasta nuestros días.

Crucé el pasillo y me acerqué a la puerta de la calle. Mi oreja auscultó la puerta durante unos segundos. Silencio absoluto que me permitió regresar tranquilo al salón.

La oí acercarse. Yo estaba junto a la puerta. Cuando llegó se detuvo al encontrarse conmigo.

—Ah. Ya está.

Mi mano buscó su cinturón para atraerla hacia mí borrando el espacio entre los dos. Se dejó arrastrar sin oponer resistencia. Pasé mi brazo de acero por su cintura y apreté mis labios contra los suyos. Un cálido torbellino nos envolvió a los dos. Sentí su cuerpo relajándose y sus manos ascendiendo por mis brazos hasta aferrarse firmemente a mi cuello.

El segundo beso del día. Este sabía a pan recién sacado del horno, a corte de baraja sobre mesa camilla y a templados edredones. Durante mucho tiempo iba a padecer insomnio tratando de aislar tantos sabores.

LA PELÍCULA SE CORTÓ y se encendieron las luces cuando una voz femenina se dejó oír al fondo del pasillo:

—¿Elvi, quién es?

Elvi se soltó de mi abrazo alejándose corriendo para desaparecer por una puerta. Era la segunda interrupción del día, como en los bailes de fin de curso del Instituto. Surgiendo de la oscuridad apareció Cabeza Hueca, con la mirada puesta en mí, algo perdida.

—¿Y Elvi?

—Ha desaparecido.

—Discúlpeme… —continuó escudriñándome hasta que pareció reconocerme. Añadió—: Es usted…

Ferreol, en carne y hueso. Me tocó el brazo con la punta de los dedos.

—Le he estado buscando… Quería… Quiero hablarle…

Su pelo, lacio y sin brillo, se pegaba ahora a su cráneo; parecía veinte años mayor. Apenas se le marcaban las cejas y sus ojos eran puntitos opacos en un rostro marfileño que parecía traído a regañadientes del más allá.

—Creo… Creo que le debo una disculpa… —continuó—. Por lo de la otra noche… Me parece que no… me comporté debidamente…

—Olvídelo. ¿Cómo se encuentra?

—Regular…

Permanecimos allí, sin movernos, junto a la puerta del salón, esperando a ver quién se despedía primero o quién invitaba al otro a sentarse. De pronto su rostro se iluminó forzadamente.

—¿Su nombre es… Ferreol, verdad?

—Sí.

—Ferreol… Algo por lo que quería verle… Se trata de la agencia… Me gustaría que usted continuara haciéndose cargo de ella… Pienso seguir con el negocio… Quizás esto le suene un poco precipitado, pero en realidad es mi única fuente de ingresos. Como ve le soy sincera… Puede, si quiere, tomar otro auxiliar, lo dejo a su criterio…

—Se necesita título para llevar una agencia. Aunque quisiera no podría.

Agitó la mano negando sin dejarme terminar.

—Lo sé, lo sé. Tengo alguien que nos ayudará… Un compañero de mi marido está dispuesto a poner la agencia a su nombre… No tiene que tomar una decisión precipitada, podemos discutir con calma las condiciones.

—Lo siento, pero dejo la ciudad.
—¿Deja la ciudad?
—Sí.
—¿Pero por qué?
—Me iré dentro de un par de días. Pondré los asuntos de la oficina en orden y le daré las llaves.
Se quedó mirándome a los ojos, despejándose, ganando aplomo, como si acabara de recordar que todavía guardaba en la recámara algunos recursos de seducción; luego apartó la mirada con un pequeño mohín coqueto de disgusto.
—Siento que no acepte… —Me miró de nuevo—. Le ruego que lo piense mejor… El sueldo… Correspondería a sus responsabilidades… Piénselo… —Jugaba fuerte al entrecerrar los ojos. Añadió—: su negativa sería un trastorno muy grave para mí…
—Lo siento.
Trató de sonreír, pero solo consiguió una mueca. Volvió a intentarlo y le salió mejor. Me cogió un botón de la camisa, jugueteó con él acariciándolo con la yema de los dedos, luego se acercó hasta que su cabeza estuvo debajo de mi barbilla, levantó la mirada con los ojos entornados y me habló en un tono bajo y cálido.
—Querrá creer que todavía me gusta jugar a las muñecas.
Pero yo había superado ya la edad, así que el truco le falló. Me había invitado a dar el próximo paso, y fue lo que hice, pero en otro sentido. Le quité la mano del botón mirándola a los ojos, sin responder. No sirvió para que se diera por enterada, sonrió abiertamente dándome un golpecito en el brazo.
—Mañana, mañana hablaremos. Consúltelo con la almohada, hágame ese favor —puso su mejor tono íntimo para despedirse—: Hasta mañana…
Me echó la última sonrisa antes de desaparecer al fondo del pasillo.
Regresé al sillón. Durante unos minutos estuve apurando la copa a pequeños sorbos y fumando. Tuve la sensación de estar flotando en un mar de gelatina.
De tarde en tarde se oía en las dársenas el eco de una sirena como una llamada de socorro. A veces creí que era mi propia voz. Cuando terminé la bebida me levanté, busqué mi dormitorio y me

metí en la cama.

Me desperté a las siete. Me duché sin hacer demasiado ruido y escribí una nota de despedida que dejé sobre la mesa del salón antes de marcharme.

Nada a la derecha, nada a la izquierda cuando salí a la calle y miré en ambas direcciones. Comprobado que no había en el decorado ninguna cachiporra tratando de dormirme, me encaminé en busca del coche.

27

CONDUJE HACIA LA OFICINA. Era domingo. Crucé por las calles de siempre, calles amigas: dos semanas pateándolas y ya me sentía como si la mitad de mi vida hubiera transcurrido en ellas. Me detuve en un quiosco para comprar el periódico dominical. Alguien en alguna parte había sentenciado que el animal más agresivo, después del hombre, era la paloma. Me cuidaría mucho, de ahora en adelante, de darle nunca la espalda a una paloma.

La cúpula gris, monótona y uniforme, continuaba ceñuda sobre nosotros. La lluvia había concedido una tregua y solo algunas gotas arrastradas por el viento iban a estrellarse contra el parabrisas. Eché un vistazo al retrovisor, pero no vi ningún transeúnte ni coche en toda la calle, camino de las montañas o de la playa. No era día de campo, era día de mesa camilla y de julepe. Tuve la sensación de no haber oído la alarma que había encerrado a todo el mundo dentro de sus casas.

Evité la avenida de Luzarra, tomando la carretera de servicio que discurría paralela a las dársenas. De pronto, la lluvia, aprovechando el factor sorpresa, se reavivó con fuerza como si se hubiera decidido, esta vez de veras, a convertir en barro los últimos edificios que quedaban en pie.

Algunos pescadores de mules, a lo largo de los muelles, metidos en chubasqueros, hacían guardia junto a las cañas. La bahía era solo una lámina grisácea con un reflejo plateado hacia Malaespera. Los barcos parecían también abandonados. Las planchas de las bodegas estaban echadas y no se veía a ningún marinero en la regala o cepillando el casco. Algunos pescadores repasaban las pequeñas

motoras amarradas a la rampa. Un hombre sin piernas, ajeno al agua que caía, se desplazaba con el solo impulso de sus brazos, a pequeños saltos sobre las losas encharcadas. Un bando de palomas levantó el vuelo bajo la lluvia, cruzando el muelle para posarse en la cúpula de un silo. Una pandilla de chicos, armados con escopetas de perdigones, acababa de saltar la alambrada del mismo silo. Una radio daba la noticia de un secuestro. Las gaviotas, suspendidas en el aire, acechaban a los mules; los mules acechaban a su vez a los panchos que habían venido a comer la porquería de los desagües.

Dejé el coche y crucé la calle.

Las paredes del portal rezumaban humedad. El posamanos había perdido su bruñido y se movía más que nunca. También la luz de la claraboya era más cenicienta que nunca. Pensé que aquella impresión se debía a que era domingo. Las cosas se ven diferentes en domingo. Me detuve cuando acababa de salvar el primer tramo de escalera. Había algo en el ambiente que no era habitual, además de la humedad intensa y de que fuera domingo; no comprendía de qué se trataba, pero parecía flotar en el aire. Eché una mirada hacia el rellano del primer piso, pero, desde mi posición, a través de los barrotes, solo veía la parte superior de la puerta de la agencia. Parecía cerrada y no se veía nada fuera de lugar en ella. Tampoco había nada anormal en los escalones, o en la barandilla de barrotes negros, o en las paredes con manchas oscuras, o en el olor a lejía y asperón; todo marchaba bien, salvo que la sensación de que aquello no era cierto se había acentuado.

Continué la subida y al llegar al rellano lo vi, y mis ojos se quedaron clavados allí, ignorando el resto del entorno. Era en la puerta. A media altura, bien visible, había un par de muescas que hacían resaltar la madera blanca sobre la pintura verde. Alguien había estado trabajando en ella con una palanca. Salvé los peldaños que me faltaban hasta el rellano. Me acerqué y, durante unos segundos, estuve observando aquella chapuza. La puerta parecía cerrada. La empujé con los dedos y se abrió unos centímetros, suavemente. El interior estaba a oscuras, pero recordé que la tarde anterior había dejado echadas las persianas. Abrí del todo sin cruzar el vano.

A LA LUZ DE LA CLARABOYA que se filtraba a mi espalda había esperado encontrar algún desorden, pero no había desorden, porque no se podía llamar desorden a que todo estuviera fuera de lugar, a que hubieran cambiado cuidadosamente de ubicación todos los muebles con alguna finalidad que a mí de momento se me escapaba: así, mi mesa ocupaba el centro de la habitación, el archivador grande estaba contra la pared opuesta, las dos sillas se alineaban enfrente de la mesa y, sobre esta y las sillas, había unas cuantas pilas de expedientes sacados del segundo archivador que había ido a parar al rincón a la derecha del perchero. La otra puerta estaba cerrada. Parecía como si el artífice de la palanca le hubiera dado un repaso ordenado y cuidadoso a la oficina, sin preocuparse de borrar sus huellas. Avancé un par de pasos y, un segundo después, sentí algo duro y punzante como el cañón de una pistola apretándome las costillas.

—Ni respires.

Me detuve.

—Levanta las zarpas, gato con botas.

Las «órdenes» las daba una voz aguda que provenía del nivel de mis omoplatos, como si al que me encañonara se le hubieran hundido las tablas del suelo bajo los pies.

Entonces aparecieron. Silenciosos, inconcretos, como espectros condensados en el aire. Surgieron de detrás del archivador y del armario, se incorporaron y se movieron lentamente, con las miradas puestas en mí. La débil luz que se filtraba por la puerta hacía muy imprecisas sus imágenes, como figuras de un duermevela. El primero en hablar fue Monzón:

—Subid las persianas —dijo, flotando hacia la puerta.

Llevaba la misma gabardina beige de hacía un par de días, y su tez no había perdido su peculiar tono amarillento. El brillo de sus ojos mostraba la habitual mezcla de frialdad y displicencia. El policía delgado y silencioso, ayudado por el gordo que me había dejado sin respiración en la comisaría, se habían apresurado a cumplir la orden. Un tercer personaje se situó detrás de Monzón. Al principio su pelo blanco me hizo suponer que se trataría de alguien importante, pero en seguida vi que se trataba de un albino, de

pestañas y cejas blancas y ojos rosados de mirada vacilante. La habitación se había llenado de luz. El albino había levantado el brazo protegiéndose los ojos. Las cuatro sombras se hicieron reales, como la presión que seguían soportando mis riñones. Monzón se detuvo cerca de la puerta, con la mirada cansina puesta en mí y los párpados un poco entornados. Había otro visitante junto al archivador, no le había visto hasta entonces; era un tipo calvo y menudo, gafoso, metido en un traje marrón sin arrugas; tenía una expresión tímida y estaba sudando por la calva. Evidentemente no formaba parte del cuadro y parecía desear encontrarse fuera de él. El objeto duro y punzante apretó de nuevo mis costillas.

—Camina hasta que te de bien la luz, gato con botas.

La voz continuaba emergiendo baja, el que me encañonaba se encontraba a gusto en el hoyo. Eché un vistazo sobre mi hombro, sin volverme, y mis ojos recorrieron medio despacho sin encontrarle; solo le localicé cuando eché la vista abajo. Lo que vi no mediría más de un metro cuarenta; tenía el pelo rojizo, pulcramente peinado a raya, y un mentón adornado con una barbita roja terminada en punta. Recordé a aquel tipo: hacía un par de noches le había visto en la barra de un club bebiendo zarzaparrilla; se llamaba don José Mari y no era un niño, tenía treinta y cinco años. Apretaba con fuerza la pistola contra mi espalda temiendo verse arrastrado por la corriente.

Monzón le hizo una seña al albino.

—Mírale a ver.

El albino se acercó, guiñando los ojos, y comenzó a cachearme concienzudamente. El espigado y el gordo hicieron corro.

—No los tiene —dijo el albino cuando hubo terminado, dando la espalda con alivio a los ventanales.

Monzón no comentó nada, se limitó a calentar el borde de la mesa con el trasero, sacando la cajetilla.

—Baja las manos —me ordenó mientras atornillaba un pitillo a su jeta, sin ofrecer a nadie. Luego me preguntó—: ¿Qué haces aquí?

Avancé un par de pasos para descargar la presión de la pistola.

—Nada de tonterías —me advirtió don José Mari a mi espalda con voz de truhán—. Tocan a muerto y tengo muy buen oído.

—He venido a echar un vistazo —dije—. ¿Y vosotros?

—Nosotros estamos trabajando —respondió don José Mari por

Monzón, riéndose, saliendo de mi espalda mientras guardaba la artillería en la sobaquera—. Hasta los domingos currelamos, no tenemos la suerte de los chupatintas.

Los otros me miraron con sorna. El albino se hacía pantalla en los ojos con la mano.

—Contesta —Monzón no sonreía—. ¿Qué estás haciendo aquí?

No le respondí. Desvié la mirada hacia el hombre calvo con traje de domingo que permanecía junto al archivador, contemplando la escena muy encogido. Monzón volvió a hablar elevando ahora un poco el tono:

—¿No estabas despedido?

Paseé la vista por los otros antes de clavarla en él. Pensé en la táctica a seguir y, como siempre, recurrí al estoicismo, el último traje que colgaba en mi perchero.

—¿Cómo lo sabes?

—Mejor que hayas venido —dijo, quitándose una hebra de los labios. Dio una calada y echó humo, añadiendo cuando hubo vaciado los pulmones—: así nos ahorrarás tiempo —volvió la cabeza hacia el calvo—. Puede marcharse.

EL CALVO PERMANECIÓ INDECISO un instante, sin comprender; luego se encaminó rápido hacia la puerta.

—Espere —le dije—, no se vaya todavía.

Acababa de intuir algo. Aquel hombre no pertenecía al clan, era evidente, sería un testigo; era un obstáculo si se querían pasar de la raya, ellos no podían permitir que sus actuaciones trascendieran demasiado. No iba a tolerar más punterazos en mis costillas. El oficinista se detuvo junto a la puerta, mirándome dudoso.

—Quiero preguntarle algo —añadí—, y tengo que resolver un par de cosas aquí —miré a Monzón y luego me volví hacia el hombre—: ¿Conocía usted al señor Lillo?

Los del clan no se habían movido, tomados quizás un poco de sorpresa. La calva del hombre brillaba; necesitó un par de segundos para asimilar la pregunta; por fin afirmó con la cabeza.

—¿Sabe que murió?

—Sí… Sí, señor…

Me acerqué a él y le ofrecí de mi cajetilla; cogió un pitillo con la mano temblorosa.

—Seguramente ha oído decir que se ha suicidado —continué—; fue lo que yo también oí… Pero yo vi el cadáver, tenía un disparo en la barbilla que le atravesaba la cabeza —le di fuego y regresé al centro del corro sin dejar de hablar y mirando a Monzón a los ojos —. Yo conocía al señor Lillo también, y no creo que fuera capaz de suicidarse. Le vi un par de horas antes y parecía contento. Estuvimos charlando sobre la pesca de la lubina… Usted que también le conocía, ¿qué opina sobre las circunstancias de su muerte?

Esperamos durante unos segundos la respuesta del calvo, pero esta no llegó.

—Yo creo —dije por él— que fue asesinado. ¿Sabe por qué…? Porque tenía las pruebas de un fraude, un gran fraude en el que está complicada gente importante de esta ciudad… Todo se reducía a una falsificación de documentos, una licencia de importación… Lillo había falsificado esa licencia presionado por su mujer —mi mirada seguía puesta en Monzón; la charla, evidentemente, iba dedicada a él. Continué—: Ella es algo ligera de cascos y no resulta difícil de convencer… Pero cometieron un error al permitir que ella le abandonara. Lillo entonces ya no tenía nada que perder, al contrario, pensaba arrojarse al vacío arrastrando a todos detrás… La otra tarde reunió las pruebas y se disponía a llevárselas a alguien. Entonces le mataron… —Me volví hacia el hombre—. Es a causa de esas pruebas por lo que le han traído aquí, para que las encuentre; usted es un experto, ellos no sabrían distinguirlas entre tantos papeles aparentemente iguales… Hay también unos certificados de laboratorio y una licencia de exportación. Pero no están aquí… —Me volví hacia Monzón—. Los tengo yo, escondidos…

Solo se oía el sonido de los coches en la calle; todas las miradas estaban clavadas en mí. Fingí de nuevo dirigirme al oficinista.

—¿Sabe usted quién le mató?

El hombre estaba a punto de derrumbarse. Los del clan continuaban tensos, al acecho, pensando quizás en la puerta que habían forzado y en la presencia de aquel testigo. El único

indiferente parecía Monzón; fumaba tranquilo, como si mis palabras le llegaran a través del tabique. El silencio se prolongó durante medio minuto. De pronto Monzón se volvió hacia el calvo.

—Váyase.

EL OFICINISTA

TARDÓ un par de segundos en comprender. Luego dio media vuelta y se encaminó hacia la puerta. Don José Mari me guiñó un ojo.

—Buen discurso. Estoy impaciente por saber qué hay dentro de esa cabeza.

Aquellas palabras produjeron el milagro de frenar en seco la marcha del oficinista cuando tenía la mano en el pomo de la puerta. Todas las miradas se volvieron hacia él. El hombre giró la cabeza y me miró. De sus ojos surgió una mano tendida, una mano blanca y gordezuela, pero que parecía obstinada. Retrocedió un paso, cerró la puerta a su espalda y se quedó mirando hacia el suelo con los puños apretados. Hubo un intercambio de miradas a mi alrededor.

—Váyase —le dije. Ya no le necesitaba y no quería verle mezclado en el asunto—. Gracias por esperarme. Váyase.

No se movió. Levantó la mirada, tenía los labios apretados y había palidecido. El gordo y el larguirucho dieron un par de pasos mirando a Monzón.

—Lárguese —le ordené.

Pero continuó clavado en el suelo, con sus amorcillados nudillos blancos como la cera. Monzón hizo una seña al espigado y al gordo. Los dos policías fueron donde el oficinista, le engancharon de los brazos y abrieron la puerta arrastrándole hasta el pasillo. El calvo adoptó la táctica del peso muerto, dejando las piernas flojas. La puerta se cerró a su espalda. Escuchamos las pisadas en la escalera; de pronto estas se hicieron atropelladas y confusas; oímos un golpe sordo y seco, seguido por el de unos zapatos arrastrados hasta la calle. Cuando retornó el silencio Monzón le hizo una seña al albino; este sacó una pistola y la empuñó por el cañón mientras se acercaba a mí, entornando los párpados, molesto todavía por la luz a pesar de tener los ventanales a su espalda. Don José Mari se movió

también fuera de mi campo visual. La culata de la pistola golpeaba la palma del albino; se había detenido enfrente de mí, a un metro de distancia, abriendo los párpados con esfuerzo, mostrando sus ojos glaucos mientras estudiaba como un experto los puntos débiles de mi rostro. Yo sabía que a partir de entonces podía esperar la llegada del culatazo en cualquier momento. Sabía que iba a ser como un relámpago y sabía también cómo iba a ser la segunda parte. Ya había pasado por aquello y el recuerdo me erizó el vello de los brazos. Había tocado fondo y me estaba diciendo que aquel era el punto cero: podía escoger solo una senda. Sentí mis músculos tensándose dispuestos a la lucha. Mi cuerpo apoyó todo su peso sobre la pierna izquierda, dejando floja la derecha y crispando los dedos de las manos. El albino había clavado su mirada en mis ojos y estaba levantando la pistola cogida por el cañón. Solo décimas de segundo. O él o yo. Los dos perdimos la mano porque sonó el teléfono. La escena se paralizó. El timbre continuó sonando, sin cambiar de ritmo, ajeno a mi pequeño problema. El albino miró a Monzón sin bajar la pistola. Este hizo una seña a don José Mari y oí al enano a mi espalda dirigiéndose a toda prisa hacia el otro despacho, seguido por la mirada de Monzón. Le oímos descolgar el teléfono y responder a la llamada:

—¿Quién…? Sí… Sí… Yo… Soy José Mari, el Alemán… Sí… Aquí está… Sí…

Oímos cómo dejaba el teléfono sobre la mesa y regresaba al despacho. Se acercó a Monzón.

—Él —dijo, inclinando la cabeza en mi dirección.

Monzón lo pensó; luego me indicó el otro despacho con la barbilla. Fui hacia allí. Antes de coger el teléfono oí a don José Mari cuchicheándole algo a Monzón.

—¿Sí?

—¿Ferreol?

Era una voz de hombre, grave, autoritaria, el conocido tono con el que todo el mundo me hablaba aquellos días. Estaba tan cansado de él que dejé escapar una especie de gallo al responder.

—Soy yo.

—Le habla Amílcar Oña, el vicepresidente de Urbano-Ponce. Nos está usted causando algunos trastornos. Quiero verle.

La vieja historia, quejas contra Ramón Ferreol, ese buscalíos.

¿Que le han pegado un tiro a un hombrecillo en unas obras? ¿Y qué?, eso ocurre todos los días, buen hombre; déjelo correr; pero no nos gustan los comportamientos turbios en nuestros asuntos, tenemos una reputación que defender, piense en nuestro hijos, Ferreol.

—¿El vicepresidente? Demasiado tarde, ayer hablé con el presidente. ¿Qué tal se encuentra?

—Déjese de idioteces. Escuche. Voy a terminar con esto de una vez. ¿Me oye? Tengo otros asuntos más importantes que los problemas que nos causa usted.

—¿Para resolver también en domingo?

—Le estaré esperando. Venga aquí y hablaremos.

—No soy el único que crea problemas, Oña. Precisamente acaba de interrumpir uno del que soy ajeno… —Vi a Monzón aparecer en el vano de la puerta—. ¿Dónde decías que íbamos a tomar esas copas, Amílcar?

—Aquí, en mi casa.

—¿Tienes una dirección?

—Avenida Torres Malpicán, junto a la playa.

—No cuelgues —hice una pequeña pausa y hablé mirando hacia Monzón—. Hay aquí unos cuantos policías, un tal Monzón y dos más; están buscando ciertos papeles, ponen mucho interés en conseguirlos. ¿Los conoces?

Se produjo un silencio significativo; por fin habló:

—Le estaré esperando.

Colgamos.

Me volví al policía.

—No le ha gustado esa pregunta.

Sostuvo mi mirada. No pestañeó cuando crucé a su lado. Atravesé el despacho hasta la puerta de la calle. Me volví con la mano en el pomo. Monzón se había detenido en el otro vano.

—Voy a charlar un poco con vuestro jefe —dije—. Lo mejor que podéis hacer es volver a casa. Es domingo. ¿Por qué no sacáis un poco a los chicos? Todos sabemos lo mal que andan de tiempo los policías; aprovechad, comportaros por una vez como si fuerais chupatintas.

Don José Mari vino hacia mí con una mano apoyada en la cadera, sonriendo, como se le sonríe a un muerto que ha abierto los

ojos en el velatorio. Se encaró conmigo.

—Volveremos a vernos, chupatintas. Quiero tener una charla a solas contigo.

—¿Don José Mari el Alemán, no?

—Eso es. Don José Mari el Alemán; grábatelo bien.

Tiré del pomo y salí.

28

UNA LLAMADA A TIEMPO y una nueva figura en escena. Había papel para todos en aquella representación; papeles importantes, eh, nada de frasecitas estilo ¿Ha llamado la señora? o ¿A qué hora cenará el señor?, no, parrafadas de primera como, Ferreol, nos está usted causando muchos problemas y ya estamos hartos; venga aquí, salga de la ciudad, siéntese, levántese, cómprese un traje nuevo… Esperaba que el personaje Amílcar Oña no tratara de echarme la soga al cuello como los otros. Lo que había oído a través del auricular había sido una voz de tono imperativo, pero, por una vez, esa prepotencia me había parecido genuina, reconfortante después de escuchar a tanto gallito peleón tratando de asustar a los demás.

Comprendí que yo debía ser una especie de fulminante que había puesto en marcha un mecanismo cuyas dimensiones se me escapan, y solo veía una parte ínfima de todo el asunto. No podía ser suficiente lo que le había soltado a Monzón, el nerviosismo había llegado a esferas demasiado altas. Recordé aquellas fiestas de pueblo, de noche, con los fuegos artificiales encendidos y un niño corriendo entre los palos dejando que las chispas le cayeran encima. Aquel niño era yo. Ah, eran otros tiempos. Entonces tenía cinco novias. Dicen que los adultos viven tratando de recuperar la infancia perdida. Yo debía ser todo un prototipo. Un gran remolino me estaba absorbiendo sin que yo hiciera nada por escaparme de él.

Ahora llovía con insistencia. Las paredes de los edificios mostraban grandes manchas de humedad; los viandantes se cubrían con paraguas y caminaban con la vista en el pavimento, derrotados por la lluvia.

La calle donde me dirigía era una carreterita asfaltada, flanqueada a ambos lados por los setos de un club deportivo. Descendía hacia el mar. Sobre la gran mancha, al fondo, de un azul blanquecino, se deslizaba la mole alargada de un butanero que estaría buscando, a través de la densa cortina de agua, la entrada de la bahía. El seto terminaba rematado por un camelio, doblaba a la derecha y se perdía por una callecita prisionera también del asfalto. Después había un muro de ladrillo con una puerta de forja, con el número 27 repetido en azulejos sobre dos pilares. Era la última mansión antes de la playa. Dejé el coche enfrente de la puerta, me subí el cuello de la gabardina y me refugié debajo del tejadillo que protegía los barrotes negros. Pulsé el timbre. En seguida se abrió la puerta de la casa y vi venir, por un caminito de losas, a una mujer de moño gris y hábito marrón, cubriéndose con un gran paraguas.

Abrió la cancela sin preguntarme nada.

—Pase usted.

Colocó el paraguas sobre mi cabeza acogiéndome como a un polluelo extraviado. Cruzamos el jardín saltando sobre las losas. A la izquierda había una piscina en forma de pera o de as de corazones, tendría que conocer al dueño para conocer cuál era su idea, con el agua verde agitada por la lluvia; al otro lado se veía una pérgola con una enredadera seca y árboles.

La casa tenía una sola planta, con mucha madera a la vista. Subimos cuatro escalones y la mujer empujó la puerta dejándome entrar. Metió el paraguas en el paragüero y me cogió la gabardina; luego me hizo pasar a un enorme salón con una chimenea tan grande como para echar la siesta en ella y un gran ventanal donde asomaban las ramas de un lauro. Al fondo de la estancia, a la luz de una lámpara de pie, un individuo se estaba observando el fondo de la garganta en un espejito que sostenía en la mano derecha. Tenía anchos hombros y vestía un batín granate fuertemente cinchado. Durante unos segundos permanecimos en silencio. El individuo inclinó la cabeza para que la luz de la lámpara iluminara bien toda su boca, moviendo el espejito delante de la oquedad casi con furia, como si adentro hubiera un gnomo burlándose de él sin dejarse enfocar. Por fin cerró la boca, guardó el espejito y se volvió hacia mí, mirándome con un rostro del que se podrían tallar unas cuantas piedras de molino.

—¿Ferreol?

—Sí.

—Todas las cosas tienen un precio. Espero que estará de acuerdo conmigo. Lo está.

Tal voz para tal aspecto. Era Amílcar Oña. Nada de andarse por las ramas con el chiquilicuatro Ferreol. Nada de esperar respuestas: dio media vuelta y se acercó a una mesa. Sacó un talonario y rellenó un cheque. Luego regresó donde yo estaba y me lo tendió.

—Es suficiente.

Por el tono cortante con el que terminaba las frases parecía acostumbrado a no escuchar réplicas. Sin embargo, a pesar de la seguridad absoluta que parecía querer hacer trascender de sus palabras y modales, había algo de teatral en aquella oferta. No cogí el cheque ni siquiera lo miré. Le miré a él.

—¿Qué quiere comprar con tanto dinero?

—Los papeles —acentuó la dureza de su mirada—. Usted nos está causando muchas molestias, cójalo.

Me alargó de nuevo el cheque, pero yo continué ignorándolo.

—¿Molestias?

—De todo tipo —dijo—. Esos documentos han caído casualmente en sus manos. Nosotros, por pequeño que pueda ser el perjuicio, si podemos evitarlo lo hacemos. Estamos decididos a terminar con esto… Esos papeles no pueden tener interés para nadie, salvo para un chantajista —me miró al fondo de los ojos tratando de descubrir allí media docena de chantajistas agazapados —. Pero si cayeran en manos de un chantajista el trabajo no le iba a resultar fácil porque nosotros no transigimos. Le he hecho una oferta, acéptela y el negocio habrá terminado.

—Yo pienso que el negocio acaba de empezar. Usted habla de papeles, pero no es la historia de esos papeles lo que a mí me interesa, quiero algo más…

No frunció el ceño porque lo tenía fruncido desde el principio de la entrevista.

—Quiero saber quién mató a Lillo y por qué.

Los músculos de la mandíbula se le tensaron.

—Esa es una historia en la que nosotros no estamos interesados.

—¿No?

Por primera vez movió los ojos hacia el vacío; luego los dirigió

de nuevo hacia mí.

—El señor Lillo trabajaba para nosotros, pero no era el único agente que lo hacía, hay mucha gente trabajando para nosotros.

—¿Monzón, por ejemplo?

Iba a responderme cuando la puerta se abrió entrando en la habitación una mujer que hizo que me sintiera de pronto envuelto en llamas.

ASÍ QUE ERA ALLÍ DONDE VIVÍA. De nuevo aparecía, sin tarjeta de visita, como siempre. Una corriente de alto voltaje me recorrió el espinazo cuando la vi avanzar hacia el centro de la estancia, un poco desconcertada, como si hubiera abierto la puerta buscando un rincón donde encontrarse a solas y nuestra presencia la hubiera sorprendido. Llevaba una chaqueta *blazer*; su pelo rojo intenso lo llevaba recogido como la última vez cuando la había visto saliendo del edificio Leiva, con una cinta de terciopelo negro, bien tirante hacia atrás. Oña la miró y me pareció que su expresión se dulcificada mucho. Ella también le miró a él.

—Perdona; creí que no había nadie…

—Estamos terminando.

Se volvieron hacia mí y Oña me presentó. Era su mujer. Nos dimos la mano, prolongando ella su sonrisa. Tenía dientes pequeños y ojos avellanados, de mirar alerta.

Algo en ella me había pasado inadvertido hasta entonces, y era, en el lado derecho de su rostro, desde la base del cuello hasta el centro de la mejilla, a la altura del lóbulo, el tono rosa intenso con un brillo metálico de su piel, como la impronta de una vieja quemadura que hubiera dejado su marca permanente sobre su rostro. Aquel estigma podía producir perplejidad al contemplarlo, sin que hiciera desmerecer su belleza, añadiendo a su rostro un rasgo enigmático.

—Perdone —se disculpó conmigo, volviéndose hacia su marido—. ¿Vas a salir?

Oña la cogió del codo convirtiéndose en algo humano.

—Sí; dame un minuto.

—Te espero —me miró sonriendo—. ¿Le han ofrecido algo de beber, señor Ferreol?

—No, gracias; es demasiado pronto.

Sintaxis de vocales arrastrando aspereza, sin que yo pudiera adivinar qué lengua con las vocales sin madurar era la suya.

Me sonrió de nuevo, mecánicamente, y salió.

—Bien, Ferreol —dijo Oña endureciendo el gesto para alcanzar el estado de ánimo tipo Barbarroja habitual en él—. Tiene hasta las siete para pensarlo. Llámeme si cambia de parecer.

—¿Qué sucederá si no lo hago?

—Aténgase a las consecuencias —se dirigió hacia la puerta; cuando empuñó el pomo se volvió—. Podemos ser muy duros.

—Lo sé. Han dado muestras de ello.

—Mejor aún. Buenos días.

La mujer del hábito me condujo de nuevo hasta el recibidor. Me estaba poniendo la gabardina cuando apareció ella. Ahora llevaba un impermeable amarillo sobre la chaqueta *blazer*.

—Gracias, Ana —dijo a la mujer—. Yo acompañaré a este señor.

Se quedó durante unos segundos con la mirada en suspenso, atenta a los sonidos de la casa. Cogió el paraguas y abrió la puerta. Yo le quité el paraguas de la mano.

—Quiero hablar con usted —dijo bajando la voz y cerrando la puerta a nuestra espalda. Esperó a que hubiéramos descendido la escalera para continuar en un tono casi inaudible—. Estoy asustada…

Su acento era centroeuropeo. La lluvia había formado pequeños charcos entre las losas. Antes de iniciar la travesía la miré, estaba muy pálida; la quemadura, de un rosa intenso, resaltaba sobre su piel. Volvió sus ojos hacia la casa, temerosa.

—¿Cómo se hizo eso? —le pregunté tratando de desviar sus pensamientos.

Me miró desconcertada.

—¿Cómo? ¿Qué dice…? —De pronto cayó en la cuenta y se llevó la mano a la mejilla—. Ah, es una quemadura, me quemé cuando era niña…

Ya estábamos sobre las losas.

—¿De dónde es?

De nuevo pareció sorprendida.

—¿Cómo? ¿De dónde soy? —se sonrió—. Sí… Soy austríaca… Judía…

—¿Está asustada?

—Sí —echó otra rápida mirada sobre su hombro; luego volvió a ponerla sobre las losas—. Yo conocía al señor Lillo… Fui yo quien le puso sobre aviso… Descubrí las falsificaciones y se lo dije… Era ella, Deli, quien cambiaba los papeles, pero él era incapaz de perjudicarle en nada…

A veces nos separábamos un poco pisando losas diferentes, y entonces tenía que estirar el brazo para que no se mojara; otras veces coincidíamos en la misma losa y entonces sentía agua tibia corriendo por mi espinazo. De modo que era Cabeza Hueca quien cambiaba los papeles, humm, entonces todo encajaba mejor. Había llegado a pensar que ella solo era el cebo para chantajear a Lillo. Toda la historia era un chantaje, en definitiva.

—Me siento culpable —continuó—, nunca pude suponer que llegarían tan lejos… ¿Usted era su amigo, verdad?

—Sí. Amigo de pesca. ¿Por qué se siente culpable? Hizo lo que pudo poniéndole sobre aviso.

Negó con la cabeza.

—Flaco Vidal… Es mi… hermano…

Me detuve.

—¿Su hermano? ¿Austriaco también?

—Sí… En realidad su nombre es…, era, Fergus… Cuando mis padres emigraron a la Argentina cambiaron sus nombres, aunque era ya innecesario… Mis padres han fallecido… Se arruinaron… Un hermano de mi padre arruinó a toda la familia… Yo había conocido a Amílcar en Buenos Aires y… Ya ve —su voz se quebró—. Tenía que pensar en Fergus…

Ferreol, la sólida roca en medio de la corriente a la que todo el mundo se aferraba, aunque solo fuera para hacerle confidencias. Acababan de confiarme alguno de esos pliegues del pasado que solo se revelan en melancólicas veladas lluviosas a los amigos de siempre; pero, pensé, la soledad hace locuaces a las personas. Y aquella mujer parecía muy sola.

—Ya veo… La hermana mayor que se siente responsable de los malos pasos del menor.

—Si quiere interpretarlo así…

—No he querido herir sus sentimientos.

HABÍAMOS LLEGADO A LA PUERTA. Allí nos detuvimos. Me cogió del brazo mirándome a los ojos, como tratando de convencerme de algo muy importante

—Yo le presenté a Deli, la mujer de Lillo… Éramos amigas. Fergus me pidió con mucha insistencia que se la presentara. Yo no sabía entonces qué pretendían. Luego, poco a poco, he ido comprendiendo… —Me apretó el brazo—. No podía imaginar lo que iba a suceder…

Un coche cruzó la calle remontando la colina, levantando una cortina de agua.

—Le cuento todo esto —continuó tratando de darle consistencia a su explicación— porque ellos están furiosos con usted; usted les ha sacado de quicio y yo no quiero que la historia de Lillo se repita…

—¿Cree que lo asesinaron?

—Estoy segura… —Me miró—. Es todo lo que puedo hacer. Tenga cuidado, se lo ruego…

Abrí la puerta.

—Descuide, lo tendré. ¿Sabe quién lo hizo?

Movió la cabeza.

—No estoy segura, creo que ha sido ese policía… —De nuevo me cogió del brazo—. Mi marido…, él se sintió muy afectado cuando lo supo…

—¿Y qué hizo? ¿Se castigó mirando la pared?

Aquello pareció decepcionarla, la vi replegándose en sí misma, toda ella alerta, como si debajo de la envoltura hubiera encontrado algo viejo y feo. El tono de su voz se volvió neutro:

—Mi marido no es lo que parece, Ferreol; él es un hombre de sentimientos, aunque la lucha en los negocios endurece demasiado, pero no es su culpa…

—Cierto.

—Por favor. ¿Por qué es usted tan sarcástico? Todo lo que le he dicho es verdad; yo confiaba en usted…

—No se preocupe. Yo también tengo sentimientos y mi sarcasmo es solo una nube que trata de ocultarlos. Me ha hecho una confidencia y sé valorar eso. Dígame: ¿todo este asunto es tan importante como para valer la vida de una persona?

Yo no tenía nada que confiarle, estaba vacío y helado como si lo único que llevara adentro fuera la llave del hotel.

—¿Importante? —Me miró con suspicacia—. La mayoría de las importaciones de la Marítima y Naval son fraudulentas… Pero no es eso…

Fue mi turno de levantar las cejas. Me había arrojado el cebo y yo me lanzaba a devorarlo.

—¿No?

—Es… Por el óxido de molibdeno…

Nos miramos a los ojos; segundos después arqueó las cejas cansada de esperar ver aparecer una chispita en los míos.

—¿No lee los periódicos?

—No —contesté.

—Por favor, Ferreol… —Me miró casi implorante—. ¿Acaso no ha creído lo que le he dicho?

—¿Por qué no? Todavía nadie ha dicho una mentira desde que estoy en esto.

—Yo… De veras… —Su voz se apagó casi—. Confiaba en usted…

—¿Para qué?

—¿Para qué…? Necesitaba hablar con alguien…

—Algo sencillo de conseguir. ¿Qué sucede con el óxido de molibdeno?

—Lo han declarado material estratégico… El ejército ha iniciado una investigación. ¿Comprende…? Ellos tienen asignada una cuota oficial pero revenden parte de esa cuota en el mercado internacional… Los precios han subido mucho y ha aparecido una especie de mercado negro que se disputan todas las acererías…

—Voy comprendiendo. Lo hacen pasar por cinabrio para reexportarlo…

—No sé… Hay gente muy importante en todo esto. Si se descubre el escándalo les arrastrará a todos…

—Y el arma que Lillo había amartillado eran las licencias y los análisis.

—Sí, eso creo… —De pronto el viejo brillo cálido en sus ojos, el viejo tono íntimo, personal—. ¿Los tiene usted?

—No —la mentí sosteniéndole la mirada.

Empuñó la manilla de la cancela, pensativa, sin decir nada. Yo había tenido en mis labios un secreto para compartir con ella, era mi secreto, pero no lo había hecho. Se volvió, mirándome con tristeza, y me tendió la mano.

—He sido sincera con usted, Ferreol, créame —hacía tiempo que no contemplaba un rostro tan severo—. ¿Me creerá si le digo que aborrezco todo lo que me rodea?

—¿Por qué no habría de creerla?

Pareció sinceramente apenada.

—Cuídese.

—¿Cuál es su nombre ahora?

—Rebeca —se anticipó a mi arqueo de cejas—. Yo no lo cambié… Tenga cuidado.

Le devolví el paraguas. Cerró la puerta y yo me dirigí hacia el coche.

Sí, tendría cuidado; iba a ser un chico cuidadoso a partir de entonces. No volvería a darle la espalda a una paloma. En ella se mezclaban el frío y el calor, lo dulce y lo amargo. Sentí la desazón de estar enfrentándome a dos enigmas: ella y yo. Jamás sería capaz de descifrar ninguno de los dos.

29

REGRESO AL HOTEL. Y RÁPIDO. Oña, el Sentimientos me había concedido seis horas, pero desconocía el valor de la palabra de los hombres buenos. Los papeles habrían llegado la tarde anterior y era necesario sacarlos de allí. Pero no eran Oña o Urbano-Ponce quienes en el fondo me preocupaban, sino Monzón. Tenía muy presente el nicho vacío de su mirada esperando siempre a alguien. Me acordé del timbre del teléfono que me había salvado; mis manos comenzaron a destilar sudor cuando comprendí que aquel golpe de suerte no se repetiría otra vez.

Dejé el coche en un callejón alejado del hotel. Caminé hasta una travesía que desembocaba casi enfrente de la entrada. Me detuve en la esquina y encendí un pitillo, mientras echaba un vistazo disimulado. No se veía el 1430, ni ningún otro coche con alguien en el interior. Tenía que confiarme, y mi confianza se sustentaba en dos suposiciones: que Oña mantuviera su palabra y que el mismo Oña mantuviera todavía las riendas del tinglado.

Crucé la calle al descubierto. No había nadie en el *hall*, ningún par de ojos rufianescos escudriñándome. Pregunté en recepción si había algo para mí. Me alargaron el sobre con los expedientes y una nota. Guardé el sobre y eché un vistazo a la nota. Era de Cabeza Hueca; quería verme, me esperaba en el Canódromo, en el *hall* principal, a las ocho; me rogaba que acudiera, sin especificar el motivo por el que quería verme, solo que era algo muy importante. Tiré la nota a la papelera y pedí la cuenta antes de subir a mi habitación para recoger el equipaje. De vuelta tenía ya la factura sobre el mostrador. Me dieron un sobre y un sello. Escribí el

nombre de Cabeza Hueca en el sobre y la dirección de la agencia. Pero cuando iba a pagar cambié de plan. Iría al Canódromo, dudaba de que aquellos papeles llegaran por correo a Cabeza Hueca; además, ella era su viuda, ¿no es cierto?, había que reservarle el papel principal. Guardé el sobre en el bolsillo, pagué la factura y devolví los sellos al recepcionista. Le dije adiós, enganché la maleta y salí a la calle.

En la estación metí la maleta en una consigna automática. Luego eché la llave debajo de uno de los asientos del coche.

No tenía nada que hacer, hasta la hora de la cita con Cabeza Hueca. El capítulo final; ella tendría algunas lágrimas que verter y algunas cosas que contarme, y yo tenía un sobre y un hombro que ofrecerle. Quería oír la historia de sus labios y deseaba conocer si estaba dispuesta a ir hasta el final. Con aquel sobre un abogado despierto podía hacer un trabajo de primera.

Conduje distraído, entre aceras rebosantes de gente endomingada, matrimonios burgueses paseando del brazo, tirando de una cadena de chiquillos como la cola de una cometa. Aquí y allá se veían bandejas de pasteles balanceándose como góndolas. Aquello me dio hambre.

30

ERAN LAS CUATRO y me encontraba en plena forma. Caminé hasta el parque que se extendía paralelo a la bahía, entre el casco viejo y la playa, estirando las piernas, empachándome de aire de domingo y de lluvia menuda que me cosquilleaba en la nariz.

Recorrí el paseo de punta a punta, por la avenida central, viendo mundo, relajado mientras convertía en humo un Farias dominguero. Luego di la vuelta desandando el camino.

En una pequeña rotonda, en el cruce de dos avenidas, había una fuentecita con un grupo escultórico de escayola: un fauno tratando de echarle las zarpas a una ninfa que se escurría de él cabalgando sobre otro fauno de semblante más rijoso, ¿advertida de esto? Alrededor de la fuente había plataneras y, debajo, bancos pintados de verde. En uno de los bancos quedaba una plaza libre junto a dos viejecitas, cada una refugiada bajo su correspondiente paraguas. Tomé asiento. Las dos ancianas charlaban a gritos y un poco a la vez, sin tiempo ya para decirse lo que se habían callado toda la vida. Habían interrumpido la charla durante unos segundos, echándome un vistazo descarado; para continuar luego con el palique.

Me iría de la ciudad. Ferreol hacía los bártulos y se largaba. Si el arrepentimiento de ella era sincero tendría en sus manos el arma para hacerles picadillo. Ese era solo asunto entre ella y el espectro de su marido cuando se le apareciera por las noches. Ella era su viuda y yo, en definitiva, apenas un conocido. De pronto me habían entrado ganas de viajar, de recorrer mundo. Sería de nuevo ese pateador de aceras que dejaba transcurrir el tiempo. Es lo que

quería ser, sin gimoteos sobre mi hombro, sin palomas enigmáticas mirándome a los ojos mientras me pedían que cuidara de mí mismo.

Intermitentemente llegaba hasta allí un sonido de oleaje procedente del estadio, junto a la estación; era el rumor bronco de los espectadores. Había cesado de llover, incluso el sol apareció durante un instante entre dos nubes. Algunos niños jugaban en la avenida asfaltada, con sus movimientos entorpecidos por chubasqueros demasiado grandes. Las madres vigilaban paseando, bla, bla, bla, o sentadas en los bancos bajo los paraguas, bla, bla, bla. De vez en cuando alguna cortaba el parloteo para cambiar la ruta de un enano que había enfilado hacia el estanque de los cisnes.

La tarde se deslizaba apacible. Tiré la colilla del Farias, saqué un pitillo y lo pegué fuego. Las dos ancianas me miraron interrumpiendo su cotorreo; apagué la cerilla y eché el humo hacia sotavento. La charla se reanudó, como los bramidos del estadio que se iban haciendo más continuos y crispados a medida que el tiempo pasaba: no marchaban las cosas bien por allí. Me acordé de cuando las cosas no iban bien para mí sobre el césped, primero el amor propio herido, luego la indolencia. Por fin los gritos cesaron del todo. El tráfico de la avenida se hizo más denso y nervioso. En dirección del estadio comenzaron a aparecer grupos de hombres con gabardina y paraguas, caminando deprisa y hablando todos a la vez algo excitados. De vez en cuando alguno se despegaba del grupo y cruzaba la avenida hacia el parque, deteniéndose en la entrada, mirando a su alrededor con una expresión de soledad. Luego se internaba desorientado por las pequeñas veredas, hasta que algún chiquillo empaquetado en su chubasquero, corría a abrazársele a las rodillas; entonces el hombre sonreía, aunque su rostro era ya una máscara y el halo de soledad que le envolvía se había convertido en una costra espesa.

Las campanas de un reloj dieron las seis. Una paloma se hurgaba debajo del ala junto al estanque. Un niño de unos tres años, muy tieso dentro de su chubasquero amarillo, descargó un palo sobre su cabeza. El bando levantó el vuelo y la paloma herida, aleteando, fue a buscar refugio entre unos esquejes. El bando dio un par de vuelos sobre el parque y luego emigró en busca de un lugar más tranquilo. Yo también me levanté en busca del coche. Las dos ancianas hacía tiempo que me habían dejado solo. Puse rumbo al Canódromo,

dispuesto a hacer saltar la banca antes de verme con Cabeza Hueca.

31

LA ANIMACIÓN ERA ESCASA. Sin embargo, en el *hall* de apuestas las taquillas estaban ya abiertas y en los monitores aparecían y desaparecían las cotizaciones. Los altavoces daban los nombres de la próxima carrera. Eché un vistazo a la clientela con la idea de que quizá la viuda de Lillo se hubiera también anticipado. Había un centenar de personas estudiando los monitores y comprando boletos; se habían formado algunos corrillos junto a la barra del bar. En un extremo de esta estaba un caballero de unos sesenta y cinco años, de estatura elevada y pelo blanco, vestido con un elegante abrigo azul de alpaca. Me extrañó que no estuviera en la zona reservada a socios. Encontré la explicación cuando vi acercarse a su acompañante, un chico de unos dieciocho años, un gitano, espigado y bien parecido, vestido impecablemente también con un traje gris diplomático. El caballero sacó una cartera y le tendió un par de billetes grandes; el chico se dirigió hacia una de las taquillas y un minuto después regresó donde su amigo cargado de boletos. Yo tampoco quise dejar pasar la suerte. Saqué un billete y jugué seis boletos al 3-5.

Los focos de flúor estaban encendidos y había unos cincuenta espectadores repartidos por las gradas y por el paseo de la pista. Los auxiliares del Canódromo, protegidos con guardapolvos color mostaza, estaban colocando a los perros dentro de los cajones. Los chuchos se resistían y los auxiliares los empujaban por los cuartos traseros mientras los perros tensaban las patas aullando. Apenas había sido encajonado el último, cuando sonó la bocina y la liebre salió con sonido de metal deslizándose veloz. Los seis perros se

lanzaron tras ella sin que ninguno se rezagara. Se produjo el silencio en el Canódromo. Solo se oía el sonido del engaño deslizándose y las pezuñas de los perros sobre la ceniza. Los seis chuchos se perdieron en la curva. Durante unos segundos se vieron las gualdrapas sobre la línea blanca, desplazándose como una mancha multicolor que cambiaba de forma sin estridencias. En la segunda curva algunos espectadores comenzaron a animar a toda la jauría como si hubieran cubierto las seis combinaciones. Al salir de la curva, uno de los chuchos, uno negro de gualdrapa azul, se quedó rezagado, continuó corriendo arrastrando una pata. La liebre cruzó la meta como una exhalación, desapareciendo dentro de la caja. Los perros cruzaron la franja de luz intensa y fueron rápidamente atrapados por los auxiliares. El número 3 terminó el recorrido a duras penas, aullando; su pata delantera sangraba abundantemente.

Las carreras se fueron sucediendo. Cuando se anunciaba una salida la gente afluía del *hall* por las dos puertas ocupando las gradas y el paseo. Luego refluían hacia el *hall* para cargarse de boletos y retornar de nuevo a las gradas.

FALTABAN UNOS MINUTOS para las ocho cuando regresé al *hall*. El panorama había cambiado. El local estaba lleno de humo y de gente que se movía con dificultad, desde la barra hacia las taquillas, y desde la taquilla hacia la barra, entrando y saliendo por las puertas de la tribuna, formando corrillos y agolpándose delante de los monitores. Todas las bocas hablaban un poco a la vez y nadie escuchaba; parecía la olla que de pronto hubiera roto a hervir. El ambiente estaba en su apogeo. No era el lugar ideal para encontrarse a solas con alguien, ni siquiera para tener una cita vulgar, pero una permanente oxigenada tenía que destacar en aquella masa amorfa y oscura como la luz de un faro en la noche. Me pregunté qué le habría llevado a citarme allí. Pronto iba a tener la respuesta.

Me abrí paso hasta la pared opuesta a los monitores, donde el ambiente parecía más despejado, y me detuve junto a una escalera descendente con el hueco protegido por una barandilla. Oteé sobre el mar de cabezas, buscando a la exploradora blanca en aquel

hormiguero hirviente. Pero no la vi. Suponía que ella también me estaría buscando, aunque yo no podía resultar tan visible, solo era una pelota más peinada a raya. Terminó una carrera y se produjo un nuevo reflujo de personas hacia el *hall* haciendo casi imposible mi búsqueda. Iba a moverme hacia el bar cuando se oyó una voz de hombre, potente y grave, sobresaliendo sobre todas:

—¡Contra la pared! ¡Todo el mundo contra la pared!

La voz había enronquecido al final de la segunda frase, diluyendo un poco su autoridad. Así que todo continuó igual, los corrillos, la compra de boletos y las cañas en el bar, como si solo yo la hubiera oído, o los apostantes hubieran reconocido al bromista habitual de los domingos. Pero en seguida se oyeron otros gritos en diferentes puntos del *hall*:

—¡Todos contra la pared! ¡Contra la pared! ¡Es un atraco! ¡Que nadie se mueva! ¡Contra la pared! ¡Es un atraco!

La bullanga se apagó como por encanto. Callaron también los altavoces. En unos segundos el silencio se hizo total. Todos los espectadores se habían quedado paralizados, mirando nerviosos hacia las puertas, sin comprender qué ocurría. Yo tampoco comprendía muy bien el origen de las voces, hasta que vi a un hombre subido a uno de los mostradores de la zona de taquillas. Las miradas se volvieron hacia allí. Tenía el rostro desfigurado con una media negra; vestía un anorak azul oscuro, una correa le cruzaba el pecho y empuñaba una metralleta con las dos manos. Los apostadores retrocedieron, porque el cañón les apuntaba, dejando una media luna de cemento entre ellos y el mostrador. El cañón se movió en abanico mientras el hombre gritaba:

—¡Contra la pared!

El centro del *hall* se despejó mágicamente. Los apostadores se arrimaron a las paredes, formando un apelotonamiento oscuro y silencioso de rostros pálidos vueltos hacia el encapuchado. Dirigí la mirada hacia las puertas de la pista y vi otros anoraks azules y otros rostros cubiertos con medias y manos y metralletas y pistolas moviéndose de prisa.

—¡Que nadie se mueva!… ¡Contra la pared!… ¡Es un atraco!… ¡No sucederá nada!… ¡Terminaremos en seguida!…

La advertencia venía del que estaba encaramado sobre el mostrador; advertí cierto tono irónico en ella, como si se tratara de

alguien muy ducho en aquellas lides. Otro de los asaltantes se le unió y los dos saltaron al otro lado, a la zona donde se manejaba el dinero. El resto del grupo, cinco o seis, se situó en el centro del *hall*, espalda contra espalda, formando un pequeño círculo, apuntándonos con la metralleta y las pistolas. El silencio se había espesado; algunos apostadores habían levantado las manos y otros protegían a sus acompañantes femeninas pasándolas el brazo por el hombro.

COMENZARON A OÍRSE CARRASPEOS y algunos murmullos velados. La atmósfera parecía estar relajándose a medida que la primera reacción de sorpresa iba desapareciendo. Me fijé en los hombros exageradamente anchos de alguno de los asaltantes, dos parecían tener el pelo corto y el de un tercero parecía largo o verdoso, como si llevara una peluca. El silencio se estaba resquebrajando de prisa, había surgido un apagado rumor de mensajes y consignas que los apostantes se pasaban sin apenas mover los labios, tratando algunos de aprovechar el trance para ganarse una reputación de crudos en el Canódromo. Unos minutos más y aquello volvería a ser el gallinero de siempre.

Yo tenía delante a dos parejas jóvenes, ninguno de los cuatro llegaría a los veinte años. Uno de los chicos tenía la cabeza vuelta hacia una de las chicas, una rubia artificial con el pelo corto, y le cuchicheaba algo al oído; la chica le escuchaba muy tensa. Vi al otro chico echarse disimuladamente las manos a la espalda, para sacarse de la muñeca un reloj de los que se compran a peso, y deslizarlo en uno de los bolsillos del chaquetón de su chica.

Otro asaltante se unió a los que ocupaban el centro del *hall*. Apareció por una de las puertas de la pista cruzando impaciente y dominante. Mis ojos se fijaron en él y ya no fui capaz de desclavarlos de allí. Llevaba también un anorak azul y media negra sobre el rostro, y empuñaba una pistola en la derecha, pero se diferenciaba del resto, y de cualquier otra persona del *hall*, porque su estatura no sobrepasaría el metro cuarenta y por la barba picuda que no podía disimular bajo la media; y, sobre todo, porque por sus

modales parecía el rey del Universo. Era la tercera vez que nos encontrábamos y cada vez aparecía ante mí más y más agresivo. Se acercó a los del centro y pareció darles alguna orden. Luego fue hacia las taquillas. Se detuvo a un par de pasos del grupo de apostadores y se quedó mirándoles. De nuevo retornó el silencio y ahora todas las miradas estaban en él. Comenzó a moverse, a caminar paralelo a la pared, escudriñando los rostros.

La escalera que tenía a mi derecha no estaba vacía; sobre los peldaños estaba un hombre con el guardapolvos color mostaza de los auxiliares del Canódromo. Era un hombre de edad, de pelo blanco; contemplaba tranquilo los acontecimientos desde su cota baja, a través de las piernas de los espectadores que se habían pegado a la barandilla.

Don José Mari continuaba su meticuloso recorrido, más cerca cada vez de los apostadores, intimidándoles con la pistola y con su rostro deformado por la media. Se estaba acercando. El viejo que ocupaba la escalera se había agarrado a la barandilla y sus nudillos estaban blancos. El enano se detuvo durante unos segundos en la esquina que formaban la barra del bar y la pared. Luego continuó su marcha. Calculé que tardaría todavía un par de minutos en llegar. Así que ahí tenéis a Ramón Ferreol pensando de prisa.

Está a unos veinte metros y me mira entre las dos parejas que tengo delante, algo a mi derecha. Veo a los dos chicos volver la mirada y luego cómo se separan disimuladamente, tirando de las chicas, dejando un espacio demasiado libre entre nosotros. Es como si un vendaval caprichoso hubiera arrastrado cada pieza dentro de su casilla. Comprendo la verdadera razón de la cita allí y la perfecta coartada que significa un atraco: un apostador nervioso y uno de los atracadores que se ve obligado a disparar; en tales circunstancias todas las reconvenciones van a cargo del apostador: ha puesto en peligro la seguridad de los demás y, sobre todo, está muerto. Ocurre todos los días, para cualquier lector de periódicos es tan rutinario como el café de la mañana.

El cañón de la pistola me está escudriñando con su negro agujero. Miro a mi derecha y no es un colchón mullido lo que veo. Pero no lo pienso y salto, no tengo otra opción; me apoyo en la pierna derecha y salto. Me estoy agarrando en el aire al guardapolvos color mostaza del auxiliar cuando suena el disparo.

Rodamos por la escalera, siento el duro perfil de los escalones contra mi espalda, hasta que el rellano nos detiene a los dos. Mi brazo derecho ha quedado atrapado debajo del cuerpo inerte del viejo; algo denso y caliente me está empapando el rostro. Lo empujo con las rodillas quitándomelo de encima y me incorporo. La sombra del enano aparece en lo alto de la escalera. La puerta que tengo delante está cerrada. Veo el cañón mirándome y tiro de la manilla. Un golpe de aire fresco me azota la cara. Suena otro disparo. Pero es ya una historia vieja: corro por un pequeño túnel de paredes de cemento iluminado por una pálida bombilla. Jadeante, desemboco debajo de la tribuna, entre cubos de basura y andamios de madera. Huele a excrementos de perro. Oigo una carrera y gritos a mi espalda. Instintivamente elijo la zona de socios, corro agachado, buscando las sombras. Cruzo junto al camión de los perros, que ladran todos a la vez. Atravieso el camino de gravilla como una exhalación, pero en vez de dirigirme hacia el club lo hago hacia la tapia que circunda el recinto. Corro pegado a ella, casi sin tocar el suelo, deslizándome, tratando de que no se oigan mis pisadas sobre la yerba. Oigo las carreras de mis perseguidores en la gravilla y sus voces excitadas. Me detengo y levanto los brazos, me aferró a la parte alta del muro y me levanto a pulso, apoyando la punta de los zapatos en los ladrillos. Luego me dejo caer al otro lado, cerca del aparcamiento, en una zona también asfaltada. Tengo el Peugeot cerca de la puerta, pero me olvido de él. Cruzo la carretera corriendo, alejándome de la zona de luz. Estoy pisando barro, glup, glup, y siento la humedad salpicándome los tobillos. Me detengo y echo la vista atrás. He dejado las luces a unos cien metros. No hay movimiento de coches en la puerta. Doy la espalda a las luces y trato de orientarme, esperando que mis ojos se habitúen a la oscuridad.

32

CAMINÉ DEPRISA A TRAVÉS del descampado, guiándome por las luces de los coches que se deslizaban a lo lejos. Tropiezos, juramentos, hasta detenerme al fondo de una hondonada. Un repliegue del terreno me ocultaba de las luces del Canódromo. Cuando las sombras se difuminaron, dejándome adivinar el relieve de las escombreras, continué la marcha.

Más tarde me cortó el paso una cinta plateada, ondulada como una serpiente. Una acequia. ¡Up!, arriba, para continuar por allí, siguiendo el sonido de la corriente, pensando que me conduciría hasta la ría. Durante media hora estuve haciendo malabarismos en la oscuridad, aspirando aire que olía a salitre. Por fin divisé una nueva pista de luces deslizantes que indicaban una carretera. ¡Hap!, abajo, y, pisando mucho barro, me encaminé hacia allí.

La luz amarillenta de unas farolas iluminaba el asfalto. La calzada tenía aceras y una zarabanda de luces que se deslizaban en ambas direcciones. Una marquesina, con el anuncio de un coñac, en la otra acera, resguardaba de la lluvia a media docena de personas, un grupo gris y silencioso a la espera de algún autobús. Crucé la calzada aprovechando un respiro del tráfico y los de la marquesina se encogieron un poco acogiéndome en silencio. Me dediqué también a esperar, sin pensar en nada, contemplando la lluvia brillar delante de las luces fugaces. Diez minutos después llegó el autobús. Subí el último, saqué billete hasta el final y me escurrí en un asiento de pasillo confiando en mi suerte.

Me pareció que estábamos en la avenida del Comandante Re. En seguida giramos a la derecha y, después de una rotonda, hicimos la

primera parada. Algunos viajeros se apearon. Otros subieron. Yo no me moví, a la espera de una calle más recogida. El autobús hizo otro par de paradas y por fin se internó en una urbanización de bloques de ladrillo navegando en el barro. Había poca gente por las calles. Los escaparates tenían las luces apagadas.

La lluvia parecía haber esperado a que yo dejara el autobús para arreciar de firme. Crucé la acera de un par de saltos y me refugié en el vano de un portal. Allí me enjugué el agua de la cara y esperé el golpe de suerte que hiciera aparecer un taxi libre, mientras echaba a rodar algunos juramentos sobre la acera. Media hora después tuve ese golpe de suerte; salí del portal, le hice una seña a la luz y me metí en el taxi chorreando agua. Di la dirección de Amílcar Oña.

Los limpiaparabrisas no podían con la cortina líquida que estaba cayendo. Cuando una ráfaga echó más agua sobre nosotros, oí al taxista mascullar algo entre dientes, algo que no tenía nada que ver con una canción de cuna. Le ofrecí la cajetilla; aceptó un pitillo y me lo agradeció en un tono que parecía más suave.

—Por qué no me pegaría una paliza mi padre cuando no quise meterme a buzo como él —comentó, rechinando todavía los dientes.

Le pasé fuego.

—Ahí abajo se está más tranquilo —comenté yo.

—Él estuvo cuarenta años en ello. Se ganaba bien la vida… Hasta que se soltó una abrazadera del compresor…

El agua formaba una cortina densa; las nubes querían volcar toda su carga sobre la ciudad. Descendíamos una colina, con el viento en contra, y la lluvia azotando el parabrisas. Nos cruzamos con un camión de la basura; los basureros, dentro de sus chubasqueros reflectantes, se movían con energía, un poco fantasmagóricos, como si estuvieran luchando por no disolverse en aquella masa líquida.

CUANDO LLEGAMOS A LA ALTURA del número 27 el taxista subió el taxi a la acera deteniéndose debajo del tejadillo para evitarme la lluvia. Le largué un billete, agradeciéndoselo. Me pegué al forjado y pulsé el timbre.

Solo había luz en una de las ventanas del chalet. Pero segundos después se encendieron el foco de la fachada y el farol que había sobre mi cabeza. La puerta de la casa se abrió apareciendo la mujer de hábito marrón protegiéndose con el paraguas.

Sonrió tímidamente al reconocerme y abrió la cancela. Recorrimos de vuelta el camino de losas bajo el paraguas. También me recogió la gabardina cuando estuvimos en el recibidor. Me hizo pasar al salón. El agua caía sobre la acera con un redoble sordo que apagaba cualquier sonido. Un tronco languidecía en la chimenea. Me sentí en tensión, con un par de engranajes girando lentamente en mi mollera. La puerta se abrió y apareció Oña. Vestía el mismo batín granate de aquella mañana y no parecía relajado a pesar de la hora. Me clavó una mirada con la que se hubiera podido talar un bosque de sequoias.

—¿Lo ha pensado ya? ¿Ha cambiado de idea?

Su voz me resultó extraña, su timbre era mucho más bronco que durante la charla anterior, el de alguien que pronuncia las primeras palabras después de mucho tiempo.

—Sí, lo he pensado ya —le contesté, echándole una mirada con la que él hubiera podido hacer astillas todas las sequoias—. Y no me ha costado demasiado. Voy a fotocopiar esos papeles y los voy a repartir por ahí. Pero ¿qué digo?, si en realidad ya lo he hecho; la operación ya está en marcha. Solo he venido hasta aquí porque quería ver la expresión que pone al saberlo —me pareció que mi voz tampoco sonaba bien. Aquella era una conversación entre dos ecos que se ven obligados a repetir las palabras de dos truhanes. Sabía que había dado aquella dirección al taxista sin dudarlo, sabía que había obedecido sumiso a un impulso repentino, pero algo me decía que el motivo real no había sido el de ver la expresión del tipo que tenía delante. Algo daba vueltas a mi alrededor y yo cerraba los ojos para no verlo—. Sus hombres se confundieron de ganador…

No movió ni un solo músculo del rostro, como si el tallista estuviera afilando el hacha, y durante unos segundos permaneció así, sin abrir la boca. Hasta que la abrió:

—Explíquese…

—Fallaron. Por lo menos en la segunda parte, que es la que a usted le interesa. Le hablaré claro. Los papeles están en lugar seguro

y usted es uno de los principales protagonistas de la historia, no lo olvide. Sé quién mató a Lillo y sé de dónde partió la orden.

Yo había puesto una expresión acusadora, pero él continuaba impasible. La luz de una de las pantallas tallaba su rostro en trazos de inconmovible firmeza.

—Explíquese bien —repitió fríamente—. Usted parece dar a entender que yo conozco algunos hechos que en realidad ignoro. Comience desde el principio.

—Uno de los principios puede ser cuando fui al hotel. Tenía allí un recado de la viuda de Lillo: quería verme para algo importante. La cita era a las ocho en el Canódromo. Acudí, pero no fue con ella con quien me encontré; en su lugar apareció por allí una banda de atracadores; llevaban el rostro cubierto con medias, pero logré reconocer a uno de ellos, a uno al que llaman el Alemán; no mide más de cuatro palmos, es el mismo que esta mañana habló con usted por teléfono. Me buscó entre el público, y cuando me tuvo a tiro me disparó… La bala la recibió un empleado del Canódromo… Le estoy contando una historia de hace solo unos minutos, y no me acabo de levantar de la cama. ¿De qué mente partió tan brillante idea?

Se quedó reflexionando; luego se volvió y se dirigió pensativo hacia una mesita, abrió una cajita negra y sacó un pitillo. Lo encendió y echó el humo antes de hablar.

—Comprendo —dijo un poco ausente.

Más reflexión. Regresó donde yo estaba y se detuvo. Me miró, su expresión se había relajado. Dijo:

—Nosotros no tenemos nada que ver en ese asunto. Me refiero a la compañía. Ni con la muerte del señor Lillo ni con la historia que acaba de contar. Nosotros no empleamos esa clase de métodos para defender nuestros intereses, no lo necesitamos. Podemos presionar lo suficiente, a usted o a cualquiera, utilizando solo medidas legales. Debe comprenderlo, usted carece de recursos y no tiene a nadie que le apoye en esta ciudad…

—Sin embargo, usted me amenazó, ¿recuerda?, y me concedió un plazo…

—Sí. Pero lo interpretó mal.

—Y usted lo dejó correr. ¿Se refería a esa clase de juegos cuando hablaba de medidas legales?

Oímos la puerta de la calle que se cerraba. No había sonado el timbre. Oña no respondió, volviendo la mirada hacia la puerta. Le pregunté:

—¿Ha querido decir que hay alguien que se está extralimitando?

Me miró de nuevo, con el ceño fruncido.

—No nos preocupa demasiado el que esos papeles estén en su poder. Lo que no deseamos es que caigan en otras manos. Con usted no están seguros. Usted es vulnerable, acaba de comprobarlo. Ha tenido suerte, pero ellos no han dado la partida por perdida. ¿Comprende?

Estaba muy claro.

—¿Por qué cree que yo no me decidiría a ponerles en un aprieto?

—¿Por qué lo iba a hacer? Ahora sabe que no tiene nada contra nosotros; ni ha aceptado dinero. Carece de razones… Además, aunque se decidiera, las cosas no son tan fáciles, créame… Pero existen otras personas. Es una situación compleja que arranca de hace mucho. Me llevaría tiempo explicársela y además usted no parece interesado en esta clase de historias…

CASI SONRIÓ. QUIZÁS lo hubiera hecho si la puerta no se hubiera abierto de golpe, apareciendo Monzón en el vano. Tenía el pelo revuelto y la gabardina muy mojada por los hombros; su rostro estaba gris y sus ojos brillaban como los de un lobo que contempla la granja que ha comenzado a arder. Avanzó un par de pasos, clavándonos la mirada, con las manos en los bolsillos en su gesto habitual. Detrás entraron sus sombras: el espigado, el gordo y don José Mari, que inmediatamente me dedicó su mejor sonrisa; faltaba el albino. Aquellos rostros, también grises, mostraban esa media sonrisa del que se encuentra entre dos aguas. Traían las gabardinas muy mojadas y empuñaban pistolas dirigidas hacia mí. Monzón se detuvo mirándome.

—Es la segunda vez que me mojo por ti, chupatintas —dijo—. Será la última.

Oña había acerado su expresión, bajo la piel se le marcaban

todos los nervios tensados al máximo. Miraba a Monzón y este le devolvió la mirada sin desmerecerle: un bulldog y una serpiente de cascabel ante el combate del año. Oña habló:

—¿Quién os ha llamado?

Monzón movió ligeramente la cabeza, como si no hubiera querido oír aquello; sonrió con sarcasmo.

—Nadie. Nadie nos ha llamado. No necesitamos que nadie nos llame.

—No te quiero ver por aquí —Oña señaló a los otros con la barbilla sin desclavar sus ojos de Monzón—. Ni a esos. Fuera de aquí.

Nadie se movió. Oña acaparaba ahora todas las miradas.

—¿Qué pasa? —le respondió Monzón apretando los dientes—. ¿Temes que te ensuciemos la alfombra? Desde ahora lo tendrás que soportar. Me he hartado de vosotros; en adelante todo va a cambiar un poco.

Sus hombres se movieron como flotando y rodearon a Oña, encañonándole. Él no les prestó atención, continuó sin mover sus ojos del comisario. Este les hizo una leve seña para que se apartaran.

—Eso lo arreglaremos más tarde —dijo—. Ahora tenemos algo que hacer —me miró, añadiendo—: Se acabó tu buena suerte, chupatintas. No pensábamos encontrarte aquí. ¿Por qué has venido?

Ignoré a Monzón mirando hacia don José Mari.

—¿Algún pleno?

—Sí. Pero te habías llevado tú todos los boletos… —Don José Mari me sonrió—. Dejaste un muerto detrás, chupatintas; un vigilante. Le conocía, era un buen hombre, cargado de hijos; no debías haberle disparado…

Comprendí a dónde quería ir a parar. Era un plan muy burdo, pero ellos cortaban y repartían.

—¿Es idea tuya? No lo creo… De todas formas había muchos testigos, unos trescientos. Habrás tomado algunos nombres…

—Claro que sí. Pero no los vamos a necesitar, chupatintas. No será necesario que nadie declare porque no habrá juicio. El caso se va a cerrar ahora…

—¿Es por lo de Lillo? —pregunté.

—Exacto —respondió Monzón recuperando las riendas—. Tienes

la mala suerte de pensar demasiado de prisa, aunque hay cosas que no comprendes. Pero es igual, mañana estarás con gente nada interesada en historias de por aquí.

Miré a don José Mari de arriba abajo; su cabeza me llegaría al pecho y no les resultaría fácil intercambiar los papeles, si lo que pretendían era que yo pasara por el tipo de la media y la pistola que había disparado.

—¿Qué vais a hacer con la otra mitad de mi cadáver? —pregunté.

—Solo publicaremos tu foto —replicó Monzón—. Camina.

Don José Mari había palidecido, me miró apretando los labios. Se adelantó y me clavó el cañón de la pistola en las costillas.

—Tendré mucho gusto en retratarte personalmente, cuando estés escuchando pajaritos. Procura no despeinarte. Será un accidente.

—¿Un accidente? —repliqué, encarándome con los cuatro, mirándoles uno a uno, enseñando los colmillos como un lobo. Hice que mi voz sonara como un aullido—: ¿Por qué un accidente? Nadie me conoce. No figuro en ninguna nómina, ni en ningún censo, que ni siquiera he votado. Solo me echarán en falta en el hotel; cuando transcurran tres días recogerán la maleta y la llevarán al sótano; dentro de un par de semanas nadie se acordará de ella. ¿Por qué un accidente? No compliquéis las cosas. Nadie va a reclamar nada. Un cadáver se puede dejar en cualquier parte y se acabó… —Tomé aire y miré a Monzón apretando los dientes—. Quizás no, quizás no termine ahí la historia, quizás solo os hayáis deshecho de un cadáver porque todo volverá a empezar; empezará cuando os tropecéis de nuevo con alguien a quien no le gusten las suelas de vuestros zapatos, alguien que tendrá algo que perder si se deja pisotear…

Se oyó un silbido de admiración.

—Todo un filósofo —dijo don José Mari.

—Muy bien, lumbreras. Ya te has desahogado. Camina —ordenó Monzón.

Me volví y caminé hacia la puerta sin pensar en nada, agotadas mis alforjas. Iba a empuñar el pomo cuando Oña habló a mi espalda.

—No haréis nada de eso.

NOS VOLVIMOS. OÑA permanecía muy firme en medio de la habitación, con las manos en los bolsillos de la bata y una tez granítica que había sobrevivido a muchas tempestades.

—Le vais a dejar aquí y os vais a largar —añadió—. En seguida. Mañana arreglaremos cuentas.

El último cartucho. Monzón se acercó a él. Despacio, entrecerrando los ojos. Se detuvo a un metro de distancia y me pareció que sus poros destilaban veneno del peor.

—Ya no recibo órdenes… *Díselo a él.* Se acabó el chico de los trabajos sucios al que se le recibe por la puerta de atrás. Ahora el recadero va a trabajar por su cuenta… Y que nadie le moleste. ¿Has oído? Que nadie le moleste.

—Tú no harás nada.

Entonces Monzón, por toda respuesta, sacó la mano del bolsillo empuñando un revólver y le apuntó con él. Oña no despegó la mirada de los ojos de su rival, ignorando el arma. De pronto la mano de Monzón se elevó como un rayo y el cañón se estrelló contra la frente de Oña con un sonido sordo. Oí el cuerpo desplomándose. Digo oí porque la luz se había apagado. Había sido unas décimas de segundo después del golpe, cuando Oña apenas había comenzado a desmadejarse. Inmediatamente estalló un fogonazo y se oyó el disparo proveniente del revólver de Monzón. Todo sucedió en un instante, fugaz pero desincronizado. Se produjo un silencio tenso que no duró más de un segundo. La oscuridad era absoluta. Olía a pólvora quemada. Me dejé caer y rodé por la alfombra fuera del alcance del enano. Sentí el aire vibrando a mi alrededor y al enano gritando histérico que me había escapado. Se produjo una confusión de cuerpos moviéndose y chocando contra los muebles, hasta que se escuchó la voz de Monzón, dominante e imperiosa:

—¡A la puerta! ¡Alejo, a la ventana! ¡Silencio!

Se oyeron unos pasos inseguros y precipitados sobre la moqueta y alguien que chocaba contra un sillón. La ventana era la única salida. Comprendí que se iba a establecer una especie de competición hacia ella. Me incorporé echando las manos hacia adelante, tenso, dispuesto a abrirme paso a cualquier precio. Oí los

chasquidos de un mechero junto a la puerta; era don José Mari que ciscaba jurando entre dientes. Tropecé con un sillón y me eché sobre él dejándome deslizar al otro lado. Me quedé de rodillas, aspeando los brazos, tratando de descubrir en qué parte de la habitación me encontraba y buscando un posible rival. Solo logré tocar el sillón, pero oí unos pasos cautelosos a mi derecha acercándose. Me incorporé sin ruido y preparé la pierna buena. Cuando lo tuve encima le lancé la patada, decidida y seca; sentí la puntera de mi zapato hundiéndose en algo blando, con el acompañamiento de un zambombazo sordo, seguido al instante por la exclamación de dolor de alguien doblándose y luego el sonido de un cuerpo aplastándose contra la moqueta. Retrocedí un par de pasos y me senté, esperando acontecimientos. Solo se oían las quejas del tipo que había recibido el punterazo; me pareció que se trataba del gordo. Me acordé de Oña y del disparo del revólver, pero no se oía nada por aquel lado.

DELANTE DE MÍ, DIFUMINADA, imprecisa, comencé a distinguir el pálido rectángulo de la ventana que daba al jardín; el tenue resplandor de las farolas de la calle se filtraba a través de los cristales y las cortinas, haciéndose visible a medida que mis ojos se habituaban a la oscuridad.

Oí cuchicheos apagados y el choque de un pie contra el mueble. El gordo me parecía que se estaba alejando arrastrándose por el suelo. Me pregunté si habrían comenzado a moverse repartiéndose por la habitación para rastrillarla. Me deslicé por la moqueta, de espaldas, milímetro a milímetro, manteniendo la cabeza fuera del rectángulo de luz. Cuando sentí el contacto de las cortinas sobre mi hombro deslicé la mano, pegada a la pared, y la hice reptar en busca de la manija. Un susurro nervioso llegó desde la puerta; oí el mechero tratando de nuevo de encenderse, ahora soltando chispas. Tanteé cuidadosamente la falleba hasta encontrar el tirador. Cerré mi mano sobre él conteniendo la respiración y escuchando. Se oía el roce de un cuerpo deslizándose a lo largo de la pared, en mi dirección, y a Monzón cerca de la puerta lanzando consignas entre

dientes. Me acordé de nuevo de Oña y me pregunté si estaría muerto. Hice girar el tirador confiando que estuviera engrasado. Solo fue un giro de treinta grados. En seguida sentí que el marco cedía, y entonces, sin pensarlo, tiré de él y me lancé de cabeza contra las cortinas buscando el hueco. La caída no pudo durar más de un segundo, luego lo pensé, porque no había más de un metro de altura desde la ventana hasta la franja de césped que por aquel lado circundaba la casa; pero en aquel segundo sucedieron gran cantidad de cosas. Primero sentí mis manos tratando de atrapar el vacío y la cortina que se deslizaba por mi cogote; luego una corriente de aire fresco azotándome el rostro; inmediatamente después, o casi simultáneo, oí el grito del enano desde la puerta, ¡ha saltado!, y luego un estampido, pero este no sé si fue antes o después de que sintiera mis manos hundiéndose en la tierra húmeda y luego el sonido de un cristal saltando hecho añicos y el relámpago de dolor de mis labios machacándose contra mis dientes al aplastarse contra el suelo.

Pero yo ya corría, con todas mis fuerzas, sin rumbo, en la oscuridad, con la mente en blanco. Escuché a alguien saltando a mi espalda y la voz de Monzón dando órdenes que se cortó de pronto. Corrí a lo largo de un camino de gravilla que se abría delante de mis pies en la oscuridad. La lluvia arreciaba. Tenía el rostro empapado y el agua de lluvia me llenaba la boca. Creí que alguien se movía a mi derecha. Dejé el camino internándome en la oscuridad más absoluta pensando en la cancela. Mis piernas de pronto se vieron atrapadas por los espinos de un seto enano y, durante unos segundos, solo unos segundos, fui presa de aquella trampa. Me detuve jadeante, recuperando la respiración. Solo se oía el agua cayendo. Empleando el cerebro y, a base de tirones secos que rasgaron el aire, logré deshacerme de la trampa para continuar corriendo.

Oía carreras precipitadas a derecha e izquierda. Monzón estaba ordenando que saliera alguien a la carrera y encendiera los faros del coche. Corrí desorientado, buscando solo alejarme de la luz de las farolas y de las voces. Las sombras imprecisas de los árboles se adivinaban a mi alrededor. Pensé que debía encontrarme cerca de la piscina, entre la pérgola con la enredadera y los canteros recién labrados que había visto por la mañana. Adiviné una senda que

conduciría a cualquier parte. La tomé, dejé de correr y caminé de prisa, procurando que mis pisadas no hicieran crujir demasiado la gravilla húmeda. Una sombra en el camino me detuvo. Contuve la respiración, quieto como una estatua. La sombra tampoco se movía; por unos instantes pensé si no se trataría de una estatua de verdad, un viejo fauno cansado de mantenerse sobre un solo pie en el pedestal. Iba a saltar fuera del camino cuando oí la voz de Rebeca:

—Aquí. Tenga cuidado…

Tres palabras que lograron desvanecer toda la tensión y que me olvidara de la lluvia que se desplomaba sobre mi cabeza. Vi la sombra acercándose y sentí una mano cálida sobre mi brazo.

—¿Por aquí…? ¿Qué le ocurre?

Toda una pregunta. Tiré de ella.

—No, por aquí —me dijo.

Y fue ella quien tiró de mí.

Llovía con fuerza. Caminamos en línea recta en medio de la oscuridad. Ya no se oían carreras; pensé que mis perseguidores habrían cambiado de táctica. Un resplandor lívido surgió de pronto a nuestra espalda; me pareció que eran los faros de un coche.

Ella me apretó el brazo para que me detuviera.

—Salga por aquí —dijo en voz baja.

Oí, casi rozándome la oreja, los goznes de una puerta de hierro. Alargué la mano y toqué unos barrotes en movimiento.

—Da directamente al club. Allí no le encontrarán… —Me apretó el brazo de nuevo—. ¿Le… le han herido?

Comprendí que ella no sabía quién había sido el destinatario del primer disparo. No se lo dije.

—No… ¿Por qué apagó la luz?

—¿Cómo…? —Estábamos uno junto al otro, en silencio. Respondió—: Les vi llegar…

La besé bajo la lluvia. Se oyó el motor de un coche.

—Tenga cuidado —me advirtió apagadamente.

Nos separamos y crucé la puerta. Sentí el asfalto bajo mis pies. Me volví para decirle algo, pero me impidió hacerlo el recuerdo del fogonazo del revólver de Monzón y el sonido de un cuerpo desplomándose.

Más tarde, cuando me alejaba, quise creer que ella quizás había esperado mis palabras, porque solo oí la puerta cerrándose cuando

ya estaban lejanas mis pisadas.

33

CAMINANDO BAJO LA LLUVIA, buscando las sombras, me perdí por calles desconocidas. Mi chaqueta no era más que un trozo de fieltro mojado; el agua se escurría por mi nuca, se deslizaba bajo el cuello de la camisa y recorría mi espinazo.

Caminé sin rumbo dejando que mi cerebro trabajara libremente. Mi papel en la representación había terminado, no había segundas partes. Tenía que salir de allí sin saber muy bien cómo conseguirlo. Mi maleta estaba en la consigna y la llave en el coche y no pensaba abandonarla. Pero estaba seguro de que Monzón, después de mi huida del Canódromo, habría ordenado vigilarlo, sin escapatoria posible si me acercaba. Me acordé del albino, aposté a que era él el encargado de hacerlo.

La aparición de unos faros que se acercaban me empujaron dentro de un portal. El coche cruzó levantando una gran cortina de agua. Luego la calle quedó de nuevo vacía, con solo dos luces alejándose. La lluvia retumbaba en las aceras, en el asfalto y en los charcos, mezclada con la voz ilocalizable de alguien cantando los números de un bingo. Necesitaba una copa, y en seguida; el frío estaba penetrándome en los huesos. Hice recuento de los bares que conocía y que pudieran acogerme a aquella hora, y, sobre todo, que no fueran frecuentados por bebedores de zarzaparrilla. Me acordé del puerto, del trajín de los volquetes de minerales que mantenía durante toda la noche algunos bares de la zona comercial con las luces encendidas. Me arriesgué a dejar aquel hueco acogedor para buscar una calle de más tránsito donde encontrar un taxi libre.

No tardé en detener uno a la deriva bajo la lluvia. Le di la

dirección del puerto y el conductor puso proa hacia allí no sin soltar antes una maldición entre dientes, pero lo suficientemente clara y alta para que yo no dejara de oírla.

Había un par de bares abiertos en la zona comercial, seguramente no cerrarían en toda la noche. Entré en el que parecía más desolado.

Era un lugar grande, gélido, con una atmósfera cargada de humedad fría. Había un tipo alto y grueso secando vasos detrás de la barra y dos clientes sentados a una mesa de mármol despachando un par de cazuelas humeantes. Me arrimé a la barra y pedí un café y una copa de coñac.

El tiempo comenzó a transcurrir lentamente, como solo transcurre a esas horas de la noche cuando no hay nada que hacer. Los dos tipos que estaban cenando dejaron las cazuelas sobre la barra, pagaron y se fueron. Durante unos veinte minutos estuvimos solos en el bar el dueño y yo. Era un hombre de unos cincuenta años, muy robusto, sin una gota de pelo en el cráneo, donde se le marcaban algunas sombras como abolladuras. No paraba de secar vasos, seguramente era el trabajo que durante el día no le había dado tiempo a realizar. La puerta del bar se abrió una vez y entró un muchacho con una maleta negra. Se acercó a un extremo de la barra y, con voz insegura, le preguntó si alquilaba camas. El dueño le dio un repaso sin dejar se secar vasos y luego le preguntó de qué barco era. El muchacho dijo que del «Sota Begoña»; el dueño entonces le echó una llave indicándole una escalera al fondo.

Uno de mis ojos estaba siempre en la puerta, atento a la posible aparición de alguno de los hombres de Monzón, cualquier albino buscalíos que se le ocurriera echar un vistazo adentro. Calculé que de dos zancadas podría alcanzar la escalera que conducía a la planta de arriba; esperaba encontrar allí, si sucedía lo peor, oscuridad y ventanas.

A partir de las tres, intermitentemente, comenzaron a entrar y salir del bar conductores de volquetes y mecánicos de grúa que apuraban una copa de aguardiente intercambiando comentarios en voz baja, como temiendo despabilarnos al dueño y a mí.

Inesperadamente nos quedamos de nuevo solos. Pensé en la mejor forma de matar el tiempo, y era entrar en palique con él. Entonces me dediqué a atrapar su mirada para decirle algo que

rompiera el hielo. Pero no lo conseguí, así que, al cabo de un rato, me vi preguntando al vacío con voz de animador de orquesta:

—¿Conoce el chiste del monaguillo retaco y la tarántula?

Nada. Ni siquiera volvió la mirada. Arrojé la toalla y me dediqué a coleccionar paciencia. Él tipo no apartaba sus ojos de los vasos que iba colocando ordenadamente sobre las baldas y del manómetro de la cafetera que acababa de llenar: yo solo era el Holandés Errante, de sobra conocida su afición a los carajillos. Adiviné que su mente estaría puesta en los viejos tiempos, los viejos tiempos de luchador de *catch*, como pregonaban los carteles con su foto que cubrían las cuatro paredes hasta el techo: «El Torpedo Justiciero, Campeón del Mundo».

MÁS TARDE, A MEDIDA QUE SE ACERCABA el amanecer, la entrada y salida de camioneros y estibadores se fue intensificando, y el tono de las voces junto a la barra se hizo progresivamente más elevado. Cuando la oscuridad de la calle comenzó a difuminarse a través de la luna, aquello parecía ya un gallinero. Hice una seña al dueño para que me cobrara la ración de cafés y copas que me había servido durante toda la noche. Me dijo una cantidad sin mirarme, como no lo había hecho durante todo ese tiempo.

Salí del bar. Había dejado de llover. Las nubes plomizas se desplazaban veloces sobre las dársenas empujadas por el viento del oeste. El sol había salido detrás de aquella masa gris y espesa; era de día, pero las farolas de los muelles continuaban encendidas. Me acerqué a un quiosco de prensa y esperé a que el dueño cortara la cuerda del paquete recién descargado. Me refugié debajo de una marquesina. Las dos noticias venían en la primera página. El atraco al Canódromo acaparaba los grandes titulares, como algo sensacional. Daban muchos detalles y una casi exacta descripción de los hechos, salvo la parte final; alguien había reconocido al atracador que había disparado; se llamaba Ramón Ferreol, un sujeto turbio; lo había hecho sin motivo aparente, mandando a mejor vida a un honrado trabajador del Canódromo, con siete hijos. La Policía

buscaba al asesino, etc. Añadía una descripción somera de un rostro no demasiado parecido al mío y remataba con un «hechos como este no se habían conocido aquí; gentes atraídas por el espejismo de una prosperidad económica, etcétera…». La segunda parte hizo que me acordara de míster Prontitud y que imaginara el respingo de su nuez cuando leyera la noticia.

La muerte de Oña venía en pocas líneas, como última noticia; hablaba de hechos poco claros, de algún ladrón sorprendido, etc.

El autobús que se acababa de detener abrió las puertas esperando que yo saltara adentro, pero le hice una seña para que continuara. Eran las ocho y todavía no tenía ningún plan para aquel día. Era de suponer que todos los policías de la ciudad me estarían buscando, y la descripción que tendrían de mí seguramente era bastante mejor que la del periódico. Podía intentar parar aquello; era una posibilidad remota, pero lo único que me quedaban ya eran posibilidades remotas que ni un adicto a la ruleta querría para sí. Tú, tranquilo, como decía el hombrecillo de los calabozos; una de las pocas personas de la ciudad que a aquella hora estaría sorbiendo su café con la conciencia tranquila. Todavía me quedaba algo: los papeles que guardaba en el bolsillo interior de la chaqueta.

REGRESÉ AL BAR Y PEDÍ la guía. El dueño había dejado el turno a una mujer. Busqué el número de la residencia de Urbano-Ponce y lo marqué. En seguida una voz con acento habanero, como entre sueños, me preguntó quién era y qué quería. Le respondí a las dos cosas: era Ferreol y quería hablar con el jefe, y urgente, *vaina*. Me pidió que esperara y transcurrió un buen rato antes de que Urbano-Ponce se pusiera.

—¿Sí?

—Soy Ferreol. Tengo algo que ofrecerle. Ante todo espero que esté ya recuperado del pequeño accidente…

—¿Qué quiere?

Frío, bronco e impersonal como todos; un poco de ternura en el tono y serías pisoteado por la manada.

—Supongo que estará al corriente de las últimas noticias. Antes

de hacerle mi propuesta quiero contarle cómo sucedieron los hechos, y le advierto que fui un espectador de primera fila…

No me contestó, así que, sin más, comencé a narrarle la historia. Lo hice con pelos y señales, le conté todo lo que había sucedido, desde la nota de Cabeza Hueca, hasta mis andanzas bajo la lluvia; puse un remarcado énfasis en que sabía que los asaltantes del Canódromo habían sido los hombres de Monzón, y cómo este había acabado con Oña a sangre fría. Me escuchó todo el tiempo sin interrumpirme, sin hacer ningún comentario y sin dejarme ver qué parte de la historia conocía. Cuando terminé guardé silencio, para que echara su naipe sobre la mesa.

—Bien. ¿Qué es lo que quiere?

—La Policía me busca. Usted puede pararlos. Tengo algo que darle a cambio…

—¿Qué?

—Los papeles. Los tengo en el bolsillo. Si ellos me atrapan caerán en sus manos. A las doce en su casa. Estaré allí.

Le oí resoplar como divertido.

—Veo que está en dificultades y pide auxilio. Un poco tarde ya su oferta. Lo siento por usted. *A las once* salgo en mi yate y no puedo recibirle. Es un viaje de varios meses. El asunto está acabado. Le deseo suerte.

Era como si la llave inglesa que tenía en la mano se hubiera convertido en mantequilla. Quemé el último cartucho.

—De acuerdo, en su yate; *a las doce* me pasaré por el puerto deportivo —tenía que mantener mi farol, era la única forma de conservar alguna ventaja. Continué—: Los papeles serán suyos si la Policía no me ha echado antes el guante. Está de su mano, recuerde que los llevo encima. Le veré a las doce.

Antes de colgar pude escuchar una exclamación irónica. Me quedé pensativo, con la mano en la horquilla. Si la vigilancia de la Policía cedía, cogería el coche y me largaría de allí. Le pedí a la mujer de la barra otro coñac y, mientras me lo servía, busqué el número de Amílcar Oña. Fui a marcar, pero me detuve. Había obrado mecánicamente, incluso se había borrado de mi mente la muerte de su marido. Colgué de nuevo. Me bebí el coñac y pagué.

Crucé el espigón de graneles líquidos y me acerqué al agua. Saqué los papeles y los arrojé en el centro de una mancha tornasol.

Me quedé contemplando cómo se hundían. Luego eché a caminar hacia la ciudad, concediéndome un par de horas de margen, pensando si Urbano-Ponce querría y *sería capaz* de neutralizar al comisario. Se había producido un desgarrón entre dos nubes y unos tímidos rayos de sol habían comenzado a filtrarse por allí; era la primera vez que veía un pedazo de cielo auténtico sobre la ciudad.

34

A LAS ONCE DECIDÍ que era hora de acercarme al Canódromo para recoger el coche. Esperé el paso de un taxi libre. El taxista, dicharachero, después de ofrecerme de su cajetilla, me preguntó si había matinal en el Canódromo. Le dije que no, pero que había soñado con un par de números y estaba impaciente por comprar boletos. El resto del viaje lo hizo con una pregunta en la punta de la lengua que no se atrevió a formular.

Unos doscientos metros antes del aparcamiento, en la curva, le dije que se parara. Miró por el retrovisor con desconfianza y yo le tendí un billete que le hizo sonreír de nuevo. Esperé a que se alejara. Luego comencé a andar hacia el aparcamiento. Al doblar la curva me detuve echando un vistazo. Solo había tres coches sobre las rayas amarillas. Uno de ellos era mi Peugeot verde papagayo, estaba solitario, en un extremo del aparcamiento. No se veía a nadie por allí. La taquilla estaba cerrada y solo la puertecilla de servicio estaba abierta. Permanecí durante un par de minutos sin moverme, escudriñando. Pero nada se movió, ni cruzó por la carretera ningún coche, ni vi la sombra de ningún albino haciendo molinetes con una cachiporra. Pensé si Urbano-Ponce también se habría tirado un farol, mayor que el mío, que aquel no era asunto concluido, que necesitaba los papeles antes de salir de *tournée*. Caminé hacia el aparcamiento, decidido, aunque en seguida descubrí que me molestaba el sonido liviano de mis suelas sobre el asfalto. Entré en el aparcamiento, vista al frente, con los oídos y los ojos alertas. Crucé delante de la puerta de servicio vigilando con el rabillo del ojo, viendo solo medio patio vacío. Metí la mano en el bolsillo en

busca de las llaves, mientras pensaba en la posibilidad de que Monzón se hubiera pasado de vivo: el único lugar de la ciudad donde yo tenía algo que hacer era aquel; para qué malgastar entonces un albino en vigilarlo; a un tipo avispado como yo nunca se le ocurriría caer en una trampa tan inocente. Aquella idea no me tranquilizó.

Estaba metiendo la llave en la cerradura cuando escuché unas pisadas sobre la gravilla, a mi espalda, que indicaban el final del viaje y de mis especulaciones. No me volví, jugándome la última calderilla que me quedaba.

—¿A dónde vas, chupatintas?

Era Monzón. Él mismo, nada de albinos guiñadores de ojos. No me moví, esperé a que él entrara en mi campo visual.

—Vuélvete.

Me volví. Estaba solo, con su gabardina, y la única compañía de su revólver, con el que me apuntaba. Fingí sorpresa para que creyera que no estaba sorprendido.

—¡Qué sorpresa! ¿Cómo has adivinado que iba a venir por aquí?

—¿A dónde si no, chupatintas? Tienes la llave de la consigna en el coche. ¿Pensabas que me había olvidado de ti? Hay unas cuantas cosas que tenemos que arreglar entre los dos. Quiero que presentes mis respetos a tu amigo Lillo. Sube.

Hablaba de la muerte como podía hablar de la pesca del bacalao, siempre la misma expresión ominosa y distante en él. Abrí la puerta y entré en el coche. Cuando cruzó delante ya llevaba las manos en los bolsillos. Abrió la otra puerta y ocupó el asiento a mi lado.

—Pon el motor en marcha.

Lo hice.

—¿Alguna ruta?

—Al cementerio.

Aquel era todo su esquema mental; la visión de un niño con una flor le produciría un ataque de nervios. Comprendí entonces mi fallo, no haber descubierto antes las motivaciones profundas de Monzón, subterráneas, patológicas, nada para rellenar informes o para mover engranajes burocráticos, solo la satisfacción de ver un corazón goteando sangre. No sabía dónde se encontraba el cementerio, pero pensé que era igual, toda la ciudad era para él un

cementerio.

TRATÉ DE ANALIZAR AQUEL OSCURO resorte que le impulsaba. Por ejemplo, no me había preguntado por los papeles. Si aquello era ya una historia vieja, yo estaba fuera de juego; sin embargo, pensé, había venido personalmente a por mí, a arreglar una vieja cuenta, eso había dicho, con el único fin reflejado en su mirada de eliminarme. No, no era el tipo que mata fríamente, en eso me había equivocado también, seguro que sentía demasiado placer en hacerlo. Me acordé del disparo sin justificación en casa de Oña y del negro agujero en la barbilla de Lillo. No era un tipo frío siguiendo un gran esquema; tampoco se trataba de una mente compleja debatiéndose entre dos ideas; era algo primario que actuaba por las mismas motivaciones que pueden llevar a un niño a emborronar un papel.

Solo me quedaba un arma, débil, casi ingenua, pero no tenía otra cosa: la charla. La conversación. Medité, con la mente al rojo vivo, el giro que mis palabras debían llevar. Pensé en desviar el encono que parecía tener contra mí hacia otra cosa. Era una ingenuidad, lo sabía, pero no se me ocurría nada más. Di repaso a todas mis conversaciones con él y me acordé de sus palabras amargas en casa de Oña, refiriéndose a Urbano-Ponce: «él», «el viejo». Así que comencé por ahí:

—Esta mañana he hablado con *el jefe*, el viejo…

Remarqué matizadamente la palabra *jefe* para que trabajara con él. Pero transcurrieron un par de minutos sin que yo viera moverse un solo músculo de su rostro; continuaba mirando adelante, medio vuelto hacia mí, con la mano derecha hundida en el bolsillo de la gabardina.

—Le he contado todo el asunto del Canódromo —continué retomando el hilo—. Por la forma en que me respondió creo que no le ha gustado nada ese trabajo… Casi tan poco como lo de Lillo, cuando se enteró se salió de quicio… Algo le he oído de que es la gota que hace rebosar el vaso, de que todos somos basura y de que nos va a enseñar quién es él, pero no sé a qué se refería…

Mis palabras me sonaban ridículas, pero mi cerebro se estaba

enfriando y estaba dispuesto a continuar escarbando allí sin concederme tregua. Su rostro seguía inmutable, como si mis palabras hubieran ido en una longitud de onda que él no pudiera captar. Continuaba mirando al frente, sin indicarme ninguna dirección determinada; no parecía tener prisa, como si no tuviera nada que hacer y no quisiera quedarse solo demasiado pronto.

Yo, mecánicamente, iba eligiendo las calles con más circulación, donde se veían las aceras más pobladas. Continué hablando:

—Me ha ofrecido un puesto… Tu puesto… He aceptado. No me gusta ocupar el lugar de nadie, pero este es un caso especial; espero que no me lloriquees por ello —incluso pretendía hacerme el gracioso para parecer relajado; pero no sirvió de mucho; parecía que llevara a mi lado una serpiente disecada—. Le di los papeles, pero, ah, ah…, después de que ofreciera el empleo… Yo no me vendo barato…

Repetí lo mismo un par de veces cambiando un poco el orden de las palabras, pero fue igual. Solo, un poco más tarde, levantó la barbilla e indicó una calle:

—Por ahí.

ERA UNA CALLE muy larga que conducía directamente al extrarradio, a una zona solitaria llena de basureros; yo la conocía, había pasado un par de veces por allí. Tuve que tomarla, aunque comprendía el significado de aquella decisión. Sabía también que cualquier pretexto sería bueno para él para apretar el gatillo, podía hacerlo impunemente, yo solo era un huido de la Policía y él me llevaba detenido.

Tenía húmedas las palmas de las manos. Mi única salida era continuar hablando a la desesperada, tratando de abrir una grieta en aquella roca. Y no podía perder demasiado tiempo ya, porque la calle era en realidad más corta de lo que había creído, empezábamos a ver a derecha e izquierda casas antiguas de dos plantas. Hablé y no dejé de hablar. Lo estuve haciendo todo el tiempo: que Urbano-Ponce se había cansado de él, que lo iba a aplastar, que tendría que enfrentarse con la acusación de los

asesinatos de Oña y Lillo, que *yo iba a ocupar su puesto*; y así una y otra vez, dándole vueltas a la misma rueda. Pero todo era inútil. Por fin, tratando de concretar en algo, le dije que estaba citado con el magnate en su yate a las doce, que íbamos a comer juntos y que durante la comida iba a revelarme el intríngulis de mi trabajo. Entonces, cuando menos me lo esperaba, abrió la boca:

—Come siempre solo y ha zarpado a las once, chupatintas. No te pases de listo.

Unas pocas palabras cargadas del tono irónico de un requiescatinpace.

Analicé su breve comentario. Imaginé que lo que le había hecho reaccionar había sido mi alusión a que yo iba a comer con Urbano-Ponce, el gran jefe, que siempre comía solo. Eso era. Él nunca había comido con él, era una barrera idiota que jamás había franqueado. Pensé en el segundón entrando por la puerta de servicio, en la palmadita en la espalda y en la seña con la cabeza para que se retirara cuando aparecía un visita. Aquello era algo. Así que comencé a arañar allí con uñas y dientes:

—Pues hemos quedado a las doce —insistí—. Me ha preguntado si me gusta el vino del Rhin… El otro día hablamos de vinos, él es un experto y yo sé un poco… Pero en realidad no sé si es una comida de negocios o solo para probar un vino. Supongo que su bodega será muy buena, ¿no?

No pretendía mostrarme brillante, solo hacía esfuerzos para que mis palabras resultaran espontáneas. Me sentí como un payaso en medio de la pista al que comienza a corrérsele el maquillaje.

Pero él mantuvo la boca bien cerrada, a cal y canto; nada de vinos del Rhin, ni de cualquier otra cosecha. Llegué a creer que sus últimas palabras habían sido solo una alucinación mía.

En ese instante, a mi izquierda, vi el rótulo que indicaba una variante que llevaba al puerto deportivo. No conocía aquel camino. Un camión que venía de frente iba a entrar en el cruce al mismo tiempo que nosotros. Giré el volante sin pensarlo, con un golpe seco, metiendo el coche en la variante con el gemido de los cuatro neumáticos y el sonido del frenazo en seco del camión. No habíamos recuperado la verticalidad cuando sentí el cañón del revólver en mi cabeza.

—¿A dónde vas, idiota? No pretendas ninguna jugada o te dejo

seco.

Miré la hora.

—Te he dicho que tengo una cita. Si no quieres venir puedes tirarte del coche.

—Payaso.

VOLVIÓ A GUARDAR EL REVÓLVER y el gesto de indiferencia maligna volvió a su rostro.

Existía la remota posibilidad de que el yate de Urbano-Ponce no hubiera soltado amarras todavía. Y existía la remota posibilidad de que siendo así aquello diera fuerzas a mis palabras. Todo era remoto, pero era algo tangible y ya no existían más salidas. El tiempo era bonancible, perfecto para navegar, nada que hacer por aquel lado. Comenzó a preocuparme la idea de que el puerto deportivo fuera por aquellas fechas un lugar demasiado solitario.

Algo me había estado diciendo que en el fondo Urbano-Ponce se había tirado un farol y que estaría esperando con impaciencia verme llegar con los papeles; era un asunto de intuición, una intuición quizás tan acertada como cuando había creído que no habría nadie esperándome en el Canódromo.

A medida que nos acercábamos al muelle de veleros fue afianzándose aquella idea dentro de mí, sin que tuviera una razón poderosa para hacerlo. El muelle estaba en un espigón estrecho, con un pequeño faro en la punta. El suelo era de losas de granito con barandillas de tubo comidas por el salitre. En el centro estaban las dependencias del club náutico y un barracón con yolas y repuestos. La mayoría de los yates estaban ahora en los astilleros o recorriendo otros mares. Así que había muy pocos veleros amarrados y casi todos eran de escaso tonelaje; solo, en la cota, se veían las puntas de tres palos cargados de banderolas.

Por primera vez sentí algo vibrando en el aire, algo nuevo, algo que no había advertido hasta entonces. Supe que se había producido el cambio, un cambio indefinido, sutil, difícil de apreciar; fue, quizás, un fugaz gesto de sorpresa en él y de odio concentrado al ver las banderolas; o la vibración de las aletas de su nariz,

aunque no había oído nada; el caso es que aquel fue el aldabonazo anunciándome que mi corazonada había sido cierta, que aquel era el yate de Urbano-Ponce y que se acababa de producir la primera parte del desenlace.

Cruzamos el espigón en unos segundos. En seguida vi al habanero en cubierta recogiendo una estacha; estaba vestido de camarero con chaquetilla blanca y cuello de pajarita. El yate era espléndido, de unos treinta metros, pintado de blanco, con el nombre en la amura de proa: «Habana Mía». Tenía en popa dos sillas portacañas y otras menudencias que debían costar millones. El habanero se volvió y se quedó mirando el coche.

Nos detuvimos junto a la escala. Eché el freno de mano.

—¿Te quedas aquí o vienes? —le pregunté a Monzón tratando de disimular el aire que se escapa de mis pulmones como si fueran una caldera.

Había tratado de seguir con el juego, pero comprendí que ya no era necesario: yo ya no existía para él. Su expresión era la misma de siempre, pero matizadamente remarcada, como si alguien con un lápiz de sombras hubiera repasado las peores líneas de su rostro. Si quería ganar la partida solo tenía que dejar rodar los acontecimientos. Bajé la ventanilla y saqué la cabeza.

—¿Y el jefe?

El habanero se había acercado al portalón.

—Está adentro… —Hizo un gesto de disculpa—. No son todavía las doce, *chico*…

—Lo sé. Pero es mucho lo que tenemos que hablar.

IBA A ABRIR LA PUERTA cuando Monzón se me anticipó, abrió la suya y bajó. No me moví. De un par de zancadas cruzó delante del coche; atravesó la escala, luego la cubierta y desapareció de mi vista y de la del habanero por una escotilla. Algunas gaviotas permanecían suspendidas en el aire sobre el yate graznando; se oía también el sonido de las olas rompiendo contra los bloques de hormigón. El habanero se había quedado boquiabierto, con la punta de la estacha en la mano, viendo cruzar al policía como si hubiera visto un

tiburón olisqueándole la pierna.

Solo sonidos naturales y paz. Incluso el sol estaba ganando su batalla a las nubes. De pronto se oyeron dos voces broncas discutiendo acaloradamente en el sollado. Eran las voces de Monzón y de Urbano-Ponce, pero no podía entender de qué hablaban. Aquella discusión, cada vez más áspera, apenas duró un minuto. Las voces se interrumpieron de golpe y, un segundo después, se oyó un disparo. Apenas se había desvanecido el eco de la detonación cuando se oyó otro disparo del mismo revólver, y luego otro, y otro. Conté hasta cinco. Inmediatamente después oí el sonido de un gran árbol centenario desplomándose, semejante al que había escuchado hacía un par de días, aunque ahora parecía definitivo, como si el hacha hubiera acertado esta vez. Vi al habanero cruzar corriendo la cubierta, empuñando una metralleta, y cómo desaparecía por la escotilla. No moví los ojos de aquella escotilla contando los segundos y preguntándome si Urbano-Ponce habría parado a todos los policías de la ciudad, menos a Monzón. De pronto oí un disparo de revólver, el último del tambor, seguido por una ráfaga de metralleta, y luego otra más corta que pareció agotar todo el peine. Las gaviotas continuaban flotando sobre nuestras cabezas, pero habían dejado de graznar, desconcertadas por la desbandada de mules que se debía de haber producido alrededor del yate. Pasaron los minutos y no me moví.

Estuve así hasta que el habanero reapareció por la escotilla; lo hizo lentamente, mirando al infinito, con su tez chocolate del color de las castañas hueras. Llevaba el brazo derecho colgando y la chaquetilla blanca manchada de sangre en el hombro. Parecía una herida superficial. Sostenía la metralleta en la otra mano. Había un par de surcos brillantes en sus mejillas producidos por las lágrimas que comenzaban a fluir de sus ojos. Volvió la mirada y durante unos segundos se quedó contemplando la escotilla. Luego, como si nada importante hubiera sucedido, dejó la metralleta y continuó recogiendo la estacha con su brazo útil.

Me pareció que yo nada tenía que hacer allí. Puse el motor en marcha y di la vuelta. Conduje lentamente hacia la salida del muelle, echando un vistazo arriba, donde los claros azules se estaban adueñando del cielo.

Me detuve en el cruce. Había un indicador de carreteras

señalando diversas rutas para alejarse de la ciudad. Pensé que podía devolver el coche en cualquier sucursal de la agencia. Antes podía recoger la maleta en la estación.

Un par de días después, lejos de allí, leí en un periódico los detalles del tiroteo: una de las balas del revólver de Monzón había atravesado el corazón del magnate; las otras cuatro habían perforado su pulmón derecho. La sexta había rozado superficialmente el hombro del habanero. Este había descargado los cuarenta y ocho proyectiles del peine de su metralleta sobre la cabeza del comisario, desintegrándola prácticamente. No habían encontrado ningún impacto en el cuerpo de Monzón, que conservaba solo parte del cuello, del que colgaban unas hilachas de carne y huesos.

Cuando la luz verde se encendió, enfilé una de las salidas preguntándome si donde me dirigía llovería tanto como allí. La respuesta la tuve cuando miré a lo lejos y vi el cielo cubierto de negros nubarrones. El periódico hablaba de una catastrófica sequía en la India y África Central.

Colección *Círculo del Crimen*

Nº	TÍTULO	AUTOR
1	Llamada para el muerto	John Le Carré
2	El tercer hombre	Graham Greene
3	Un policía anda suelto	Mickey Spillane
4	Nunca te cruces con un vampiro	Stuart Kaminsky
5	Los cuatro hombres justos	Edgar Wallace
6	La caza del asesino	Fredric Brown
7	[illegible]	Robert Bloch
8	La piscina mortal (La piscina de los ahogados)	Ross MacDonald
9	Un crimen en Holanda	Georges Simenon
10	El plazo expira al amanecer	William Irish
11	El caso de la secretaria insistente	Erle Stanley Gardner
12	Trampa para Cenicienta	Sebastien Japrisot
13	Al final del arco iris	James M. Cain
14	Fantasmas	Ed McBain
15	El misterio de las cerillas	Ellery Queen
16	Por favor, pase el acusado	Rex Stout
17	Estado de sitio	Eric Ambler
18	Amor en Amsterdam	Nicolas Freeling
19	No des la espalda a la paloma	Julián Ibáñez
20	La lista de Adrian Messenger	Philip MacDonald
21	Rafferty, teniente de homicidios	Bill Ballinger
22	Un trago de veneno	Charlotte Armstrong
23	El [illegible] de oro	Peter Chambers
24	El asesino está a bordo	Quentin Patrick
25	El detective negro	Ed Lacy
26	El misterio de la casa roja	A. A. Milne
27	La muerte y el lacayo bailarín	Ngaio Marsh
28	Súbita muerte de mi dama favorita	Stanton Forbes
29	Calle siniestra	Wade Miller
30	El hombre de Londres	Georges Simenon
31	El color del asesinato	Julian Symons
32	El octavo círculo	Stanley Ellin
33	Desde Rusia con amor	Ian Fleming
34	La banda de los musulmanes	Chester Himes
35	El personaje imaginario	Doris Miles Disney
36	Asesino espía	Mickey Spillane
37	La sombra de Fu-Manchú	Sax Rohmer
38	La gran redada	William P. McGivern
39	La quinta mujer	María Fagyas
40	Jugando con la muerte	Ursula Curtiss
41	El montacargas	Frédéric Dard

42 Bill Ballinger
El segundo más largo
43 George Harmon Coxe
La llave escondida
44 Ted Mark
Todo por la pasta
45 William Irish
Me casé con un muerto
46 Jonathan Craig
El caso de la coqueta indiferente
47 Quentin Patrick
La muerte va a la escuela
48 Auguste Le Breton
Rififí en el Ébano
49 Tobias Wells
El pirómano
50 Leslie Charteris
El Santo contra el Tigre
51 Judson Philips
Los muertos no pueden Amar
52 Thomas B. Dewey
Trampa fatal
53 Margaret Millar
Semejante a un ángel
54 Philip MacDonald
El hombre monstruoso
55 James Hadley Chase
Los muertos no hablan
56 Richard Sale
Secretos a balazos
57 Charles Exbrayat
La cuadrilla de Bolonia
58 Donald Westlake
Tiempo de matar
59 Burt Hirschfeld
El vicio del asesino
60 Hugh Pentecost
Contra todas las miradas
61 Ross MacDonald
La sonrisa de marfil
62 Bill Ballinger
El diente y la uña
63 S.A. Steeman
Seis hombres muertos
64 William Irish
Quisiera estar en tus zapatos
65 Ellery Queen
La década prodigiosa
66 Bruno Fischer
Horas de angustia
67 Arthur Conan Doyle
El signo de los cuatro
68 Chester Himes
Otro asesinato
69 Pierre Boileau
El reposo de baco
70 Freeman Wills Crofts
El vuelo de las 12,30
71 John Blackburn
Octavo [illegible]
72 Alberto Siemens
El muerto se revuelve
73 Bruce Hamilton
Duda alguna
74 Francisco García Pavón
El rapto de las sabinas
75 Robert Jeffries
El testimonio del acusado
76 Margaret Millar
La bestia se acerca
77 George Bagby
La cola del dragón
78 Doris Miles Disney
Las sombras de un hombre
79 Stuart Palmer
El enigma de la banderilla azul
80 Anthony Gilbert
Bonito asesinato
81 Bill Bannister
Siete votos para morir
82 Robert Bernard
La muerte ronda a la princesa
83 Harry Stephen Keeler
La cara del hombre de Saturno
84 [illegible]
[illegible]
85 Stanley Ellin
La gran noche
86 Peter Cheyney
¡Tienes suerte, querida!
87 Michael Crichton
El gran robo del tren
88 Ed Lacy
El momento de la verdad
89 John Haynes
Sonó la hora para el asesino

90 Vientos de medianoche
John Blackburn

91 Castillo de naipes
Stanley Ellin

92 Operación terror
The Gordons

93 La joya de siete estrellas
Bram Stoker

94 Ángel
Carter Brown

95 Asesinato en Cantón
Robert Van Gulik

96 El misterio del Big Bow
Israel Zangwill

97 Un arrendamiento de muerte
Ruth Rendell

98 Homicidio justificado
Whit Masterson

99 Aquella noche de lluvia
Hillary Waugh

100 Poco tiempo para vivir
James Hadley Chase

101 La banda de la rana
Edgar Wallace

102 Estudio en escarlata
Arthur Conan Doyle

103 ¡Cuidado con las curvas!
A. A. Fair

104 La pista del crimen
Wilkie Collins

105 La monja sin rostro
Antonia Fraser

106 El dinero del muerto
J. S. Fletcher

107 Costa Bárbara
Ross MacDonald

108 Extraña confesión
Antón Chejov

109 El secuestro de Litmore
Henry Wade

110 Raffles, ladrón por afición
E. W. Hornung

111 Operación colmillo
Peter O'Donell

112 El vengador
Edgar Wallace

113 La aguja hueca
Maurice Leblanc

114 Muerte a cuenta
Margaret Yorke

115 La mañana encadenada
Alistair MacLean

116 Hielo
Ed McBain

117 Hielo II
Ed McBain

118 Crimen y castigo I
Fedor Dostoievski

119 Crimen y castigo II
Fedor Dostoievski

120 Los archivos de Sherlock Holmes
Arthur Conan Doyle



JULIÁN IBÁÑEZ GARCÍA (Santander, España, 1940) es considerado uno de los padres de la novela negra española junto a Andreu Martín y Juan Madrid.

Autor de culto, quienes le admiran lo hacen por sus personajes tallados con cincel, versiones del mismo tipo duro y patético que no se preocupa más que del presente, para cuyo retrato siguió el magisterio inicial del consejo de Chandler, «analiza e imita».

Entre sus novelas de género negro destacan *La triple dama* (1980), *Mi nombre es Novoa* (1986), *¿A ti dónde te entierro, hermano?* (1994), *Entre trago y trago* (2001), *La miel y el cuchillo* (2003), *Que siga el baile* (2006), *El invierno oscuro* (2008), *Perro vagabundo* (2009) y *Giley* (2010). Su última novela es *Todas las mujeres son peligrosas* (2015), la segunda parte de la saga de Bellón.